

VOLUMEN
58

Diógenes **Escalante**

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Maye Primera Garcés



EL NACIONAL

BANCARIBE 

Maye Primera Garcés

Maye Primera Garcés (Valencia, 1976) es periodista, egresada de la Universidad Central de Venezuela en 2001 y estudiante de la maestría en Historia de Venezuela de la Universidad Católica "Andrés Bello". Desarrolló su carrera periodística en los diarios *El Globo*, *El Mundo* y *TalCual* como reportera de la fuente política, y ha colaborado para los diarios *El Tiempo* (Colombia), *La Tercera* (Chile) y *La Gaceta* (Argentina) y para las revistas venezolanas *Complot*, *Marcapasos* y *Veintiuno*, así como para las mexicanas *Travesías* y *Gatopardo*. En 2005, fue coordinadora de la unidad de investigaciones del vespertino *El Mundo* y al año siguiente trabajó como directora editorial del Grupo Descifrado. También ha sido tallerista y relatora de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano de Colombia, junto a los maestros Ryszard Kapuscinski y Arturo Larena Larena, respectivamente. Es coautora del libro *Claro y Raspaó* (Alfadil, 2006), compilado por el periodista Javier Conde, que reúne algunos de los mejores artículos publicados por *TalCual* desde su fundación. Actualmente se desempeña como jefa de redacción del diario vespertino *TalCual*.

Biblioteca Biográfica Venezolana

Diógenes **Escalante**

BIBLIOTECA BIOGRÁFICA VENEZOLANA

Director: Simón Alberto Consalvi

Coordinador Editorial: Edgardo Mondolfi Gudat

Consejo Asesor

Ramón J. Velásquez

Eugenio Montejo

Carlos Hernández Delfino

Edgardo Mondolfi Gudat

Simón Alberto Consalvi

C.A. Editora El Nacional

Presidente Editor: Miguel Henrique Otero

Presidente Ejecutivo: Manuel Sucre

Editor Adjunto: Simón Alberto Consalvi

Gerente de Arte: Jaime Cruz

Gerencia Unidad de Nuevos Productos: Tatiana Turkovic

Gerencia de Desarrollo de Nuevos Productos: Haisha Wahnón

Coordinación de Nuevos Productos: Yosira Sequera

Diseño Gráfico y realización de portada: 72 DPI

Fotografías: Biblioteca Nacional (portada) Archivo Liga de las Naciones (p. 9)

Impresión: Editorial Arte

Distribución: El Nacional

Las entidades patrocinantes de la Biblioteca Biográfica Venezolana, Banco del Caribe y C.A. Editora El Nacional, no se hacen responsables de los puntos de vista expresados por los autores.

Depósito legal: ff7892007920309

ISBN: 980-6518-56-X (O.C.)

ISBN: 980-395-107-6

Conversación con el lector

La Biblioteca Biográfica Venezolana es un proyecto de largo alcance, destinado a llenar un gran vacío en cuanto se refiere al conocimiento de innumerables personajes, bien se trate de actores políticos, intelectuales, artistas, científicos, o aquellos que desde diferentes posiciones se han perfilado a lo largo de nuestra historia. Este proyecto ha sido posible por la alianza cultural convenida entre el Banco del Caribe y el diario *El Nacional*, y el cual se inscribe dentro de las celebraciones del bicentenario de la Independencia de Venezuela, 1810-2010.

Es un tiempo propicio, por consiguiente, para intentar una colección que incorpore al mayor número de venezolanos y que sus vidas sean tratadas y difundidas de manera adecuada. Tanto el estilo de los autores a cargo de la colección, como la diversidad de los personajes que abarca, permite un ejercicio de interpretación de las distintas épocas, concebido todo ello en estilo accesible, tratado desde una perspectiva actual.

Al propiciar una colección con las particulares características que reviste la Biblioteca Biográfica Venezolana, el Banco del Caribe y el diario *El Nacional* buscan situar en el mapa las claves permanentes de lo que somos como nación. Se trata, en otras palabras, de asumir lo que un gran escritor, Augusto Mijares, definió como lo “afirmativo venezolano”. Al hacerlo, confiamos en lo mucho que esta iniciativa pueda significar como aporte a la cultura y al conocimiento de nuestra historia, en correspondencia con la preocupación permanente de ambas empresas en el ejercicio de su responsabilidad social.

Miguel Ignacio Purroy

Presidente del Banco del Caribe

Miguel Enrique Otero

Presidente Editor de *El Nacional*

1810 Bicentenario de la Independencia de Venezuela **2010**

Diógenes **Escalante**

(1879-1964)

Maye Primera Garcés

Vocación y **conspiración**



Se suponía que iba a ser sacerdote. Un cura, con sotana, crucifijo y Biblia. Nada más. No un muchacho con esa ancha banda amarilla que le cruzaba el pecho y de la que pendía un sable, en señal de que su elección final había sido la política. En 1898, con diecinueve años cumplidos, Diógenes Escalante le anunció a sus amigos del pueblo que partiría junto al Ejército Liberal de Espiritu Santos Morales en plan de combatir a los Araujos godos de Jajó. Se iba a marchar junto al "patón", como se le conocía al General que lideró durante varios años el Liberalismo regional, que fue Prefecto, jefe de fronteras, Gobernador del Táchira, líder absoluto; que batalló en la Revolución Legalista de 1892 y luego contra la Revolución Restauradora del general Cipriano Castro, y que aportó quinientos bolívares para la construcción del Ferrocarril de Táchira.

En 1896, Diógenes Escalante había egresado como bachiller en Filosofía del Colegio "Sagrado Corazón de Jesús" que dirigía monseñor Jesús Manuel Jáuregui, y como tantos otros jóvenes andinos tomó el camino de las armas, que era el más corto para llegar a Caracas. Eleazar López Contreras, compañero de estudios en las clases de Jáuregui -dieciséis años y con montura propia- marchó también en esa dirección, pero entre las tropas de Cipriano Castro, el oponente. Bajo la

bandera de un General, López también olvidó al final del día que su sueño de infancia era ser médico.

Escalante, como diría años después López Contreras acerca de su comandante Castro, provenía de una familia “de neta filiación amarilla o lagartija”. Nació el 24 de octubre de 1877 en Queniquea, estado Táchira, según recuerda el historiador Ramón J. Velásquez y según lo registra el acta civil número 46 de la Prefectura de El Cobre. Ese apellido, el de los Escalante, no se contó entre la elite que a finales del siglo XIX hizo fortuna del café y financió los caminos del tren para prosperidad de la región. El primero de la familia, Francisco Escalante, llegó a los Andes venezolanos sobre sus propios pies, en 1576, como parte de la tropa que ese mismo año y al mando de Francisco Cáceres fundó la ciudad de Espíritu Santos de La Grita: los soldados españoles venían en retirada desde Colombia, luego de fallar en la expedición a Guatavita; en desagravio por la mala hora, cada uno fue recompensado con un lote de tierras del recién fundado pueblo. Francisco Escalante bautizó la montaña que se alzaba en su propiedad como “el monte Escalante” y, para el recuerdo, dejó una vasta descendencia bajo sus faldas. Tan vasta, que doscientos años más tarde los padres de Diógenes, Timoteo Escalante y Elodia Ugarte, se descubrieron primos y, sin ver en ello mayor impedimento, se casaron.

Diógenes, el mayor de sus hijos –seguido de Clotilde, José León, Ananías, Ana María, Lola y Santiago– creció también bajo la influencia del Liberalismo, la mercancía política más preciada que llegó sobre los rieles del tren desde Colombia. Sólo uno de los tíos de esa prole, Calixto Escalante, avanzó a caballo junto a Cipriano Castro desde Capacho –el 2 de agosto de 1899–, hasta la entrada del Ejército restaurador a Caracas, el 22 de octubre de ese mismo año. Y esa foto de grupo, con la imagen del general Escalante entre los rostros del triunfal Estado Mayor y oficiales que acompañaron a El Cabito en su gesta, fue el boleto de ingreso de Diógenes a la función pública y a la carrera diplomática. Un pase de entrada a ese gobierno nacido de la revolución que el hijo de Elodia y Timoteo acababa de combatir.

De amarillo a restaurador

Abril, 1900. Diógenes Escalante transmitió a través del correo la reverencia de rigor por haber sido colocado en un puesto de confianza: el de servir al lado de su tío Calixto Escalante en el resguardo del servicio de aduana del puerto de La Guaira. El presidente Cipriano Castro le otorgó la venia de “realizar las aspiraciones de su juventud” al obviar su adhesión amarilla y asignarlo en un cargo de la Restauración. Era bachiller, lo que le distinguía entre la tropa de generales que atendió al llamado de las armas en Capacho. Diógenes, a diferencia del resto, podía ofrecer a la nueva administración algo más que el dedo sobre el gatillo.

Entonces no constituía gran contradicción eso de cambiar de uniforme. Vistos de cerca, y a decir de Ramón González Escorihuela en *Las ideas políticas del Táchira*, no había diferencias sustanciales entre las banderas políticas de liberales amarillos y restauradores tachirenses. Dice González que poca o ninguna relevancia tuvo lo ideológico en la violencia en que se desarrolló el Táchira entre finales del siglo XIX y principios del XX. Que ese estado de intranquilidad no fue sino consecuencia de sucesos nacionales y aún del prolongado enfrentamiento bélico que vivía Colombia, y que alcanzó a las poblaciones venezolanas asentadas en la frontera. Que, a pesar de la guerra, ambos bandos sostuvieron un proyecto común y que éste era el beneficio regional: hacerle un lugar a los Andes en el poder.

Ser “paisano” le venía de cuna y el ascenso paulatino, aunque lento, terminó por ocurrir. El 16 de mayo de 1905, a las cinco de la tarde, Escalante envió un telegrama a Castro para darle gracias de nuevo: había sido nombrado secretario de la Gobernación de Caracas, en sustitución de Andrés Mata, y por conducto del gobernador Ramón Tello Mendoza. Luego llegó el viaje trasatlántico: a pesar de las sospechas que sostenían algunos revolucionarios en su contra, ese mismo año Escalante fue asignado como Cónsul del gobierno de Cipriano Castro en Liverpool, en el Reino Unido. Para la fecha, su tío Calixto Escalante había caído muerto en una de las escaramuzas que pretendieron que-

brantar el poder de los restauradores en Oriente; y en retribución a tales servicios de guerra, El Cabito accedió a que el sobrino del General iniciara carrera diplomática en Inglaterra. Así, tomó un barco y se instaló en las oficinas del edificio número 34, de la calle Chapel Walks.

Para cumplir con las formalidades del caso, el 5 de septiembre de 1905 Castro firmó la comunicación número 1479 en la que informaba a Diógenes Escalante que ejercería la representación nacional en Liverpool; iban como anexo del oficio las Letras Patentes respectivas y la *Gaceta Oficial* que contenía la Ley Consular vigente. Una copia de la correspondencia, la 1480, fue enviada al Ministerio de Hacienda y Crédito Público para que, en lo sucesivo, girara una asignación mensual de 800 bolívares al Cónsul.

Además de la acreditación que recibió por gracia de Dios y del Reino Británico, Escalante heredó de su antecesor suficiente literatura para terminar de adherirse a la Restauración: una copia de los mensajes de Cipriano Castro a la nación, cinco legajos sobre la historia de la discusión entre Venezuela y Gran Bretaña por los límites de Guyana, tres volúmenes cargados de argumentos del caso venezolano ante la Corte Arbitral de París, dos Constituciones, dos libros de ensayos sobre Francisco de Miranda y un tomo acerca de la defensa de la causa liberal.

En los dos años que siguieron, el suceso más importante que se registró en el Consulado fue la solicitud de desalojo del edificio donde desde hacía veinte años funcionaba la sede diplomática, lo que le obligó a mudar las oficinas del Consulado al número 14, de Dale Street. El segundo acontecimiento ocurrió el 31 de octubre de 1906: Escalante fue relevado del cargo y nombrado Cónsul de Venezuela en Hamburgo. La calma del nuevo cargo duró hasta marzo de 1907.

La conspiración de Hernández

Los alzados celebraron la partida. José Manuel Hernández, "El Mochó", había tomado un barco con rumbo a Panamá con el plan de embarcarse luego a Europa y desde allí reunir un vapor, armas y financiamiento para insurgir contra el mandato de Cipriano Castro. Una

vez liberado de prisión y nombrado Ministro de Fomento del Gobierno restaurador, a “El Mocho” le tomó pocos días rebelarse contra el Gabinete –que en su opinión no respondía a las necesidades reales del país– y hacerse a la lucha.

El 9 de marzo de 1907, los revolucionarios asilados en Curazao recibieron la noticia de que Hernández ya estaba encaminado a Hamburgo y que luego viajaría a Londres. El Gobierno venezolano estaba al tanto, y seguía cada paso de la nada clandestina celebración. Todos los movimientos de “El Mocho”, desde Panamá hasta Europa, fueron vigilados de cerca por los agentes del servicio exterior de Castro y reportados a Caracas en abundante correspondencia. William Sloane Accles fue el nombre falso que según el Cónsul venezolano en Nueva York, Carlos Figueredo, adoptó Hernández a su llegada a Europa. Niles Beinen Pond C. fue el amigo inglés que le brindó apoyo tan pronto llegó a puerto; y la casa de comercio propiedad de Niles, en el número 111 de la calle Broadway de Londres, era la dirección a la que los mochistas dirigían sus cartas cifradas.

Pero el viaje no arrojó el resultado esperado. Según informes del castrista Domingo Castillo, el Gobierno alemán no permitiría la venta de armamento a clientes que no actuaran en representación de gobiernos constituidos. Y el pedido de diez mil máuseres con sus cinco mil cápsulas y las baterías ligeras de montaña que hizo Hernández a una casa vendedora de armas en Hamburgo, no sirvió sino para engrosar los informes de Castillo. Demasiada demanda para tan poca oferta, parecía ser el problema. Hasta en Lieja, Bélgica, la ciudad más próxima en la que “El Mocho” podría hacerse de un buen parque, los últimos seis mil fusiles que quedaban en existencia habían sido vendidos a revolucionarios chinos.

Aunque sin una munición más –escribió Diógenes Escalante el 4 de abril de 1907 al Cónsul de Nueva York, Carlos Figueredo–, José Manuel Hernández llegó a Londres y anunció a la prensa que contaba “con los elementos necesarios para la revolución”, que ésta no demoraría más de 30 días en ejecutarse y que la fecha del desenlace estaba próxima,

pero que no podía revelarla todavía. Según los reportes de Escalante, Hernández entró a la ciudad a través del puerto Cherburgo, con nombre extranjero y acompañado de un ex oficial inglés que sirvió en la guerra de los bóers en Transvaal. Y por su hospedaje de lujo en el hotel Cecil, el Cónsul de Liverpool no tenía dudas de que contaba con los fondos necesarios para cumplir con sus planes. “Si hay centavos, habrá vapor, armas y hasta locos para la empresa”, escribió Escalante a Figueredo y pidió su colaboración: “Si usted tiene algunos hilos cogidos con respecto a la combinación que el tipo pueda traer de Nueva York no será malo que nos comunique algo, pues así puede descubrirse, al menos, parte de lo de aquí. Lo primero que importa saber es quién afronta el dinero, pues sin ese elemento la cosa no merecería ni los honores de la averiguación”. Escalante, ciertamente, procuraba abonar la confianza sobre su persona que podía haber menguado después del último año de conspiraciones desatadas en Venezuela contra el régimen castrista y que se resumieron bajo el nombre de La Conjura. No obstante, el cónsul Carlos Figueredo siguió sin confiar en sus informes y, en consecuencia, escribió a Castro que los cables enviados por el Cónsul de Hamburgo no decían “nada que no sepamos ya de viejo”.

Nadie se fiaba de su sombra. La enfermedad de Castro y el liderazgo creciente de Juan Vicente Gómez, en contraposición a la figura del Presidente, abarrotaban las líneas del cable francés y del correo venezolano. Las noticias sobre las peripecias de “El Mocho” Hernández, el reciente fusilamiento de Antonio Paredes, el alzamiento de Cantaura, la invasión de Juan Pablo Peñaloza, se cruzaban con las notas de funcionarios del Gobierno que juraban lealtad a la Restauración y que seguían pidiendo razones acerca de la salud de Castro –sometido a intervención quirúrgica en febrero de aquel año 1907. Era un mal signo que Gómez no se presentara en Villa Ignacia sino pasados dos meses de la convalecencia de su compadre. Era un buen signo, sin embargo, que al hacerlo se dirigiera directamente a la pieza del enfermo, sin hacerse anunciar por ningún emisario. La combinación de tantas informaciones no generaba más que incertidumbre.

Mientras la política de Caracas se deshacía en intrigas de cuartel, entre el 15 de junio y el 18 de octubre de 1907 Escalante viajó a La Haya junto a los embajadores José Gil Fortoul y Laureano Vallenilla Lanz, como parte de la delegación venezolana que asistió a la Segunda Conferencia de Paz, convocada por Theodore Roosevelt, Presidente de Estados Unidos, y por invitación de Nicolás, zar de Rusia. Aunque los acuerdos alcanzados en ese encuentro corrieron con poca fortuna y no lograron evitar el estallido de la Primera Guerra Mundial, esta conferencia sentó las bases para la creación de la Sociedad de las Naciones –precursora de la ONU– en la que también Escalante y Gil Fortoul ejercieron la representación de Venezuela. Esta designación demostraba que si bien Diógenes Escalante no era parte del círculo más cercano al Presidente, por lo menos integraba una joven generación de intelectuales venezolanos formados en el servicio exterior, que contribuyeron en gran medida al establecimiento de vínculos entre el Estado y el resto del mundo. A pesar de existir a expensas del gobierno venezolano, no todos los miembros de este círculo diplomático habían tenido contacto con Castro. Algunos conocían al General por sus cartas y nada más, único medio para deshacerse en loas a favor del Gobierno y jurarle fidelidad.

En ese afán de retratarse junto a la cama del enfermo a fuerza de solidaridad epistolar, hasta el brujo José Medardo Montilla, de la población de Libertad, hizo llegar a Castro una correspondencia con su fórmula para conjurar la enfermedad y restablecer con esto la firmeza política del régimen:

Mandaré hacer una sábana de imité de cinco varas cuadradas de la tela más fina que haya; ésta será puesta o extendida a la cinco de la mañana sobre un pajar de guinea que esté empezando a espigar, ésta será empapada con el rocío, ya se tendrá una vasija de barro que haya sido usada, bien caliente, en donde será exprimida la tela; el líquido que la vasija haya recibido así de caliente será probado con una bayeta desde la corona hasta los pies; hecho esto, nuestro medicamento será envuelto en sábanas por espacios de seis horas; a este tiempo será obsequiado como un ponche. Esta operación se hará por un

novenario. Y puedo asegurar a usted que a los tres días de hecha esta operación se hallará en un cambio favorable.

Claro que, al cabo de unos meses, se comprobó que no fueron los riñones de Castro, sino los de Gómez, los que coronarían la caída de la Restauración.

El viaje del Presidente

Si acaso fue aplicada, la receta del brujo José Medardo no dio resultado. Desde principios de noviembre de 1908 se especulaba acerca del inminente viaje de Cipriano Castro a Europa para ser sometido a una segunda operación. La prensa tenía noticias: "Afirmase que el sastre de la alta sociedad, señor Muscani, -publicaba el *New York Times*- está haciendo trajes para el General Castro, no acostumbrados en el clima de Caracas. Discútense los nombres de los médicos que acompañarán al Presidente (...) La cuestión del día en Caracas es saber qué le pasará a Venezuela si el General llega a irse a Europa en estos momentos en que el gobierno holandés amenaza con un bloqueo y en que el partido revolucionario ha cobrado esperanzas con el decreto del Gobernador de Curazao que permite el libre comercio de armas y materiales de guerra con destino a Venezuela".

Ni el cuerpo diplomático acreditado en el país fue informado oficialmente del viaje hasta tanto Castro no descendió, junto con su familia, del tren ordinario de pasajeros que lo llevó el 24 de noviembre a La Guaira. El canciller José de Jesús Paúl, que iba junto al Presidente, lo preparó todo para que, una vez embarcados en el *Guadeloupe* y hasta su regreso de Berlín, el General recibiera periódicamente un cable cifrado con información sobre la situación política de Venezuela. Por las dudas, también los acompañaban los médicos de confianza -Fonseca, Pablo Acosta Ortiz y José Antonio Baldó- quienes, según la prensa, iban armados con un cajón lleno de instrumentos quirúrgicos para desenvainarlo en caso de que hubiese que operar al Presidente en alta mar. Fueron ellos quienes recomendaron a Castro ponerse lo más pron-

to posible en las manos del doctor alemán James Israel, del Sanatorium Hygeia de Berlín, quien gozaba de gran reputación como cirujano y había seguido los pasos de Philipp Bozzini en la instrumentación de técnicas endoscópicas.

Los cálculos más alentadores daban tres meses de duración al periplo del Presidente; una tesis basada puramente en el pronóstico de la enfermedad. Después de salir bien librados del trance de La Conjura, el entorno cercano a Castro no dudaba que el general Juan Vicente Gómez seguiría leal a su compadre al encargarse de la Presidencia. Y de allí que doña Zoila fuese la primera sorprendida al enterarse, por correspondencia de Josefa de Bello, de que tan pronto zarpó el *Guadeloupe* comenzaron las manifestaciones dando “muera” a su marido, acusado de planear un atentado contra su propio compadre.

Que algo así pudiese ocurrir era un secreto a voces para todos, menos para la familia Castro. Las cartas que intercambiaron Diógenes Escalante, Laureano Vallenilla Lanz, Francisco Antonio Rísquez y José Gil Fortoul entre septiembre y diciembre de ese 1908 no hablaban sino de las ansias de poder de Gómez y del camino abierto que dejaba la enfermedad de El Cabito a sus aspiraciones. La impresión que tuvo Escalante al visitar Venezuela pocos meses antes de la partida de Castro, confirmaba esta versión de que el Gobierno venezolano iba camino al fracaso y que un movimiento revolucionario bien organizado podría derrocarlo en cualquier momento. Escalante había vuelto a Caracas por breve lapso antes de encargarse de los fondos consulares europeos -que había manejado José Gil Fortoul hasta que fue destituido como representante de la Legación en Berlín, en julio de 1908- y, meses más tarde, tuvo noticia de que también sería responsable de recibir al Presidente en Europa, si acaso éste resolvía viajar a Alemania.

El *Guadeloupe* zarpó el 24 de noviembre, con Castro a bordo. Y la suerte se quedó en el muelle.

Al hacer su primera parada de camino a Burdeos, en Puerto España, al Presidente se le prohibió descender del barco debido a la cuarentena impuesta contra el puerto de La Guaira, que apenas se recuperaba

de los embates de la peste bubónica. Al Cónsul venezolano y a los curiosos en Trinidad sólo les fue permitido acercarse en lancha a un costado del buque para saludar al mandatario.

Escalante fue informado oficialmente del viaje de Castro por esas fechas y entonces se puso también en marcha por Europa para recibir al General en cada embarcadero al que llegaba. Su destino inmediato fue la ciudad española de Santander, que sería el primer punto europeo que tocaría el *Guadeloupe* y donde Laureano Vallenilla Lanz servía como Cónsul General. A esas alturas ni Vallenilla ni Escalante se explicaban por qué Castro había escogido viajar en una nave francesa y ponerse en manos de médicos alemanes cuando su Gobierno no gozaba de las mejores relaciones ni con Francia ni con Alemania. Al recibirlo, ambos diplomáticos se sorprendieron del ánimo del Presidente, quien físicamente lucía mucho mejor de lo que comentaban los reportes vía correo y, humanamente, no mostraba ningún signo de duda sobre la fidelidad de Gómez. A pesar de los vínculos que lo unían a Castro como funcionario de su administración, Vallenilla Lanz mantenía correspondencia con los hermanos Nicolás y Armando Rolando—ambos asilados en el extranjero e involucrados en planes conspirativos contra El Cabito— a quienes escribió sus impresiones de la visita:

Todos los argumentos, todas las deducciones basadas en la enfermedad de Castro se han venido abajo, pues este señor no está grave ni mucho menos. Es más o menos el mismo hombre que dejé en Caracas hace cuatro años, sin un solo rasgo que denote enfermedad seria. (...) Mi concepto es que, bien puede Castro estar engañado, pero no tiene temores de ninguna especie respecto a la fidelidad de Gómez y del Gabinete (...) De modo que el viaje no es sino una nueva audacia de este hombre que cuenta regresar el 27 de febrero sin pensar en que se le presente la menor dificultad durante su ausencia.

El día de la despedida en Santander, Escalante y Vallenilla se trasladaron en tren a París para alcanzar allá al Restaurador. Y tanto más vivo le pareció Castro a Vallenilla cuando, la misma noche de su llegada, el General le pidió que lo llevara a conocer a la famosa viuda ale-

gre del restaurant Maxim's. La prensa local, crítica del presidente Castro y sus maneras, también hizo fiesta con tanta alegría.

Desde que pisó Francia, en Burdeos, los periódicos se deshicieron en detalles para enumerar los excesos y rarezas del mandatario que les resultaba tan antipático por haber expulsado de su país en fecha reciente al Ministro de Francia en Caracas. Que lucía un gran diamante en el anular derecho, y que mantenía su mano en movimiento para dejarlo ver y admirar. Que llevaba una "mastodóntica" cadena de reloj, de la cual pendía un corazón en forma de dije. Que vestía chalecos de cuero forrado de cota de malla, calzaba pantuflas bordadas en seda por una supuesta "poca costumbre de usar zapatos". Que pagaba caros apartamentos. Y que en su primera noche en Burdeos se atracó de faisán trufado y fue capaz de vaciar quince botellas de vino, de 50 francos cada una, lo que hizo dudar a la opinión pública de su condición de enfermo. "Hizo muy bien en no quedarse por más tiempo entre nosotros, ya que después de un mes con ese régimen no habría tenido ya necesidad de cuidar sus enfermos riñones, en atención a que habría muerto de indigestión", reseñó la prensa local.

"De lejos, es un mono; de cerca, un rastacuero", publicó el diario *Petite Gironde* en su sección "Charlas bordelescas" del 14 de diciembre de 1908. Castro, en desagravio de sí mismo, anunció que no atendería a las preguntas de los reporteros ni a las kodak de los fotógrafos. Y entre una y otra celebración pre-operatoria, el 12 de diciembre de 1908 hizo enviar desde Burdeos un cable al Cónsul en Puerto España a través del *West India and Panama Telegraph Company*: "Transmita General Gómez llegamos felizmente y seguimos París mañana".

El 14 de diciembre, a la 1:30, Castro llegó en automóvil a la estación norte de la capital francesa. Él, su esposa y sus médicos tomaron los vagones de primera clase del tren expreso -sus ayudantes, los de segunda- y a la 1:50 partieron hacia Colonia y Berlín. El Cabito sólo concedió una entrevista antes de abandonar Francia: fue al reportero de *Les Temps*, pero evadió los temas oficiales al decir que viajaba como particular y no como Presidente, y dijo que volvería.

El fin de la Restauración

La revuelta comenzó el domingo 13 de diciembre de 1908 con ataques a la imprenta del diario *El Constitucional*, a la Lotería de Caracas y a la farmacia Thielen. El Gobierno provisional de Juan Vicente Gómez había autorizado las manifestaciones con la excusa de protestar contra el apresamiento de naves mercantes nacionales por parte de buques de guerra holandeses que, tras el rompimiento de las relaciones bilaterales, habían tomado las costas venezolanas. Pero los únicos gritos que se escuchaban en las calles eran “muera” al “Restaurador”, ahora con el argumento de que Castro había ordenado un atentado contra Gómez. Y en tanto se quemaba y se pateaba el retrato de Castro en Caracas, la noche berlinesa recibía con agasajos al General.

La dieta abundante se repitió en Alemania. El *Soleil* de París reprodujo lo que informaron los diarios el 15 de diciembre: “que la comida servida ayer al Presidente y a las personas de su comitiva costó 62 francos por cabeza”, y que el primer diagnóstico del doctor Israel indicaba que Castro “no sufre de ninguna enfermedad orgánica” sino que “las indisposiciones de las cuales se queja se deben a la existencia tan copiosa que lleva”. De cualquier modo, después de tres días de agitación en Venezuela y del correr de varios litros de vino, Cipriano Castro fue hospitalizado e intervenido por el doctor Israel unos días después. Y salió bien librado de la operación, pero no del golpe de Estado que se tejió en su contra.

En plena convalecencia tuvo noticias de que el 19 de diciembre se produjo en Caracas el desconocimiento oficial de su autoridad y de que se había instalado un Gobierno provisional cuya primera medida de urgencia fue la de develar el supuesto complot que Castro había planeado para eliminar a su Vicepresidente y compadre. Con la consumación de este movimiento, Gómez ordenó cancelar la carta de crédito del *Deutsche Bank* que se había abierto para costear los gastos de Castro en Europa; y quien hasta ese día fungió como Canciller del Gobierno restaurador, el doctor José de Jesús Paúl, hizo diligencias para que el Gobierno de Washington enviara naves a Vene-

zuela con el objeto de prevenir los sucesos que pudieran desarrollarse en el país: entre otros, que Castro volviera a puertos venezolanos. Según refirió el mismo Paúl en un informe enviado a Gómez, aún en el hospital El Cabito mostró a Diógenes Escalante una esquila que enviaría a su compadre para hacerle saber su deseo de volver a la patria, formalizar su renuncia ante el Congreso y comenzar a vivir el retiro en su hacienda de Mariara. En ella, Castro incluso admitía la posibilidad de someterse a juicio de ser necesario, y decía en parte lo siguiente:

Señor general: desde la cama donde aún me encuentro por razón de la gran operación que me ha salvado la vida, vengo a dirigirme a usted en cumplimiento de mi deber, ya que de usted no he recibido ni una letra y que las circunstancias así me lo imponen. Es decir, que debo aparecer para usted siempre el mismo, siendo hoy lo que fui ayer, como mañana seré lo que soy hoy (...). No tengo para qué saber las razones, motivos o circunstancias que lo hayan impelido a usted a tomar las determinaciones políticas que ha tomado: es de suponer, razonablemente hablando, y desconociendo en absoluto lo que pasa, que algún fundamento habrá de tener usted para ello y que yo desde luego respeto (...). Vengo únicamente pues a decirle, dadas tales circunstancias, que soy el primero en corresponder a esa política que usted desarrolla, en la esperanza de que usted, más afortunado que yo, haya logrado reunir bajo una sola bandera, bajo un solo ideal y bajo un solo propósito a todos los círculos políticos, y a todos los hombres, inclusive hasta a aquellos que hasta ayer nomás fueron nuestros enemigos, y que yo nunca pude atraer al seno de la confraternidad y unión de todos los venezolanos (...). Mi deber es, pues, ya que no puedo secundarlo directamente, hacerlo de manera indirecta y en forma decorosa para mí, adelantándole desde luego que regresaré apenas pueda, para hacer mi manifestación pública al pueblo de Venezuela, de mi retiro absoluto de la vida pública, retirándome al seno del hogar, del retiro y de la soledad a que tanto sabe usted he aspirado. Mi manifestación, como dejo dicho, la haré al mismo llegar, para que todos sepan a qué atenerse respecto a mi línea de conducta (...).

La carta fue puesta en el correo el 23 de enero de 1908.

Las cuentas de Castro

Seis meses después de la caída del régimen restaurador, el archivo, la contabilidad y la caja con cuatro mil quinientos diecisiete bolívares que recibió al encargarse de los fondos consulares, llevaron a Diógenes Escalante a juicio. Mientras se recuperaba de un quebranto de salud en el balneario de Vichy, el ex cónsul recibió un oficio del Tribunal de Cuentas de Caracas que le notificaba sobre los cargos de los que le acusaba la Sala de Examen por haber entregado a Cipriano Castro lo que quedaba de esos fondos para el 16 de diciembre de 1908. En vísperas de la operación y con el crédito del *Deutsche Bank* suspendido, el General –aún Presidente– le solicitó al Cónsul hacer el traspaso del dinero, con la condición de que giraría instrucciones al Ministerio de Hacienda para su reintegro inmediato. Para la fecha, e incluso después de que se supo derrocado, Castro confiaba en que el asunto del banco había sido un malentendido que pronto se solventaría y hasta dedicó unas líneas a Gómez para aclarar el punto: le decía que sus gastos en Alemania siempre fueron de su cargo particular y que erróneamente se interpretó que correrían por cuenta del Estado debido a que, para su desgracia, llevaba sus negocios particulares con el Banco de Venezuela y no a través de otra casa de comercio. Escalante, entonces, cedió los fondos antes de saber que junto con el dinero que había logrado girar doña Zoila, ayudaría a financiar la primera semana de Castro en el destierro; a cambio jamás recibió un recibo de gastos de su parte para presentarlo ante el tribunal. Por lo menos así intentó explicarlo por correo al presidente Gómez:

Oportunamente comuniqué a usted y al Ministro de Hacienda que me había visto obligado a hacer esa entrega en virtud de una imposición de fuerza mayor. Para la fecha en que ello tuvo lugar, el 16 de diciembre, el General Castro era el Presidente de la República y yo no podía prever los sucesos que se desarrollaron días después y que acabaron con su autoridad. Dados los métodos de su gobierno, bien sabido de todos, el desconocimiento de la orden verbal y terminante que me dio sobre los fondos en referencia me hubiera acarreado su venganza y convertídomo en su víctima a no haberse verificado la

transformación política encabezada y realizada por usted, no estando yo, como he dicho, el 16 de diciembre en capacidad de prever lo que iba a suceder cuatro días después, es claro que no obré de buena fe al cumplir la orden comunicada por el hoy ex Presidente. (...) Si de algo, puede, pues culpárseme es de haber obedecido a una presión arbitraria de Castro, y esas culpas hay muchas en Venezuela durante los nueve años del régimen restaurador (...) En cuanto a no haber acompañado a las cuentas recibo alguno del General Castro, usted que lo conoce bien comprenderá que no habiéndomelo otorgado el día que dispuso de los fondos, mucho menos ha sido posible que lo haga después de su caída, a pesar de los reclamos que le he dirigido. Tengo, sin embargo, cómo comprobar la erogación y lo haré personalmente ante el Tribunal de Cuentas.

Para el momento en que se produjo este cruce de cartas, Escalante había sido destituido como Cónsul de Venezuela en Hamburgo, sin que en lo inmediato se le asignara una nueva función. El propio José de Jesús Paúl –quien sería el Ministro Plenipotenciario en París del nuevo gobierno venezolano– le comentó a Laureano Vallenilla Lanz, en enero de 1909, que Escalante sería relevado del cargo para colocar en su lugar a una figura de la entera confianza de Gómez, el doctor José Ignacio Cárdenas, pero que esta medida no constituía en sí misma una represalia contra quien todos tenían “en un elevado concepto”. Haber trabajado para el servicio exterior venezolano durante cuatro años, aun bajo el Gobierno de Castro, colocaba a Escalante en una posición hasta cierto punto ventajosa: estar fuera del país le permitió mantenerse alejado de las intrigas que cada tanto circulaban en Venezuela y, salvo por el episodio de los fondos consulares, no había razones que lo convirtieran en blanco de responsabilidades políticas durante esta nueva etapa. Lo mismo que otros funcionarios diplomáticos, Escalante apeló a este argumento en la carta que envió a Gómez en diciembre de 1908 para felicitarlo por su ascenso a la Primera Magistratura; y volvió a hacerlo en otra correspondencia enviada al General para indicarle que había entregado el Consulado en Hamburgo según sus instrucciones y para recordarle la promesa de amistad que le hizo antes de partir a Europa, en 1905. Era cuestión de esperar, como reco-

mendó Paúl a sus allegados, hasta que las tensiones políticas volvieran a su cauce y las lealtades fueran aclaradas.

En su última carta, de julio de 1909, el Canciller del Tribunal de Cuentas de Caracas, Francisco Carías, dio un plazo de cuarenta días a Escalante para que rindiera cuentas en su despacho. A vuelta de correo, Escalante pidió una prórroga de cuarenta días más y así fue aprobada. La espera estaba servida.

El periodista

“Unión, paz y trabajo”. Con esa consigna, que expresaba la aspiración de un país desgastado por el caudillaje y la guerra interna, Juan Vicente Gómez no tardó en reagrupar alrededor de su causa a quienes indistintamente apoyaron o combatieron al Gobierno de su compadre. Más que un proceso de sustitución política, su proyecto de Rehabilitación Nacional representaba la evolución de la Causa Liberal Restauradora bajo un clima inicial de mayor amplitud democrática. En ese primer año de ajustes del régimen gomecista y luego de aclarar cuentas con los tribunales, a Diógenes Escalante tampoco le tomó mucho tiempo insertarse como funcionario de la nueva administración: en 1910 volvió al Táchira y trabajó como Secretario General del estado que presidía el general Régulo Olivares, ex compañero de armas de su tío, Calixto Escalante; y luego, de a poco, volvió a acercarse a Caracas, para iniciar una nueva empresa a favor del gobierno.

En julio de 1911, con el cierre de *El Eco de Venezuela* –“diario de intereses generales”–, Gómez vio fracasar su primer experimento por establecer un órgano de prensa oficial para la Rehabilitación. Le había encomendado la tarea al doctor Samuel Niño –médico, político, vinculado con el Liberalismo amarillo–, quien durante cinco meses costó la publicación del diario, hasta que la economía doméstica le impuso elegir entre la quiebra o el retiro. En su segundo intento, el Benemérito dispuso todo para que la empresa editorial que se planteaba fundar no derivara otra vez en fracaso: su Gobierno financió plenamente el sostenimiento de la publicación, al punto de que mandó a

importar una maquinaria especial para imprimirlo; y para que no fallaran los detalles administrativos, puso al frente de la dirección al ex Cónsul venezolano en Liverpool y Hamburgo, Diógenes Escalante. El periódico, bautizado como *El Nuevo Diario*, comenzó a funcionar en el número 118 de la avenida Oeste de Caracas, y entró en circulación el viernes 3 de enero de 1913 con el lema de la causa: “Paz y trabajo”. En su primer editorial –titulado “Motivos”–, Diógenes Escalante no dejó lugar a dudas sobre la que sería la línea informativa del diario en los siguientes 22 años; en éste, escribió sobre Gómez:

*Por una feliz circunstancia, la presente evolución encontró en su punto de partida inicial un factor poderoso que la encauzó firmemente en el momento oportuno con la entereza de una resolución personal y por medio de los recursos puestos a su alcance por la Ley. Nos referimos al general Juan Vicente Gómez. Puede decirse que fue su brazo el que determinó en los postreros días de 1908 la actual transformación venezolana. De aquella fecha data la fórmula de gobierno breve y honrada. De allí los vastos planes de restablecimiento de nuestro crédito exterior, las modernas vías de comunicación, de escuelas experimentales, de reforma del ejército y armada, de inmigración de sanidad nacional, y otros más, que Venezuela saluda con orgullo en el amanecer de 1913. La observación de este hermoso renacimiento, y el deber moral de contribuir a consolidar cada vez más la obra de perfecta armonía entre el progreso natural del país y la acción propulsora de su gobierno, nos ha movido a la fundación de *El Nuevo Diario*.*

Así, por 10 céntimos el ejemplar y tres bolívares la suscripción mensual, *El Nuevo Diario* ofrecía a sus lectores información internacional – con traducciones de periódicos extranjeros como *The Economist* o la *Gazette de Hollande* –, deportes, variedades, noticias de agricultura, industrias y comercio y, sobre todo, propaganda favorable al Gobierno. Por lo menos dos páginas enteras, de las ocho que componían el cuerpo de la publicación, estaban dedicadas a reproducir decretos, resoluciones y nombramientos, haciendo las veces de una Gaceta Oficial comentada con aplausos para los bienaventurados; en ellas, gozaba de buen centimetraje la sección fija “Noticias de Maracay”, en la que un enviado especial

enumeraba los paseos diarios y las visitas que recibía el Benemérito en aquella ciudad. *El Nuevo Diario* se nutrió también de colaboradores que, como Escalante, integraban el círculo intelectual que brindaba sustento teórico al régimen de Juan Vicente Gómez, a la vez que servían en cargos de ministros, embajadores o diputados: Laureano Vallenilla Lanz, José Gil Fortoul, entre otros. En cuanto a innovaciones gráficas, este periódico fue el primer medio de prensa en Venezuela que utilizó el recurso de la fotografía, además del retrato clásico, el grabado y la caricatura.

A través de su editorial, publicado habitualmente en las páginas dos o cuatro, Escalante se dedicó a exaltar la obra de Gobierno, cada día con preferencia temática. La construcción de carreteras y vías de comunicación: “Continúe el Presidente en la tarea de construir carreteras y caminos (...) Antes que en los títulos y en las aclamaciones, el nombre de Gómez quedará grabado a lo largo de esas carreteras como viva recordación de su obra honrada y positivista”. El fortalecimiento de la instrucción pública: “Sería imposible reducir a un artículo el recuento de lo que en esta materia ha realizado el gobierno del general Gómez. Escuelas concentradas (...) Escuelas normales (...), la Escuela de Artes y Oficios”. La educación de la mujer: “Es la primera vez que un Gobierno se ocupa seriamente de darle a la mujer venezolana una educación que la ponga en actitud de luchar contra las vicisitudes de la vida”. Y la creación de un efectivo Ejército Nacional, como punto de quiebre de una larga historia de caudillaje: “Porque el gobierno actual no aspira a entronizar despotismos de ningún linaje, comprende que la fuerza militar, emanada del pueblo, y organizada según normas científicas, preponderantes en el mundo culto, es la mejor fianza de paz perdurable, la más rotunda garantía de orden y de fiel ejecución de las leyes escritas”.

En ese espacio, Escalante también desarrolló tópicos que constituían su idea del progreso democrático y positivo, vistos a través de su experiencia de cuatro años en el servicio exterior. Hablaba de educación: “La educación es un medio para eficaz modificar la herencia psicológica. Bajo un régimen pedagógico estrictamente científico se forma el alma de un pueblo, por la unificación moral e intelectual de los ele-

mentos que lo componen. Trabajar por hacer de la escuela el primer elemento de educación cívica, es hacer a la patria un enorme servicio". Hablaba de economía: "El inmediato resultado de una vía carretera es el aumento de la producción local, estimulada por la facilidad y abaratamiento del transporte y por las exigencias de los mercados vecinos". Hablaba de la igualdad de género: "El viejo criterio español ha perpetuado el pupilaje de la mujer, privándola inconscientemente de los elementos que pueden ponerla en posesión completa de su ser moral. Educarla, es salvarla: darle medios para ganarse holgadamente la vida es hacerla más útil para la familia y la sociedad". Hablaba de la inmigración como factor de desarrollo: "El problema de nuestro porvenir depende en primer término de los medios que se pongan en juego para atraer a nuestro suelo una inmigración sana, laboriosa, que filtre en el organismo nacional nueva sangre y mejores hábitos de civilización". Y hablaba, nuevamente, de educación:

Hemos caminado aceleradamente en el camino de la igualación democrática, y por esa causa nuestros problemas no pueden resolverse sino con la observación precisa de nuestro estado social. Necesitamos educación, antes que todo, porque los más elevados puestos de la Nación son accesibles hasta a los hombres de más humilde cuna; necesitamos educación para que del seno de las masas populares surjan por selección los hombres que dirijan la República. No es que pensemos líricamente que Venezuela llegue a ser un pueblo de intelectuales. Nuestra aspiración es que seamos un pueblo de ciudadanos, laborioso, honrado, previsor, que encuentre en el trabajo y no en la guerra la escala de su ascenso social; porque los hombres educados en la escuela del trabajo son los elementos más aptos para la dirección de los negocios públicos (martes 21 de enero, edición 19).

A seis meses de su matrimonio con Isabel Álamo –celebrado el 17 de diciembre de 1914 en Caracas–, Diógenes Escalante dirigió una carta al Benemérito para solicitarle apoyo económico para volver a Europa en virtud de que el cambio de clima favorecería la salud quebrantada de su esposa. A partir del 11 de julio de 1915, Laureano Vallenilla Lanz –ex Cónsul y ex Director del Archivo Nacional– fue designado director de *El*

Nuevo Diario en sustitución de Escalante. Se hicieron los demás arreglos, y Escalante viajó a Ginebra favorecido con una dieta económica que le era cancelada a través del diario; allá comenzó a cursar estudios para licenciarse en Derecho y más tarde se reincorporó al servicio exterior venezolano. Los depósitos llegaron puntuales hasta que, en 1919, *El Nuevo Diario* dejó de ser subvencionado por el Gobierno. En consecuencia, y en virtud del aumento de los costos de producción, Vallenilla Lanz decidió suspender el giro que mensualmente le enviaba al antiguo director. Esto hizo mella en la larga amistad entre ambos: Escalante, con el alegato de ser dueño y fundador del periódico, sostuvo que le correspondía recibir el acostumbrado estipendio; y Vallenilla Lanz, se negaba a pagarle, explicándole al doctor Victorino Márquez Bustillos –para entonces Presidente Provisional de Venezuela– que de ser válido el criterio de Escalante, “todo aquel que ocupara un puesto público en el país continuaría teniendo derecho a vivir de él, aún después de haber sido reemplazado”.

El sociólogo y ensayista Laureano Vallenilla Lanz permaneció como Director de *El Nuevo Diario* hasta 1931, cuando fue nombrado Ministro Plenipotenciario de Venezuela en Francia y Suiza y sustituido en sus labores periodísticas por su compadre, el historiador José Gil Fortoul. Con esta sucesión, las cuentas de *El Nuevo Diario* cobraron también la amistad de cuarenta años que unía a estos dos intelectuales. Antes de partir a Europa, Vallenilla Lanz dice haber adquirido la propiedad total del periódico y más del 50% de las acciones de la Tipografía Universal, donde se imprimía. Pero mientras estaba en París, y por razones desconocidas, fue despojado de estos bienes a cambio de una compensación equivalente a doscientos mil bolívares en unas acciones que nunca generaron dividendos. Vallenilla atribuyó el descalabro de su economía personal a una mala jugada de su compadre Gil y del doctor Rafael Requena, que siendo su amigo personal y secretario del general Gómez, no le había ayudado en ese trance. Y por más cartas que envió a Caracas, nunca pudo recuperar el valor que decía haber pagado por el periódico. Bien decía don Laureano por aquella época, parafraseando el dicho popular, que “los ausentes nunca tienen razón”.

Misión europea

Si a alguna conclusión llegó Diógenes Escalante luego de asistir a la primera asamblea de la Liga de las Naciones es que, en la diplomacia, “más vale en ciertas veces contar con buenos padrinos que abundar en buenas razones”. Así se lo hizo saber al general Juan Vicente Gómez el 1 de enero de 1920, tan pronto como volvió a su residencia privada de la rue Rochambeau en París al terminar con la misión oficial que le había encomendado el Gobierno venezolano en Ginebra. Consideraba ahora una locura, “muy digna del cacúmen de don Cipriano Castro”, eso de pretender imponérsele a los países grandes cuando, amistosamente y por hábiles medios, se podía obtener de ellos la mayor parte de las concesiones a las que se aspirara. Se apreciaba en sus cartas a un Diógenes Escalante más curtido en las lides diplomáticas que aquel que en 1905 viajó a Inglaterra para ejercer la representación consular de Venezuela en Liverpool. Por esos días daba los últimos toques a su tesis para aspirar a la licenciatura de abogado de la Universidad de Ginebra –que finalmente obtuvo el 14 de julio de 1920 y que fue refrendada en 1925 por la Universidad Central de Venezuela, en forma de doctorado en Ciencias Políticas-, y servía al Gobierno venezolano en misiones a destajo, como esa que le había

asignado el canciller Gil Borges al enviarlo como delegado a la primera conferencia de la Sociedad de las Naciones convocada para el 15 de noviembre de 1920.

La sociedad, que antecedió a la Organización de las Naciones Unidas, fue creada el 28 de junio de 1919 con la firma del Tratado de Versalles, dentro de la Conferencia de Paz de París. Tras el armisticio que puso fin a la Primera Guerra Mundial, los países aliados acordaron construir los términos de la paz verdadera y propusieron crear las bases para la reorganización de las relaciones internacionales. Por iniciativa del Presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, se creó la Sociedad de las Naciones con el fin de que ésta actuara como árbitro en los conflictos internacionales para prevenir enfrentamientos bélicos en el futuro; por mandato del tratado se reuniría en septiembre de cada año en la ciudad de Ginebra. Y la experiencia como representante de Venezuela ante la Segunda Conferencia de Paz de 1907 le valió a Escalante el mérito de representar a Venezuela en la primera cita.

A ese ensayo, relató Escalante, asistieron representantes de cuarenta países que “llegaron desconfiados del éxito de la reunión, mirándose de reojo y salieron luego unidos por la más cordial amistad”. Ese, por sí solo, fue el primer resultado que el diplomático exhibió ante el Gobierno venezolano, pues a su juicio se había probado que sí era posible asegurar la paz universal y la colaboración económica entre las naciones. El encanto, sin embargo, duró poco: no tardó Escalante en informar que la Sociedad de las Naciones era un ideal muy hermoso en que todos debían trabajar, pero que la realidad era que las naciones valían y valen según sus fuerzas, sus riquezas y según el número de fusiles con que cuentan, sobre todo. Por eso recomendó a Gómez que, en lo sucesivo, la diplomacia venezolana debía andar de brazo con “la política del hierro”: “Mano de hierro para conservar nuestra paz interior; hierro en forma de utensilios para nuestro progreso material; en forma de arsénico, percloruros y quinina, baratos para cuidar nuestro paludismo tropical; hierro para aumentar nuestra flota de comercio, nuestros puentes, calzadas y ferrocarriles; disciplina de hierro para

mejorar nuestro carácter nacional; y hierro, sobre todo, para el aumento de la defensa del país”.

Estaba seguro Escalante de que el día en que Venezuela contara con cuarenta o cincuenta submarinos y cien o más aeroplanos de guerra, se acabarían el contrabando y las revoluciones, y las naciones comenzarían “a tomarnos verdaderamente en cuenta”. Ese discurso encendido, puesto en oídos del General que alcanzó “la paz permanente” de la nación después de Castro, devolvió a Escalante, también en forma permanente, al servicio diplomático. Y cercana la fecha en que se convocaba la segunda asamblea de la Liga, el Benemérito no dudó en llamarlo de nuevo para que tomara parte en la delegación. La idea de Escalante en esa oportunidad, y así se lo hizo saber al dictador el 12 de agosto de 1921, era alcanzar un lugar para Venezuela en aquella obertura del concierto de las naciones:

La Liga de las Naciones está adquiriendo poco a poco una gran importancia y una gran autoridad, a pesar de la oposición de los Estados Unidos, y nosotros no debemos perderla de vista, sino interesarnos más y más por ella porque esa Institución nos servirá en el porvenir para contrabalancear la influencia absorbente de los Estados Unidos y para hacer con los europeos la política que más nos convenga. Una de las razones por las cuales los Estados Unidos no ven con buenos ojos a la Liga es porque ella saca de su tutela a las repúblicas suramericanas dándoles la importancia internacional y la mayoría de edad que a ellos no le conviene que tengamos. Yo siempre he creído que nosotros, países pequeños y débiles, debemos cultivar la amistad con todos y apoyamos a Europa contra Estados Unidos y a éstos contra Europa, sin echarnos en brazos de uno solo, porque este juego de báscula nos permitirá estar bien con los dos, asustar al uno con el otro y sacar todo el partido mayor de los dos grupos.

La segunda asamblea

Consejo Liga nómbreme miembro Comisión imparcial tres trasladarse Albania ejecutar decisión grandes Potencias sobre fronteras con Serbia, Grecia. Otros dos: holandés noruego. Gran honor Venezuela convendría no declinarlo. Misión duraría dos meses.

Iría después Londres. Sírvase Ud. Enviarme instrucciones sobre lo que debo hacer. Es urgente una contestación por cable Consulado aquí.

Lo que el embajador Escalante quería informar al general Gómez y al canciller Pedro Itriago Chacín era que el Secretario de la Sociedad de las Naciones, Eric Drummond, le propuso el 11 de octubre de 1921 integrar una comisión de tres miembros que debía trasladarse de inmediato a Albania para ejecutar la decisión que en los días próximos tomarían los países aliados y asociados con respecto a las fronteras con Grecia y Serbia. Su segundo objetivo, y tenía dos meses para lograrlo, sería apaciguar los disturbios que en ese momento amenazaban con quebrantar la paz general. Según supo Escalante, su nombre fue sugerido al Consejo de la Liga por el embajador brasilero, Gastao Da Cunha, y aprobado en reunión secreta por los representantes de Francia, España y Bélgica. De aceptar la misión, Escalante se haría acompañar de un funcionario noruego y de otro holandés en la primera tarea de esta naturaleza que se le asignaba a un venezolano.

Diógenes Escalante, primer delegado de Venezuela, Vicepresidente de la sexta comisión de la Liga y abogado recién egresado de la Universidad de Ginebra, ejercía por segunda vez la representación del país en esas reuniones. Esta vez viajó acompañado únicamente por Santiago Key Ayala y Caracciolo Parra Pérez, pues Manuel Díaz Rodríguez debió quedarse en Roma por razones de enfermedad. Ya a la segunda oportunidad en que se agrupaban los 32 países miembros y los 113 Estados invitados, Venezuela tenía tarea por cumplir.

“Acepte misión honrosa Venezuela y Usted”, ordenó el mensaje enviado el 16 de octubre por el canciller Itriago Chacín en respuesta al cablegrama de Escalante. Pero el plan inicial se había ido a pique. “Última hora infórmame misión Albania durará seis meses causa complicaciones. En tales condiciones declino encargo, dando gracias Consejo nombre Venezuela. Sigo Londres próximamente”.

Cinco días después del ofrecimiento de Drummond, Escalante recibió una llamada de la Secretaría de la Sociedad para informarle que

los trabajos de la comisión durarían, con toda probabilidad, seis meses o más. Habían surgido complicaciones de parte del Gobierno serbio que, aunque oficialmente se mostraba dispuesto a plegarse a la decisión que tomara la Liga, no dejaría de apoyar indirectamente a los movimientos insurreccionales de la frontera. Las nuevas circunstancias implicaban que la comisión tuviese que permanecer en Albania todo el invierno de 1921, yendo de un lado a otro, hasta dejar pacificados a los bandos en conflicto y delimitada la línea fronteriza que marcara el Consejo.

“Esto cambiará por completo el plan de trabajos que me había expuesto sir Drummond”, escribió Escalante, ya con más calma, a la Cancillería venezolana, para argumentar por qué había declinado la invitación. “No pudiendo retardar por tanto tiempo la misión que el Gobierno me acaba de confiar en Londres, y no estando, por otra parte, personalmente dispuesto a soportar los rigores de un largo invierno en un país desprovisto de comunicaciones y de recursos, creí no deber aceptar el encargo”. Ese mismo año, Diógenes Escalante había sido comisionado por el Gobierno de Juan Vicente Gómez como Ministro Plenipotenciario de Venezuela en Londres, y de ahí que en cada telegrama hiciera referencia a que pronto se pondría en camino a la capital inglesa. La tarea a la que ahora tendría que responder era la de sustituir en el cargo al embajador Pedro César Dominici –quien iba en misión a Argentina– y de reactivar las relaciones económicas y políticas entre el Reino Unido y Venezuela, tal y como él mismo lo había recomendado en su correspondencia a Caracas: “Es urgente que Venezuela haga una política más activa en Inglaterra y Francia, mejorando en todos los sentidos las delegaciones que tiene acreditadas en Londres y París (...) Los Estados Unidos en el hemisferio americano e Inglaterra y Francia en el viejo mundo son, a mi juicio, los tres más fuertes sostenes en que nosotros debemos apoyarnos, sin olvidar, por supuesto, a otros Estados”.

Ya para aquel momento, Escalante había logrado colocar a la administración de Gómez en la buena consideración de Europa, y en virtud de esto comenzó a trabajar con los embajadores Caracciolo Parra Pé-

rez, César Zumeta y Alberto Adriani –que lo acompañaron en septiembre de 1925, en la sexta reunión de la Liga– para que la Sociedad de las Naciones adoptara el régimen alternativo en la elección de los miembros no permanentes del Consejo. La incorporación siempre inminente de Alemania como miembro activo de la Sociedad (que, según las potencias aliadas, abría la posibilidad de ampliar el número de miembros del Consejo), tampoco se hizo efectiva ese año y fue argumento para que los cuatro miembros permanentes se opusieran a la propuesta venezolana. Sin embargo, la delegación de Venezuela logró obtener, por lo menos, la tercera de las vicepresidencias de la Asamblea, con 43 votos a favor de las 45 manos alzadas. El otro tema, la alternancia de los gobiernos, siguió siendo por muchos años una mera aspiración de la diplomacia venezolana.

Ministro plenipotenciario en Londres

Fue desolador el paisaje que encontró Escalante al volver a Inglaterra, transcurridos dieciséis años desde que dejó el Consulado venezolano en Liverpool. Las 15 libras mensuales que tenía asignado el doctor Dominici para el presupuesto de la Embajada, 400 bolívares al cambio, no alcanzaban para costear ni el alquiler de un cuarto mediano en el centro de la ciudad. Con lo que tenía para gastos de casa y oficina, el antiguo diplomático había rentado “un piso de quinto orden” en un barrio distante de la capital, donde no cabía siquiera un archivador. Y justamente porque los viáticos asignados a Dominici no llegaron a tiempo, Escalante terminó por encargarse oficialmente de la Legación tres meses después de haber llegado a la ciudad: el 4 de febrero de 1922. Durante ese período consumió buena parte de sus fondos personales al hospedarse en el hotel Waldorf, desde donde envió sus primeras cartas de queja al general Gómez, al canciller Itriago y al Ministro de Hacienda, para exhortarles a que aumentaran el presupuesto de la legación en mil 800 bolívares.

En cada visita a la Corte inglesa, Escalante debía embutirse en traje de gala –guantes blancos, guerrera bordada, sable, espejuelos al aire,

medias de seda blanca, sombrero bicornio-, y sólo el costo de su atuendo le impedía darle vestido a su esposa Isabel para llevarla de acompañante. A doña Isabel Álamo de Escalante le resultaba más económico y hasta saludable, por el daño físico que le generaba el clima de Londres, conservar su habitación de la rue de Rochambeau en París, donde vivía con sus hijas pequeñas y a donde cada fin de semana viajaba su esposo. Si acaso el deber le obligaba zanquear a los conspiradores contra Gómez por París, como ocurrió en más de una ocasión, los viáticos del encuentro familiar corrían por cuenta del Gobierno.

Justo el mismo año en que Escalante se hizo cargo de la Legación, los alzados entraron en *tournée* europea. El 27 de septiembre de 1922 el Embajador dirigió una carta al Benemérito en la que le informaba que los revolucionarios venezolanos habían iniciado gestiones secretas en la ciudad con el fin de obtener el apoyo inglés para desarrollar sus planes insurreccionales. A cambio, los alzados ofrecían la supresión del impuesto de 30% que se cobraba sobre el costo de las mercaderías procedentes de las Antillas, que fue establecido por el gobierno de Antonio Guzmán Blanco y que seguía vigente en la administración de Gómez. La polémica sobre el “30% antillano”, como se denominaba comúnmente a la tasa, había cobrado fuerza entre los ingleses durante los años 1920 y 1922, mientras las Antillas británicas atravesaban una grave crisis económica debido, entre otras razones, a los bajos precios del azúcar. Buena parte de las quejas que escuchó el Subsecretario de las Colonias, el señor Wood, en su gira por las colonias, apuntaban hacia este problema, y de ahí que el reino tuviese los oídos particularmente atentos a las voces que le ofrecían suprimir el tributo.

Así las cosas, el primer paso que proponía Escalante para salir de la crisis era que el Ministerio de Hacienda nombrara una comisión de expertos en temas fiscales y de comercio para que estudiara la eliminación del impuesto, la creación de zonas francas en la costa venezolana y la negociación de un tratado de comercio con las islas en términos más favorables:

La supresión de este impuesto adicional que fue una necesidad en los tiempos en que se estableció —recomendaba el Embajador— será una medida altamente beneficiosa para Venezuela siempre que sea precedida de la creación y funcionamiento de dos zonas francas aduaneras que hagan las veces de Trinidad y Curazao en dos de nuestros puertos y le eviten al comercio nacional la competencia antillana. Sin las zonas francas, la abolición no conviene de ningún modo. La medida sería deseable hoy más que nunca, pues dada la crisis que atraviesa nuestra exportación, las Antillas son el mercado más próximo e indicado para nuestros frutos y nuestro ganado. Quitar el impuesto sería abrir con ellas un comercio intenso. La sola isla de Curazao importó el año antepasado de Venezuela (1920) tres veces más de lo que Italia nos compró. Y ese comercio aumentaría con la posibilidad del intercambio.

Pero esta recomendación macroeconómica de Escalante no fue adoptada por el Ministerio de Hacienda. Tampoco fue tomada en cuenta la idea microeconómica de ensanchar el presupuesto de la Embajada para pagarle entre cinco y cuatro libras al día a un detective privado “inteligente y activo” que le siguiera los pasos a los conspiradores, que realizaban la diligencia de conseguir elementos de guerra y de enamorar a Inglaterra con una nueva política fiscal. El alemán K. E. Rocolin, antiguo director empleado del dique astillero de Puerto Cabello, era uno de los amotinados que buscaba en Lieja un barco y armamento para la insurgencia; así lo comunicó Escalante a vuelta de cable, el 19 de agosto de 1923: “Clave: Agentes revolucionarios solicitan elementos de guerra aquí. Ningún motivo de alarma por ahora pero urge mucho que el Gobierno envíe fondos por cable para establecer vigilancia”.

Escalante, quien a la postre se convirtió en el diplomático de más larga actuación como representante de Venezuela ante la Corte inglesa, comenzó a acumular razones, más allá de los temas de presupuesto, para entrar en desacuerdo con el manejo de la política exterior venezolana. En su criterio, las posiciones que pudo haber ganado el Gobierno de Gómez a través de argumentos estaban siendo mal administradas por la torpeza de sus funcionarios. Fue el caso, por ejemplo, del fallo emitido en contra de Venezuela en el Laudo Suizo de 1922. En

este sentido, Escalante coincidió con Manuel Díaz Rodríguez –ex compañero en las asambleas de la Sociedad de las Naciones– en advertir desde muy temprano que los negociadores venezolanos no habían puesto el empeño suficiente en procura de una decisión favorable a Venezuela. Contra las 24 horas que escasamente ocupó José Gil Fortoul en Berna en negociar el laudo emitido por la reina María Cristina de España y que estableció los límites entre Venezuela y Colombia, pesaban cuatro años de diligencias de los avezados abogados colombianos Antonio José Restrepo y Francisco Urrutia. También ejerció un peso específico el enfrentamiento que sostuvieron el Ministro de Exterior venezolano, Esteban Gil Borges, y el embajador Gil Fortoul. En consecuencia, Colombia había quedado en derecho de ocupar el Aposadero del Río Meta, entre otros sectores importantes, y en la posibilidad de abrir el Orinoco “a cañonazos” al rodearse del favor de otros Estados que aspiraban a su libre navegación. Y Escalante, lo mismo que Díaz Rodríguez, no ahorró calificativos para protestar por el mal manejo de la situación en la correspondencia que envió el 10 de abril de 1922 a Juan Vicente Gómez:

A mi humilde juicio, este asunto lo hemos perdido por las mismas causas porque se perdiera la primera vez en España, es decir, por la ineptitud de nuestros mandatarios y por la falta de plan uniforme y de unidad de criterio de nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores. Leyendo los alegatos de nuestra Cancillería y el expediente todo desde sus comienzos, lo que más resalta es la discrepancia de método y hasta de opiniones de los diferentes Ministros que se han sucedido en aquel Despacho desde los más remotos tiempos. Hablo en términos generales, sin hacer cargos particulares, que están lejos de mi intención. Colombia aparece allí, por el contrario, con una aspiración siempre igual y con un plan uniforme, bien estudiado y definitivo; y en conseguir lo que querían, todos sus Ministros pusieron el más tenaz empeño, valiéndose no sólo de derecho sino de una diplomacia activa y avisada. Colombia tuvo siempre, en síntesis, una sola política para esa cuestión, mientras que nosotros cambiábamos de parecer con cada Ministro. Eso tenía que pesar en el ánimo del árbitro en disfavor de nuestra causa. Otro de los motivos que han influido en contra nuestra ha sido la ceguera de nuestros mandatarios al

querer resolver ese asunto únicamente por el espíritu jurídico, olvidando aquel sabio dicho de que más vale a veces un arreglo extrajudicial que la mejor de las sentencias.

Luego, el que hubiese presos políticos en las cárceles venezolanas tampoco contribuía a sostener la imagen internacional del Gobierno de Gómez, y así también se lo hizo saber Escalante al Dictador cada vez que le fue posible: cuando aplaudía sus esporádicos actos de clemencia, aconsejándole que una buena administración se sostenía sobre las cuentas pero también sobre las libertades; o cuando le recomendaba hacer buena la palabra de sus mensajes al Congreso o de sus alocuciones de año nuevo, mediante la reconciliación del régimen con sus enemigos. Pero la historia indica que ésta, como tantas otras recomendaciones, fue desoída por el General.

Sí, nacionalizar el petróleo

¿Qué mayor regalía petrolera que ser “yo, el Gobierno”, sin límite de tiempo ni de Constitución? Sacar mayor provecho en dólares y porcentajes para el Estado, como lo proponía el embajador Escalante, habría sido más que una gracia legislativa, una torpeza política. En abril de 1926, tres meses antes de que el Ministro Plenipotenciario de Venezuela en Londres hilara la tesis de que los recursos energéticos del país debían nacionalizarse progresivamente mediante el incremento de la participación local en el negocio del petróleo, un grupo de emisarios de la conspiración liderados por el general Francisco Linares Alcántara ofrecía a las compañías petroleras inglesas mayores beneficios en la explotación a cambio de apoyo económico para una insurrección armada. Al menos esa era la versión de las empresas sonsacadas.

El 23 de julio de 1926, mister W. T. Doyle –por entonces gerente de la empresa estadounidense *The Caribbean Petroleum Company*– le advirtió al Benemérito acerca del complot que desde Inglaterra se tejía en su contra. Doyle, quien años antes había sido jefe de la División de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado, sabía de so-

bra acerca de la obsesión tropical por las conspiraciones y en ese conocimiento y en nombre de su empresa, ofreció sus favores políticos al Gobierno de Gómez a cambio de ser aventajado en el debate público del momento. Por esas fechas, cinco petroleras inglesas y norteamericanas –entre las cuales figuraba *Caribbean*– habían publicado un telegrama en que le advertían también al Ejecutivo sobre la inconveniencia de establecer, tal y como lo estaba considerando el Ministerio de Fomento, un puerto petrolero en el sitio de Punta Salinas, en la península de Paraguaná. El *pool* de compañías señalaba que el lugar no era propicio para desarrollar el proceso de embarque y exportación de crudo, pues les obligaría a hacer una inversión extra en tanques de almacenamiento. La contraparte en este debate, la *Venezuelan Pantepec Company*, argumentaba a cambio que el único interés de las empresas que suscribían el telegrama era intervenir indebidamente en los actos de la administración pública para impedir que se estableciera en Paraguaná un puerto de importancia comercial para el Estado. Claro que tampoco era la intención de la *Pantepec* convertirse en adalid de los intereses nacionales sino granjearse también mayores afectos entre el Gomecismo, que manejaba como un clan familiar el reparto de concesiones.

Cuando en 1909 se produjo la apertura del negocio petrolero en Venezuela, el Ejecutivo lo hizo con el otorgamiento de concesiones a ciudadanos venezolanos particulares, ligados al Gomecismo: funcionarios, amigos, familiares. Ellos, a su vez, fueron traspasando sus contratos a empresas extranjeras que se hacían con el derecho de explorar y explotar extensiones inmensas de territorio –hasta 27 millones de hectáreas, en el caso de la *Caribbean Petroleum*– con condiciones muy convenientes: con impuestos de un bolívar por hectárea de terreno ocupado; 5% de regalía sobre el producto extraído; 50% de los derechos de importación de productos refinados, y contratos de hasta cincuenta años, renovables por medio siglo más.

Las condiciones no habían cambiado tanto para el momento en que Diógenes Escalante calculó cuánta ganancia obtenían las empre-

sas petroleras por su actividad en Venezuela (apenas se había producido un aumento del impuesto, en razón de dos bolívares por hectárea explotada). Para hacerle entender al general Gómez cuán rentable era el negocio para el bolsillo extranjero, el 23 de julio de 1926 Escalante le envió un memorando que explicaba la siguiente operación matemática: una compañía como la *Venezuelan Oil Concessions* había alcanzado un valor de 10 millones de libras esterlinas –para la época, 250 millones de bolívares– luego de invertir poco menos de 300 mil libras en la adquisición de concesiones en el estado Zulia, unos 50 millones de bolívares; es decir, que la empresa aumentó su capital en 400%, sin que un solo céntimo de esta ganancia fuese a parar a las arcas del Estado que le otorgó los contratos. Semejante cosa no ocurriría –decía el Embajador en su correspondencia– si el Gobierno no hubiese incurrido en el “error económico que se cometió” al vender a los extranjeros las concesiones por precios irrisorios de contado, en lugar de haber buscado la asociación con ellos bajo la forma de participación en el capital: acciones de sus empresas o de participación en las utilidades de éstas. El problema, sin embargo, era remediable si se aplicaba la siguiente fórmula, que a otros ya había funcionado:

El sistema de la asociación fue el que adoptaron hace algún tiempo Rusia y Rumania, países que hicieron en el particular la misma dura experiencia de Venezuela. Consiste tal sistema en ofrecer las concesiones a las compañías extranjeras sobre la base de la participación del vendedor en un 40 o 50 por ciento en el capital que formen, o en las utilidades que realice, quedando naturalmente aparte de los impuestos que deben pagarse al Gobierno. Mediante este sistema, los venezolanos quedarían interesados en la mitad o algo menos del capital, o de las utilidades de cada compañía. Como el negocio especulativo de esta clase de empresas consiste en hacer subir en los mercados extranjeros el valor de las acciones al resultar petróleo de las concesiones, son las compañías extranjeras asociadas las que se encargarían de valorizar las acciones sin que el venezolano tenga otra cosa que hacer sino participar en los beneficios del movimiento de alza, o en las utilidades de la empresa.

“Fifty-fifty”, cincuenta-cincuenta, fue el nombre de bautismo que veinte años después le daría Juan Pablo Pérez Alfonso a este sistema, incluido en la reforma a la Ley de Impuesto sobre la Renta de 1948, aprobada durante el Trienio adeco, y antes, en la Ley Petrolera de 1943, del Gobierno de Isaías Medina Angarita. No tenía nombre cuando en julio de 1926 Escalante trató esta idea en Londres con el embajador José Gil Fortoul, a quien originalmente le escribió el memorando que días más tarde llegó a manos del general Juan Vicente Gómez. Pese a las resistencias que por descontado opondrían las petroleras a este modelo, Escalante preveía que el negocio podía seguir siendo eso, un negocio para todos:

Fuera de las ventajas que brinda a los extranjeros el sistema apuntado, por no tener éstos que levantar capital de contado para la adquisición de las concesiones, y fuera de las perspectivas halagüeñas que ofrece a los venezolanos, él se da la mano hasta cierto punto con el fin que persiguen hoy los países nuevos en lo que respecta a su desarrollo económico interno, o sea, la nacionalización de sus riquezas. La riqueza petrolera de Venezuela es hasta cierto punto una riqueza internacional que se nos escapa jurídica y económicamente. No ejercemos control alguno sobre las acciones de compañías anónimas con asiento principal en el extranjero, en donde únicamente circulan estos valores, no participamos materialmente de ellos. Podría decirse que nuestras minas están más en el exterior que en el propio país.

Cuando Escalante puso en el buzón este memorando para Gómez, incluyó en el sobre otra carta en la que le informaba de sus últimos movimientos: había comunicado al amigo Antonio Aranguren del contenido de su propuesta y le estaba ayudando en elaborar un proyecto similar en materia de minas; también acompañó al embajador Gil Fortoul al Ministerio de Negocios Extranjeros de Inglaterra por la conveniencia de que el Reino se diera cuenta una vez más “de la amistosa disposición venezolana en el campo económico”. Para el momento, José Gil Fortoul vivía en París y fungía como representante venezolano ante el Consejo Federal Suizo, el mismo que decidió sobre el Laudo

Arbitral en 1922. Por su parte, Antonio Aranguren ya llevaba varios meses en Londres, resolviendo asuntos personales y de Estado.

El 17 de febrero de 1926, Aranguren le escribió a Gómez que volvería a Venezuela tan pronto como solucionara una disputa que sostenían los accionistas de la *Venezuelan Oil Concessions Limited* con el grupo *Shell*. Sus más caros intereses y toda su experiencia estaban al servicio de ese asunto. No podía hacer menos: este Aranguren fue uno de los primeros venezolanos que el 28 de febrero de 1907 recibió una concesión petrolera particular, en razón de su cercanía con el Benemérito; como los demás, vendió a la *Bermúdez Company*, filial de *General Asphalt*, y a cambio se quedó con algunas acciones de la *Venezuelan Oil Concessions*. Con su vasta experiencia de 21 años en el negocio de los hidrocarburos, él sabía tanto o más que el presidente Gómez lo inconveniente que podía resultar para la paz interna y las relaciones internacionales la aplicación de una idea como la de Escalante. Sin buscar muchos argumentos, le bastaba recordar lo que pasó en 1920 con la aprobación de la primera Ley de Hidrocarburos en Venezuela: las petroleras protestaron, al punto de que dos años más tarde el Gobierno terminó por aprobar una reforma a la Ley que, a instancias de Gómez, fue redactada por las mismas empresas extranjeras. El periodista Clarence Horn, de la revista *Fortune*, recreó en 1939 el hipotético diálogo de Gómez con los gerentes de las operadoras: “Ustedes saben de petróleo. Hagan ustedes las leyes. Nosotros somos novatos en eso”. Luego, fue el Congreso Nacional el que selló la felicidad de todos: con el voto unánime de los legisladores aprobó la reforma, y meses después, la reelección de Gómez a la Presidencia de la República por un tercer período, 1922-1929.

Si algo sabía el General es que, a diferencia de las bayonetas, los barriles de petróleo sí sirven para sentarse sobre ellos y hasta con más comodidad.

La transición

Durante dos largos años esperó esa llamada para volver. Que la voz de Eleazar López Contreras le confirmara: “Vente, que murió”, para echar a andar el proyecto de transición que con tanto celo habían preparado desde 1934 y que sería la realización de todas las ideas que aportó al Gobierno de Gómez sin que fueran ejecutadas. Un par de ministros del servicio exterior estaban involucrados en el plan que, sin ser una conjura, se presentaba como alternativa ante la inminente desaparición del Dictador, ya anciano y achacoso. Con Caracciolo Parra Pérez repasó desde Europa cada medida que en el criterio de ambos debía asumir el nuevo Gobierno, amplio y democrático, que se instalaría tras la muerte del Benemérito. Sería entonces un hecho el ascenso al poder del Ministro de Guerra y Marina, Eleazar López Contreras, y un hecho también que él, Diógenes Escalante, sería invitado a formar parte del Gobierno.

El día llegó el lunes 17 de diciembre de 1935. No sonó el teléfono, sino que a las 11:00 de la noche del martes 18, hora inglesa, Diógenes Escalante escuchó en la radio de Londres el manifiesto que Eleazar López Contreras perifoneó desde la estación de Maracay para anunciar que Juan Vicente Gómez había muerto, que el Ejército rodeaba y

apoyaba al sucesor, y que éste se consagrara a la inmediata atención de los problemas económicos del país. Tal y como lo habían previsto, el Gabinete delegó todo el poder en López Contreras y pasarían pocos días antes de que el Congreso refrendara esta decisión al designarlo como Presidente de la República. Escalante tomó entonces el auricular y se puso en correspondencia telefónica con Roma para compartir la noticia con Parra Pérez, Ministro Plenipotenciario en esa ciudad. Los detalles los reservó para la carta que escribió ese mismo 18 de diciembre, al colgar el teléfono:

El viejo murió en su casa de Las Delicias, Maracay, el lunes a las 11:45p.m., según parece. Estuvo rodeado de doctores, Ministros y su gente íntima. Causas: uremia y falla cardíaca. (...) El primer gran salto tan temido se ha dado sin el caos que se esperaba, pero hay mucho que cortar en ese paño de aquí a la elección de un nuevo sucesor. Todo dependería de la energía combinada con cordura del Ministro de la Guerra. (...) Las cosas no pueden continuar como venían, tanto en lo que respecta a los métodos como a personal, pero cualquier reforma precipitada conduciría al desenfreno de las pasiones. Los revolucionarios del exterior comienzan a liar maletas (...) ¿Podrá resistir L. C. a las Fuerzas reaccionarias que se desencadenan ya, la de los ausentes del presupuesto, y la de los que en la mamera están? ¡Cuántas incógnitas terribles plantea esta sucesión! No he decidido nada ni lo que será de mí. Si me hacen un signo, iré; de otro modo, esperaré aquí a me reemplacen o me den instrucciones para continuar en esta misión.

Pronto llegaron las instrucciones. Ya el 30 de diciembre el hasta entonces Ministro Plenipotenciario de Venezuela en Londres, Diógenes Escalante, se había embarcado en el vapor alemán *Cordillera* con rumbo a La Guaira. De paso por París recogió un memorando escrito por Parra Pérez que reunía las reflexiones que ambos habían hilvanado durante los años en que compartieron el servicio exterior: la idea de convocar de inmediato a una Asamblea Constituyente que redujera el mandato presidencial y proscribiera la reelección inmediata; la necesidad de reemplazar de manera sistemática y continua al personal político que sirvió bajo el régimen gomecista, descalificado por sus

robos, violencia o incapacidad; el establecimiento de un régimen mínimo de libertades para el pueblo –“compatibles con su falta absoluta de preparación cívica”– que le permitiera a “las gentes” respirar, opinar; y luego, medidas de mediano plazo aplicables en la política interior y exterior, en hacienda y economía, en fomento y defensa nacional. Se trataba de un programa de urgencia, “un plan orgánico y en cierto modo, electoral”. Decía Parra Pérez en la nota con que acompañó el memorando: “Es indispensable que consejero escuchado como serás del Presidente, le ofrezcas desde el principio una cooperación eficaz de ideas sanas y practicables”. E insistió: “Nada de sistema: un programa”.

Febrero, 1936

En febrero de 1936, el total de estudiantes universitarios que había en todo el país no superaba los mil quinientos alumnos. Pero eran suficientes para poner en jaque al Gobierno que se instaló tras la muerte de Gómez. Aún antes de que el Presidente electo clausurara las exequias del Benemérito en Maracay con el anuncio de libertad para los presos políticos, un grupo de estudiantes había convocado a la primera manifestación en el patio central del Hospital Vargas en Caracas. A esa chispa se sumaron más demostraciones de júbilo por la muerte del General, que desencadenaron el incendio de la sede de *El Nuevo Diario* y el saqueo a las residencias de los más cercanos colaboradores de Gómez. El mismo 18 de diciembre comenzaron los disturbios y ni el decreto de aumento del salario mínimo, de tres a cinco bolívares diarios para los trabajadores de obras públicas, logró contener la marejada popular.

Para principios de año, ya el presidente López Contreras había nombrado nuevo Gabinete, menos gomecista que el anterior, pero sin mayor ascendencia entre las masas que protestaban en las calles: Diógenes Escalante, quien todavía no había llegado al país, fue designado Ministro de Relaciones Interiores (en su ausencia, ocupó el cargo temporalmente el doctor Diego Bautista Urbaneja, Director de Política del

despacho) el abogado Pedro París, Ministro de Fomento; el doctor Gustavo Herrera, Ministro de Hacienda; el doctor José Ramón Ayala, Ministro de Instrucción; el doctor Tomás Pacanis, Ministro de Obras Públicas; Ministro de Salubridad, el doctor Elías Rodríguez, y Francisco J. Parra, Secretario de la Presidencia. Tanto el canciller Pedro Itriago Chacín, como el Gobernador del Distrito Federal, el general Félix Galavís, fueron ratificados en sus cargos. Y las primeras medidas que tomó el Gobernador al reafirmarse en su puesto terminaron de encender los ánimos, de por sí inflamados, de la opinión pública.

Para hacer que cesaran las manifestaciones, el 5 de enero de 1936 el Gobierno de López Contreras suspendió las garantías constitucionales. Ese mismo día, el gobernador Galavís adoptó una resolución que prohibía las reuniones de más de tres personas, los discursos en plazas, teatros o calles, la propaganda de carácter comunista y la publicación de cualquier tipo de cartel, aviso o escrito que previamente no fuese autorizado por su pluma. La prensa y el estudiantado condenaron de inmediato la orden, pues cada uno de sus considerandos contradecía el discurso de amplitud y tolerancia que dos días antes había pronunciado el presidente López Contreras cuando pidió a los medios, en rueda de prensa, “la más amplia crítica y fiscalización para enrumbar al país en estas horas decisivas”.

Una vez encargado del Ministerio, el 26 de enero de 1936, Diógenes Escalante envió una circular a todos los presidentes de Estado, al Gobernador del Distrito Federal y a los gobernadores de los Territorios Federales en la que decía que, antes que la fuerza, emplearan la cordura, que “es el mejor aliado para resolver los problemas políticos del país”. Por tanto, daba instrucciones de mantener la paz regional mediante la prevención enérgica de todo intento o comisión de hechos contra el orden establecido, empleando todos los medios que las leyes y el ejercicio de la autoridad pusieran a su alcance; y que en el caso de los delitos ya consumados, abrieran las averiguaciones que correspondieran. Si había orden, habría libertad:

El actual Gobierno estima que su misión primordial más urgente es la de reintegrar a los venezolanos al goce efectivo de las libertades consignadas en nuestra Carta Fundamental, una vez que las circunstancias lo permitan; pero precisa recordar al propio tiempo que la posesión de todo derecho supone la aptitud para ejercerlo. No basta, pues, que las libertades individuales estén consagradas en la Constitución y que el Gobierno se halle firmemente dispuesto a garantizar su respeto: es necesario, además, que el ciudadano se haga digno de ellas y cuide también por sí mismo de su guarda. Por eso se entiende que habrá de cumplir fielmente los deberes que las leyes le imponen; ocurrir a las vías que éstas determinan cada vez que se trate de agravios o lesiones en sus fueros, sin apelar a la violencia; y cooperar con su conducta y con su ejemplo en la creación del ambiente de concordia necesario para el funcionamiento de las prácticas del civismo.

Demasiadas palabras, demasiados cambios para ser atendidos todos a la vez mientras las ciudades ardían. Así que cada quien interpretó la ley como pudo. Félix Galavís, Gobernador de Caracas, envió el 12 de febrero una circular a todas las redacciones de la capital. Allí anunciaba con detalle el carácter de las nuevas prohibiciones contenidas en su reglamento anterior: que antes de ser escrito o radiado, cualquier material informativo o de opinión debía pasar antes por la aprobación de la Junta Censura; de lo contrario, los infractores serían castigados con multas de entre mil y dos mil bolívares. El Gobernador también advertía a los propietarios de diarios y directores que en lo sucesivo serían responsables de lo que publicaran o difundieran: quedaban prohibidos los artículos que pudieran considerarse “disociadores con fines de perversidad”; los escritos que contuvieran alusiones personales que incitaran al odio; también los de tendencias comunistas que promovieran la disolución de la clase capitalista y las publicaciones de orden subversivo contra las autoridades constituidas, así como la puesta en circulación de hojas volantes de “carácter mendoso” o la radiodifusión de discursos, conferencias o charlas que exaltaran los ánimos de la muy exaltada población.

Tras la imposición de semejante voto de silencio, el más beligerante de los tribunos de la época, el bachiller Jóvito Villalba –alto, delgado,

rubio, de 27 años, recién llegado del exilio– envió al presidente López una carta, en calidad de Secretario General de la Federación de Estudiantes de Venezuela, en la que lo conminaba a derogar la suspensión de garantías y de restricción de la libertad de expresión. La Asociación Nacional de Empleados (Ande) también hizo caso omiso a las advertencias de Galavís y siguió reuniéndose para concertar más acciones de calle. Los partidos, que a partir de enero despertaron de la clandestinidad –Unión Nacional Republicana, el Partido Republicano Progresista, la Organización Venezolana (Orve)–, presionaron con más fuerza para que se produjera una efectiva transición hacia la democracia.

Ese cuadro político y social –ansioso y hasta desordenado– se reunió el 14 de febrero en la plaza Bolívar de Caracas, en número mayor a treinta mil personas, para dar la primera protesta pública que conoció el siglo XX venezolano. Diarios, revistas y emisoras acordaron suspender sus actividades para ese día. Los manifestantes improvisaron discursos, vocearon consignas, hasta que los silenció una descarga de disparos proveniente del Palacio de la Gobernación, frente a la plaza. El saldo fue de seis muertos y no se supo quién dio la orden de disparar. La ciudad se convirtió en una hoguera: saqueos, más oradores, prisión para los culpables. Los dirigentes de los partidos convinieron en que a las 4:00 de esa misma tarde partirían todos en una marcha de silencio desde la sede de la universidad hasta Miraflores. El Rector, Francisco Rísquez, y los bachilleres Jovito Villalba y Rafael Caldera, encabezaron el desfile.

El presidente López Contreras los recibió en el palacio. Escuchó en voz de Jovito Villalba parte de lo que ya había leído en su carta: la necesidad de nombrar un gobierno plural, la petición de que los gomecistas fuesen excluidos del Gabinete, que los gobernadores de Estado representaran las aspiraciones de cada región, pidió libertades democráticas, supresión de la censura, plenas garantías para la expresión. El discurso causó efecto. Sin embargo, horas antes de recibir a los manifestantes, ya el Presidente había puesto a andar una solución. Años más tarde, al escribir sus memorias de aquel proceso político, López

Contreras confesó “que la reacción del pueblo oprimido era justificada”, que en la mañana del 14 de febrero de 1936 llamó al gobernador Galavís a su despacho y le ordenó suspender las restricciones que había impuesto a la prensa y que violaban las atribuciones del Ministerio del Trabajo y Comunicaciones; contó también que el Gobernador prefirió dimitir antes que someterse a las modificaciones de la resolución. Y ese momento, la renuncia del Gobernador encajó como pieza perfecta para la conciliación que López se aprestaría a anunciar: le comunicó a Villalba que el general Elbano Mibelli había sido nombrado ese mismo día como nuevo Gobernador del Distrito Federal, pidió patriotismo, comprensión, y se comprometió a derogar las medidas restrictivas, a sancionar a los responsables de los disparos en la Plaza Bolívar y a dar cabida en el tren ejecutivo a personalidades de la oposición.

López cumplió lo prometido y entre los manifestantes sacó a algunos de sus nuevos ministros: Esteban Gil Borges, antigomecista desterrado hasta esa fecha, fue su nuevo Canciller; Néstor Luis Pérez, encarcelado durante los años del Benemérito, se convirtió en Ministro de Fomento; Alberto Adriani, fundador de ORVE, pasó a ser Ministro del recién creado Despacho de Agricultura y Cría; Adriani, a su vez, nombró a Rómulo Betancourt como su secretario; y en el momento en que Rómulo Gallegos estuvo de regreso en el país, fue designado Ministro de Educación. El Presidente reinventó de plano su equipo de gobierno como una sabia estrategia de combate para ganar esa guerra que, según su propia definición, existió en sus primeros meses de gobierno: “no con levantamientos armados, pero sí por medio de movimientos sociales mucho más peligrosos, porque no podían ser bati-dos por las armas”.

El programa

Sí, un programa. Cuando Caracciolo Parra Pérez juró como nuevo Ministro de Instrucción Pública, ya su compañero de faenas internacionales, Diógenes Escalante, había cumplido con su parte del trato: con persuadir al presidente López Contreras, como decía el memoran-

do que trajo de París, para que éste aprobase un programa de Gobierno que marcara el signo de los nuevos tiempos. El 21 de febrero de 1936, a una semana de la masacre de la Plaza Bolívar, el primer mandatario anunció al país cuál sería su plan para el siguiente período de cinco años. Cinco años, y no siete, para comenzar.

Este programa, leído a través de la radio, como acostumbró López desde el día en que asumió el mando, abarcó las medidas más urgentes que a juicio del Gabinete debía adoptar el Estado: devolver la autonomía a los concejos municipales y estudiar el posterior aumento del situado constitucional de los estados de 12% a 20%; reorganizar la administración de justicia; garantizar la libertad de trabajo; fomentar un plan de higiene pública para erradicar el paludismo, la tuberculosis y la sífilis que menguaban al pueblo; reformar el sistema de educación nacional con el lema “las escuelas valen lo que valen los maestros”; desarrollar la agricultura a través de créditos y herramientas científicas; establecer una política fiscal y monetaria que fomentara el aumento de la riqueza disponible, y profesionalizar aún más las fuerzas armadas nacionales hasta hacerlas “extrañas a las luchas políticas”, entre otras. Todos estos cambios iban a su vez acompañados de una solicitud de reforma constitucional al Congreso para que se redujera el período presidencial de siete a cinco años, se suprimiera la cláusula que permitía la reelección inmediata del Presidente de la República y para que se le fijara al Primer Mandatario responsabilidad común con sus ministros.

En medio de la redacción de cada una de estas cláusulas, Escalante conoció a Rómulo Gallegos y, como en la Liga de las Naciones, trabajó muy de cerca con Caracciolo Parra Pérez y con Alberto Adriani. Junto a ellos se propuso la elaboración de una nueva Ley del Trabajo que respondiera a la nueva realidad del país. A tales fines, el Ministerio de Relaciones Interiores invitó a Venezuela al escocés David Belloch, conocido entonces como uno de los más distinguidos laboristas de Europa, y designó al doctor Alonso Calatrava como responsable del proyecto, y a Rafael Caldera como su asistente. Fue esa, la de Belloch,

la primera misión de asistencia técnica que efectuó la Oficina Internacional del Trabajo y que arrojó como resultado una reforma exhaustiva del sistema laboral venezolano: la reducción de la jornada de trabajo de nueve a ocho horas; la exención de impuestos fiscales al personal obrero; la adopción de contratos colectivos; el establecimiento de límites de edad y horarios de descanso para niños y mujeres trabajadoras; la reglamentación de la seguridad industrial; la implementación del seguro social obligatorio; la apertura a los derechos sindicales, y la creación de tribunales de trabajo.

Pero fuera de ese Despacho en el que se figuraba al país que debía ser, a través de ejercicios abstractos y legislativos, Escalante comenzó a granjearse enemistades políticas. Los círculos gomecistas le atribuían a él, como Ministro de Relaciones Interiores, haber sostenido contacto en Europa con los líderes revolucionarios que entonces comandaban la Izquierda venezolana, y le acusaban de haber elaborado una lista de figuras del régimen anterior, cuyas residencias debían ser saqueadas por los revoltosos. Aún superada la crisis de febrero de 1936, las presiones no cesaban. Por eso pidió ser relevado del cargo de Ministro, sin que el cambio que de ahí resultó contribuyera en mucho a mejorar su posición: el doctor Alejandro Lara fue nombrado en el Despacho de Relaciones Interiores el 29 de abril de 1936 y su antecesor fue transferido como Secretario de la Presidencia. Transcurrió menos de un mes, y Diógenes Escalante quiso volver al servicio exterior.

Veinte años más tarde, Eleazar López Contreras describió las angustias de Escalante, su primera mano derecha en el gobierno:

Su conducta en los cargos diplomáticos y su falta de conocimiento del medio y de sus hombres lo hacían inadaptable para el manejo de los asuntos políticos en su carácter de Ministro de Relaciones Interiores y de Secretario de la Presidencia, en aquellos momentos convulsivos del año 1936, de manera que desde el primer momento se empeñó conmigo para que lo relevara de dichos cargos. Se hizo rápidamente de enemigos, porque tenía miedo de erogar cualquier suma de dinero por el Capítulo VII, para alimentar el sistema de dádivas para sostener la política. Yo comprendí mi error al llevarlo a esos cargos

y lo complací al enviarlo a la Embajada de Washington. Durante su permanencia en el Ministerio y en la Secretaría, más bien se espantaba de los proyectos de represión o medidas fuertes contra los revoltosos y se mortificaba cuando sabía que muchos de los gomecistas se alejaban del país en desacuerdo con el gobierno. No dudo que más tarde entrase en acuerdo con algunos elementos de Acción Democrática (1944), que apoyaban su candidatura, y por resentimiento conmigo, pero ciertamente no debe considerársele un hombre capaz de haber sido uno de los autores intelectuales de los actos vandálicos que los extremistas de izquierda ejecutaron en residencias de familiares y amigos del extinto general Gómez.

Sin embargo, antes de creer que se había equivocado al elegirlo como su más inmediato colaborador, hubo un momento después de febrero de 1936 y antes de septiembre de 1945 en el que Eleazar López Contreras pensó realmente que Diógenes Escalante era “el hombre”.

La candidatura de 1941

“Por dos únicas razones la navegación de la familia Escalante es significativa”, escribió Carolyn Bell el 30 de marzo de 1941 en su columna “Diplomatic circling” de *The Washington Post*. “El doctor Diógenes Escalante está regresando para convertirse en Presidente. La otra razón es posiblemente no tan ‘world-shaking’, excepto para la pequeña María Teresa Escalante. Esta joven señorita nunca ha puesto sus ojos en su tierra natal”. Para la fecha, los Escalante tenían su equipaje listo para mudarse a Caracas. Seguía en pie la oferta del presidente Eleazar López Contreras de favorecer a su compañero de infancia en la sucesión presidencial del período 41-45, para que el nuevo Presidente de la República no fuese un militar y para que el país terminara de dar el salto hacia la democracia bajo el poder de un gobierno civil.

Al cabo de cinco años en la Embajada de Venezuela en Washington, la familia Escalante –esposa, dos hijas, Embajador– se había convertido en objeto dilecto de la crónica social: eran elegantes, modernos, educados, ofrecían cocteles, sostenían excelentes relaciones con el Gobierno norteamericano y estaban en camino de transformarse en ocu-

pantes del palacio de Miraflores. Escalante ya no era el mismo personaje al que *The Washington Post* había dedicado sólo una nota de 57 palabras bajo el título "Venezuela appoints new U.S. minister", cuando el 29 de junio de 1936 se encargó de la representación del país ante los Estados Unidos. Venía de ser, decía la reseña, Ministro Plenipotenciario en Londres desde 1915, representante de Venezuela ante la Liga de las Naciones, Ministro del Interior, una vez secretario del presidente López Contreras y fundador del periódico *El Nuevo Diario* en 1913. Y aparecía ahora reconocido como el Ministro que transformó por completo la misión diplomática venezolana con sólo trasladarla del garaje de la residencia de su sucesor a un elegante edificio de Massachussets Avenue, en un gesto que representaba algo más que una frivolidad.

La inauguración de la nueva sede fue reseñada a página entera en el *Times Herald* del 25 de febrero de 1940 en una nota que resumía tres noticias en una: los mil 200 invitados que concurrieron a la recepción colapsaron el tráfico de la avenida; el anfitrión de la fiesta, Diógenes Escalante, se perfilaba como el primer civil que podría ser favorecido con la candidatura presidencial; y el convidado de honor de la recepción fue el Ministro de Guerra y Marina de Venezuela, el coronel Isaías Medina Angarita, que por continuidad histórica era una figura aún más "presidenciable" que el propio Escalante. Era la primera vez que Medina Angarita visitaba los Estados Unidos en misión oficial; no tenía la certeza todavía, pero en los meses siguientes sería ascendido a General de División y ese viaje que tanto estaba disfrutando le daría mayor relieve en la escogencia final de López Contreras. Ya en Washington comenzaban también a tratarlo como un aspirante, a la par que al embajador Escalante, como se leyó en una nota firmada por Don Alba y publicada en el *Times Herald* en los días siguientes:

Hoy encontramos al embajador y a la señora de Escalante empacando para el viaje de regreso a su país (...) Muchos escritores y columnistas han estado especulando sobre la posibilidad de que el doctor Escalante sea el nuevo Jefe Ejecutivo de su Venezuela, pero él

no aceptará la nominación hasta tanto su amigo, el general Isaías Medina Angarita, renuncie a su postulación de mover su gorra militar en el ring presidencial. En mi opinión, el doctor Escalante está mejor preparado que nadie para la Presidencia. Al mismo tiempo, no podemos olvidar que el general Medina es también un hombre muy capaz, con tanta energía como el doctor Escalante, las mismas ideas progresistas, y es también un buen amigo de los Estados Unidos.

Con menos refinamientos que en Washington, desde 1939 los generales del Gomecismo comenzaron a convocar periódicas reuniones sociales y políticas en Caracas para hacer lobby ante López Contreras. Las fiestas se coronaron con un gran agasajo ofrecido al Jefe de Estado por el doctor Victorino Márquez Bustillos –quien había sido Presidente Provisional de Venezuela en los devaneos de Gómez y Primer Secretario de la Presidencia de López– en su casa de Sebucán. Capcioso entre tanto honor, López preguntó a uno de los hijos del General qué tramaba su padre tras todo ese asunto. Márquez Bustillos le transmitió por la misma vía el mensaje: que él estaba interviniendo en política desde los 18 años y que aún tenía derecho de ocuparse de la cosa pública, que su círculo tenía interés en demostrarle a López que eran amigos de su Gobierno y que, en consecuencia, el Presidente debía pensar que el país necesitaba de un sucesor con “la autoridad de un hombre experimentado y antiguo compañero de causa”. Dicho de otro modo, los generales gomecistas sólo darían su visto bueno a un candidato de origen militar y, por ende, se declaraban abiertamente opositores a cualquiera de los nombres civiles que entonces barajaba López entre su lista de favoritos: ni Luis Jerónimo Pietri, ni Amenodoro Rangel Lamus, ni Caracciolo Parra Pérez, ni Cristóbal Mendoza, ni Estaban Gil Borges, ni Néstor Luis Pérez recibirían sus favores; mucho menos el doctor Diógenes Escalante, quien se había ganado la enemistad eterna de Victorino Márquez Bustillos cuando en 1936 le recomendó a López Contreras que lo destituyera de la Secretaría de la Presidencia, tal y como lo solicitaban entonces los partidos de Izquierda. En palabras textuales de López, “necesariamente el grupo principal de

generales gomecistas estaba inclinado a organizar una revolución si el nuevo jefe de Estado no salía entre sus compañeros y ese era el motivo para estar preparándose con elementos de guerra”.

Esta conspiración latente y nada agazapada no era secreto para el Embajador de Venezuela en Washington. El 12 de diciembre de 1940 Diógenes Escalante le escribió una carta a López Contreras de su propio puño y letra; eludió expresamente los servicios de la secretaria porque, como comentó en el encabezado de la correspondencia, sospechaba que “manos misteriosas, obedeciendo a no sé cuáles intenciones” abrían en Caracas su correspondencia. Sobre el tema electoral del 41, habló Escalante en estos términos:

Últimamente la propaganda se acentúa diciendo que las elecciones las ganará el que dirigió las elecciones en octubre, apoyado por la alta banca, el comercio, el clero, los generales del viejo cuño, los petroleros y la gente de seda, a fin de instaurar un gobierno de matiz totalitario que acabe con la democracia decadente y le frunza el ceño a Mr. Roosevelt. Usted le dará a todo esto su verdadero punto y valor, pero siempre es bueno que lo sepa pues ningún bien nos hace esa estúpida propaganda aquí, especialmente en el ánimo del gobierno de Mr. Roosevelt, que parece resuelto a librarle batalla a los totalitarios, y en esto hasta la guerra, si fuere necesario. (...) Tanto Galavis como León Jurado han estado por acá y hablaron conmigo, expresándose, por supuesto, muy bien en sus conversaciones acerca de usted. No creo que esta gente tenga nada en concreto en perspectiva, como no sea que en las elecciones del 41 haya alguna sorpresa que los haga salir de la atmósfera de confianza para sus negocios en que se encuentran hoy. Pero ellos mismos no creen que Pérez Soto se encuentre en idéntica actitud.

Escalante despidió su escrito recomendándole a López: “No vale la pena contestarme esta carta”. Y a pesar de las murmuraciones acerca de los muchos enemigos que le aguardaban en Caracas, se embarcó hacia La Guaira, según lo previsto, para escuchar del propio Presidente de la República su veredicto final.

Como bienvenida, leyó en la prensa acerca de la adhesión que manifestaban los bolivarianos de Cojedes y Apure a favor de la candidatura

de Isaías Medina Angarita y sobre la resolución del General de retirarse de las filas del Ejército para dedicarse de lleno a la política. La decisión estaba tomada.

El 28 de abril de 1941, las Cámaras votaron. El senador Manuel Tiberio Arreaza, vocero de la Junta escrutadora, anunció el resultado: entre un quórum de 40 senadores y 97 diputados, 120 votos favorecieron la candidatura de Isaías Medina Angarita; 13 votos a Rómulo Gallegos; uno, al doctor José Izquierdo; uno más, al doctor Luis Gerónimo Pietri; y dos, a la candidatura de Diógenes Escalante. La toma de posesión del nuevo Jefe de Estado se llevó a cabo el 5 de mayo siguiente.

Catorce años después, López Contreras amplió las razones que lo llevaron a escoger a su sucesor entre las filas de la Fuerza Armada, más allá de su intención de liquidar la conspiración gomecista:

Debo dar constancia que ni el general Medina, ni personal alguno del Ejército intervino en absoluto en esa designación, ni menos imponerla, como algunas personas interesadas se han dado a la tarea de pregonarlo. Medina le debió la Presidencia a las fuerzas políticas bolivarianas, precisamente a las que él, sus amigos íntimos y familiares le dieron la espalda, para darle preponderancia a los extremistas de izquierda o quienes fueron provocadores del derrocamiento de su gobierno.

Diógenes Escalante permaneció en Caracas por algunas semanas más luego de la toma de posesión. Después de dos meses y medio de ausencia, aterrizó en Washington el 30 de julio de 1941, a bordo de un avión de *Pan American Airways*. Al llegar al aeropuerto, los periodistas le preguntaron sus impresiones acerca de la propuesta del senador D. Worth Clark de eliminar la política estadounidense del buen vecino, por creer que ésta había fallado. Escalante, nuevamente investido en su cargo de Embajador, respondió: "No veo razón para cambiar la política del buen vecino, sino es para mejorarla. Necesitamos una cooperación más cercana y un mejor entendimiento mutuo". Y urgió a que se aumentaran las compras por parte de Estados Unidos en América del Sur. No tuvo más palabras sobre éste o cualquier otro tema.

El presidente Medina sí contó algo más en la entrevista que concedió el 6 de diciembre de 1942 al periodista Luis Enrique Osorio:

-¿Cuándo comprendió usted, general, que iba a ser Presidente de la República?

-Si usted supiera, Luis Enrique...No sé... No le podría precisar...Le advierto que el general López Contreras, a pesar del cariño y la lealtad que siempre le he profesado, jamás en la vida me dejó entender ni pensar que él pudiera empeñarse en... ¿cómo dijéramos?..., en ayudar a mi candidatura. Cuando fui a Nueva York y a Washington en el año cuarenta, el doctor Diógenes Escalante me dijo: "Usted va a ser el hombre del cuarenta y uno". Y yo le contesté: "Mejor que lo sea usted".

El candidato de **la unidad**

El Nacional estaba bajo el polvo. “Sin mala intención” la redacción dejó caer una nota sin firma en su página 11 del 2 de julio de 1945 para quejarse de que sus oficinas del número 20 de las esquinas de Pedrera a Marcos Parra estaban ahogadas en las dunas del Sahara:

Desde el segundo piso, donde redactamos esta nota, la calle se ve a través de una espesa neblina de polvo que proviene de la vecina construcción del Liceo Fermín Toro, que levantan los vehículos cuando pasan. Los escritorios tienen una capa de polvo sobre la que se puede escribir con facilidad la historia de la incuria aseurbanística de nuestra capital. (...) Sin mala intención, con la ingenuidad más sublime que puedan cobijar nuestros sacrificados pulmones, rogamos que por caridad rieguen la calle y eviten en lo sucesivo la polvareda. De lo contrario, tendremos que vernos constreñidos a cerrar el periódico e instalar una fábrica de adobes.

Cáracas era cambiante y viva, y se desarrollaba día a día bajo la mirada de sus habitantes. La ciudad de las casas de un piso, de los zaguanes y de la lámpara de kerosén comenzó a desaparecer en tanto fue creciendo hacia los campos, transformada en urbanizaciones de inmensos edificios, con ruido de martillos eléctricos en el día e incandescencia

de luces de neón por la noche. En apenas un mes, la *Compañía Anónima Altamira* batió su propio récord de ventas: 93 parcelas vendidas, por un millón 688 mil bolívares toda la operación, según anunció con orgullo el Presidente de la compañía, el señor Luis Roche, a mediados de 1945. “Ya los caraqueños no nos conocemos todos de vista cuando nos cruzamos por la calle”, se quejaban algunos con nostalgia al ver ahora a una multitud heterogénea y cosmopolita caminando por las estrechas calzadas del centro.

En el último año, el Ministerio de Obras Públicas había hecho un gran despliegue de presupuesto en la capital para darles a esos peatones agitados una “vía ancha al progreso”. El 25 de julio de 1945, a las 12:00 del mediodía, un ejército de *caterpillars* comenzó a derribar buena parte del viejo casco colonial para abrirle paso a la Avenida Bolívar. Al día siguiente, domingo, el Presidente de la República, el Gabinete y el Cuerpo Diplomático se reunirían en la nueva plaza “Rafael Urdaneta”, enclavada entre los bloques uno y dos de El Silencio, para inaugurar la obra de reurbanización que costó al Estado 50 millones de bolívares y que tomó 26 meses de trabajos. En total, para el 15 de julio de 1945, el Ejecutivo había invertido en obras nacionales la cantidad de 234 millones 235 mil bolívares –un millón 411 mil 386 dólares al cambio del día– en la construcción de vías de comunicación, de escuelas, leprocomios, hospitales, de instalaciones industriales, de acueductos, embalses, cloacas, en cartografía nacional y en el Instituto de la Ciudad Universitaria.

El presidente Isaías Medina Angarita enumeró el destino de cada centavo en su alocución del 21 de abril de 1945 a las Cámaras del Congreso. Habló, además, de cifras de vacunación –más de 175 mil pinchazos contra la viruela–, de las garantías ofrecidas al trabajador –prohibido el trabajo nocturno en las panaderías, puesto en funcionamiento el Seguro Social Obligatorio–, del patrocinio a la reforma agraria –nuevo proyecto de ley en discusión–, de la situación de la industria petrolera –aumento de 43% en la producción–, gracias a la Ley de Hidrocarburos de 1943. Y al decir “petróleo”, habló también de política exterior.

En materia internacional, el Gobierno estaba colocado –decía el presidente Medina– “en solidaridad estrecha con las democracias americanas” y, en especial, con la norteamericana. Venezuela era el suplidor número uno de aceite mineral para las Naciones Unidas en esa etapa final de la Segunda Guerra Mundial que libraban los países aliados –Gran Bretaña, Francia, la Unión Soviética y Estados Unidos– contra los del eje formado por Alemania, Japón e Italia; esto a pesar de que la Cancillería de Medina eligió la neutralidad cuando el 7 de diciembre de 1941 se produjo la agresión japonesa sobre la base aeronaval estadounidense de Pearl Harbor. Sin embargo, llegado el año 45, se planteó la amenaza de que las Naciones Asociadas que, como Venezuela, hubiesen limitado su actitud a romper relaciones con la coalición nazi-fascista, quedaran excluidas de las Conferencias de Paz que se convocaran en el futuro. En tales circunstancias, y por intermedio del Embajador de Venezuela en Washington, Diógenes Escalante, el 20 de febrero de 1945 el Ejecutivo se apresuró a suscribir la Declaración de Naciones Unidas que había sido aprobada por los países aliados el 1 de febrero de 1942. La firma fue acogida en Caracas, incluso por los partidos de oposición, como un triunfo venezolano.

Si antes no había ocurrido que Venezuela declarara su estado de “belligerancia” con respecto a los países del eje, fue justamente porque el Gobierno temía que los partidos opositores reclamaran al Ejecutivo no haber asumido una política internacional más enérgica o alegaran que no tenía caso declararle la guerra a Hitler cuando los ejércitos ruso y norteamericano ya habían tomado Berlín. Rómulo Betancourt sostuvo, con base en sus conversaciones de esos días con Diógenes Escalante, que al Presidente le preocupaba sobre todo la posición que adoptaría Acción Democrática; de allí que el Embajador venezolano en Washington no se conformara con hacer lobby en Estados Unidos, según contó Betancourt:

El doctor Diógenes Escalante, embajador de Venezuela en Washington, viajó por esos días a Caracas. Procuró una conversación conmigo, y habló con directa franqueza. Era

la Unión Soviética, según su información, la responsable de ese planteamiento. No quedaba abierta sino una posibilidad: la de que los países cuestionados se apresuraran a declarar la guerra a los ya vencidos gobiernos de Berlín y Tokio (...) Dije al emisario oficioso del Gobierno que por conocer el pensamiento de la dirección de Acción Democrática, podía asegurarle que ésa no sería su actitud sino otra muy diferente. Agregué que éramos antes que todo venezolanos y como tales reaccionábamos ante los problemas de política internacional. La dirección del partido hizo buenas esas palabras. Reunido el Comité Ejecutivo Nacional, acordó tomar la iniciativa de pedir al Gobierno que declarase la guerra al Eje. Además (...) criticamos con aspereza la intención conocida de excluir de las Conferencias de Paz al país que, con el suministro regular, ininterrumpido, de su petróleo, contribuyó (...) a la derrota del nazi-fascismo.

Con esta manifestación, era la segunda oportunidad en que el adeísmo reconocía un acierto de la administración de Medina; la primera vez ocurrió el 17 de enero de 1943, cuando, desde el parque Los Caobos, Betancourt dedicó un breve discurso en respaldo a la política petrolera del gobierno, que consistía en aumentar “al límite de la justicia” la participación venezolana en la industria. Pero se trataba de circunstancias puntuales. No era del talante de Acción Democrática andar propugnando el discurso oficial con la frecuencia con que lo hacía, por ejemplo, la Unión Popular Venezolana.

En vísperas de la sucesión presidencial prevista para mediados de 1946, al presidente Isaías Medina le habría gustado que esos raptos de unidad nacional se concentraran en el ascenso de un candidato único y civil a la Primera Magistratura de la nación. Un personaje, sin embargo, que garantizara la continuidad de la línea política y económica de su gobierno, que el Congreso pedevista supiera ungir con su voto y que fuese capaz de sobrevivir a la pugna política del momento. En otras palabras, un heredero político.

De antemano, Acción Democrática rechazaba la idea del “continuismo”, tan claramente expresada por Medina en su alocución al Congreso y en su mensaje de año nuevo en 1945. No obstante, si se trataba de conformar un gobierno progresista, de unidad, se podía conversar del asunto.

Todos a Washington

Sentados sobre las maletas aún sin abrir, en el lobby del hotel Statler de Washington, Rómulo Betancourt y Raúl Leoni le pintaban a Diógenes Escalante un panorama oscuro del momento venezolano. O surgía un candidato del oficialismo dispuesto a cumplir un programa de unidad, que planteara una reforma constitucional y el llamado a elecciones libres y universales, o estallaba una rebelión en el seno de las fuerzas armadas. Conectados como estaban con la Unión Patriótica Militar que conspiraba contra el Gobierno de Medina, conscientes de sus intenciones –que no revelaron al Embajador–, los dirigentes de Acción Democrática se jugaban una última carta: tratar de convencer a Escalante de que aceptara la candidatura que ya le había ofrecido el presidente Isaías Medina Angarita; a cambio, los adeístas ofrecían el apoyo opositor. Una negativa de su parte habría colocado a Betancourt y a Leoni un paso más cerca de la solución de las armas y de ese “áspero juego de acciones y reacciones” en que se convertiría la historia de AD.

“Sin proponérselo y sin buscarlo”, explicaría años más tarde Betancourt, la acción política de su partido y el descontento de las nuevas promociones militares habían encontrado un punto de convergencia en junio de 1945, cuando el doctor Edmundo Fernández –endocrinólogo, ex compañero de la universidad– se presentó en casa de Rómulo para transmitirle la invitación: un grupo de oficiales del Ejército, descontentos con el gobierno de Medina, querían reunirse con él. Betancourt accedió y una hora más tarde estaba en camino de consultarle al partido qué hacer al respecto; la dirección dio el visto bueno y el 6 de julio él asistió, junto a Raúl Leoni, a su primera cita con los militares alzados: el mayor Marcos Pérez Jiménez, los tenientes Martín Añez, Francisco Gutiérrez y Horacio López Conde, y el teniente coronel Carlos Morales. Pero antes de conocerlos, en esas semanas de expectativa, Betancourt sostuvo continuas conferencias telefónicas con Escalante con la finalidad de apresurar su viaje a Caracas para que contribuyera a enfrentar las aspiraciones de Eleazar Ló-

pez Contreras a la reelección; y como el Embajador seguía sin hacer maletas, fueron ambos dirigentes a buscarlo.

Escalante los miró largamente al escuchar la propuesta, sin responder, por diez, veinte minutos, declara Betancourt. No lo sabían sus invitados, pero a esa hora el Embajador ya había dicho que sí a la segunda oportunidad en que Isaías Medina Angarita le planteó el asunto de la candidatura en una de sus llamadas telefónicas. Antes, a principios de año, el Presidente de la República envió un emisario a Washington –su hermano, el senador Julio Medina Angarita– para que comenzara a trabajar con Escalante en el plan de ser el abanderado del PDV. Fuera de las ideas progresistas que pudiera tener Escalante o de su ascendencia –que no era tal– entre la dirección del partido, con esta maniobra Medina buscaba adelantarse a las aspiraciones de Eleazar López Contreras, complaciéndole de algún modo al colocar a su candidato del 41, al civil que no pudo ser, como la opción para terminar de dar el salto hacia la democracia. En principio, el Embajador se mostró dispuesto a regresar y lanzarse al ruedo político, pero en las semanas que siguieron su entusiasmo mermó por diversas razones: cuando se conoció la posibilidad de su candidatura, la opinión pública no mostró ningún entusiasmo por ella; al contrario, incluso quienes reconocían grandes cualidades intelectuales en el Embajador, la mayoría consideró que estaba desligado de la realidad nacional por haber vivido por más de veinticinco años en el extranjero. Otra razón: Medina solía trabajar hasta dieciséis horas diarias, y a los sesenta y seis años, con dolencias cardíacas a cuestas, Escalante consideró que su salud no resistiría el rigor de una campaña electoral y de las funciones de Estado.

Ya en julio del 45 y pensándolo de nuevo, el Embajador resolvió que sí, que asumiría la candidatura tan pronto como sus visitantes volvieran a Caracas. Ahora los invitaba a un almuerzo, a conversar de política internacional, como solía hacerlo con Betancourt desde que lo conoció en Caracas en 1941. El dirigente adeísta luego trajo a colación, en su columna de *El País* del 7 de septiembre, una frase que recordó de

cuando hablaban de Inglaterra y acerca de la posibilidad de que Winston Churchill utilizara la maquinaria oficial para derrotar al Partido Laborista en las elecciones de 1945. Escalante dijo a Betancourt y a Leoni más o menos lo siguiente: “Conozco bien a Gran Bretaña. Allí eso no será posible, felizmente. Y digo felizmente porque el pueblo inglés se sentiría defraudado si no se admite el triunfo inevitable de los laboristas en los comicios. Ese país no ha hecho esta guerra tremenda para que los lores sigan disfrutando de cotos de caza y para que se perpetúen los abismos existentes entre una nobleza multimillonaria y unas clases media y pobre pauperizadas”.

Sin embargo, esos veinte, diez, minutos de espera de una respuesta por parte de Escalante, sentados sobre las maletas aún sin abrir en el lobby del hotel Statler, dejaron también una marca en el recuerdo de Betancourt, quien once años más tarde describió el episodio de esta manera: “Era la suya una impresionante mirada de hombre con el sistema nervioso ya quebrado, por causa que no pudimos conocer cabalmente sino dos meses después, cuando debió retirarse de la liza política, víctima de un colapso cerebral”.

A la espera del Embajador

Las predicciones de Escalante dieron en el blanco. En el conteo preliminar de votos, el líder del partido laborista de Gran Bretaña, el profesor Clement Richard Attle, era el virtual ganador de las elecciones parlamentarias en las que se preveía que su tolda política había superado los cien escaños; confirmada la noticia que publicó el *Daily Herald* el 11 de julio de 1945, Attle pasó a ocupar el cargo de Primer Ministro británico. Derrotado, Winston Churchill debió conformarse con una curul de diputado por Woodford y con saber a través de terceros cómo marchaba la Conferencia de Postdam, a la que asistió Attle en su lugar. En medio de la celebración laborista, el Embajador de Venezuela en Washington, Diógenes Escalante, dejó a un lado el misterio y al día siguiente, el 12 de julio, anunció a través de la agencia *Associated Press* que aceptaría la candidatura a la Presidencia de la República si sus

compañeros del Partido Democrático Nacional lo postulaban como tal: "La nominación final para la Presidencia está sujeta a la decisión de la convención nacional de mi partido. Será un honor y un deber para mí aceptar la designación si se me escoge". Si Attle había logrado su ascenso con el voto de los mismos soldados que combatieron bajo la estrategia de Churchill, ¿por qué no pensar que los jóvenes conspiradores de las fuerzas armadas lo dejarían a él llegar a la Presidencia?

Aunque extraoficial, su anuncio calmó a los grupos que se oponían a la eventual reelección del ex presidente Eleazar López Contreras y que desde principios de año habían exigido al presidente Medina y al PDV que nombrara lo antes posible a un candidato de unidad para derrotar a la "reacción" representada por López. Casi durante un año, los editoriales de los diarios *El País* —órgano periodístico de Acción Democrática— y *El Tiempo* exhortaron continuamente al oficialismo a definir quién era su favorito: si un militar —el general López Contreras, el general Juan de Dios Celis Paredes— o un civil del funcionariado público —Arturo Uslar Pietri, Diógenes Escalante, Ángel Biaggini. Pero lejos de asomar un nombre definitivo, el PDV difería cada vez más la convocatoria de una asamblea nacional de la cual saldría electo el sucesor de Medina: en abril de 1945, los dirigentes del partido anunciaron al país que postergarían la discusión sobre la candidatura presidencial para el tercer trimestre del año, a fin de no someter innecesariamente al elegido a los ataques de la opinión pública. Era el colmo, escribió el 5 de abril de 1945 el editorialista de *El País* —que casi siempre era Rómulo Betancourt— que se tratara de "proteger" cual doncella al sucesor de Medina:

El concepto del candidato-novia, con níveos velos púdicos y suerte de floreada vara de nardos en la mano, provisto del "mosquitero político" a que tan donosamente aludiera Andrés Eloy Blanco, no fue acuñado "por ahí". Sino en el propio sanhedrín pedevista. Puestas las cosas en su sitio, cabe insistir en las razones ya dadas, pero de vigencia y actualidad, en contra de la tesis aplazatoria del lanzamiento del candidato. La primera de ellas, es que el país marginado por un estatuto constitucional divorciado del querer

nacional a la intervención directa en la escogencia de Jefe de Estado, reclama tener siquiera la libertad de opinar sobre él (...) La primera invaluable ventaja que la postulación inmediata del candidato del 46 tendría para el país, y para el propio PDV sería la de que el aspirante a los votos del Congreso pudiera conquistarse de aquí a abril un crédito de confianza con la nación.

La prensa era el sucedáneo de la representación parlamentaria que no tenía la oposición en el Congreso y “el candidato” era una especie de conejo dentro del sombrero que, como por sorpresa, Isaías Medina Angarita sacaría a la luz pública en cualquier momento y luego, por arte de magia, la mayoría pedevista en el Poder Legislativo lo convertiría en Presidente. Más que la fórmula de este hechizo tantas veces repetido, lo que le interesaba saber a los diarios era el nombre que esta vez usurparía la identidad del conejillo de indias, del candidato, para fijar posición pública ante su lanzamiento y línea política clandestina para el futuro.

Al menos para la oposición fue un avance que el presidente Medina y su partido se pronunciaran formalmente en contra de la candidatura de López Contreras en una carta enviada a Acción Democrática el 27 de mayo de 1945, en el entendido –como diría el historiador y periodista Ramón J. Velásquez– de que este enroque aparecería ante la opinión como una farsa, pues “ni López Contreras era Páez ni él (Medina) era Carlos Soublette”. Sin embargo, los cuadros dirigentes del PDV resistieron la declaración que generó una fractura entre quienes se mantenían apegados a la tradición gomera-lopecista de ungir para la Presidencia a un militar, y entre los que estaban dispuestos a ensayar una candidatura civil, bajo el único “requisito” de que éste fuese andino. Luis Esteban Rey, columnista de *El Nacional*, veía estas divergencias internas con optimismo y aliento, pues creía que podrían traer consigo la depuración y reestructuración del partido y, por ende, de las fuerzas gubernamentales. Rey estaba en lo cierto, pues en los días que siguieron se produjo una reorganización completa del Gabinete Ejecutivo.

Los ministros de Despacho, el Secretario de la Presidencia y el Gobernador del Distrito Federal renunciaron en masa el viernes 14 de

julio –los que no estaban en Caracas, como el canciller Caracciolo Parra Pérez y el ministro Arturo Uslar Pietri, enviaron telegramas–, con la idea de dejar el camino libre al Presidente para que estructurara el tren ministerial que mejor pudiera servirle en medio de la sucesión presidencial. La carta colectiva señalaba lo siguiente: “Estimamos que en el momento político actual podría usted juzgar conveniente dar una nueva organización al Gabinete. Según tenemos entendido, esa misma reorganización ministerial quedará completada el día de hoy, aun cuando el hecho de producirse en un fin de semana pueda demorar la constitución del nuevo gabinete por unos días”.

La crisis ministerial no duró tanto. Al día siguiente ya habían sido nombrados los nuevos ministros, que eran los mismos personajes pero en diferentes cargos: el doctor Arturo Uslar Pietri, Ministro de Relaciones Interiores; el general Juan de Dios Celis Paredes, Ministro de Fomento; Gustavo Herrera, Canciller; Alfonso Espinoza, ex jefe de fracción del PDV y ahora Ministro de Hacienda, y el coronel Delfín Becerra, ex Cónsul en Aruba, Ministro de Guerra y Marina, entre otros. Como cada uno de los actos de gobierno, la maniobra fue alabada por los diarios que conformaban el bloque anti-lopecista y calificada de absurda por el periódico *La Esfera*. De cualquier modo, el movimiento ministerial tuvo como mérito haberle robado los titulares de portada al candidato Eleazar López Contreras, quien a través de la “Agrupación Independiente del Estado Aragua”, presentó al país las líneas de su Programa de Gobierno, el viernes 13 de julio. Otra noticia que excluyó al ex Presidente de los títulos de primera página de *El Nacional* fue anunciada el 22 de julio de 1945 y no dejó lugar a dudas acerca de la decisión que ya habían tomado los parlamentarios y dirigentes del pedevismo; el título: “El PDV se ha definido”.

El recibimiento

La dirección de tráfico del Departamento de Vargas informó que ese martes 7 de agosto mil doscientos setenta y nueve automóviles –sin contar camiones ni autobuses– bajaron desde Caracas al aeródromo

de Maiquetía para ir a recibir a Diógenes Escalante, potencial candidato del Partido Democrático Nacional. “El tráfico fue paralizado entre los estados vecinos y el Distrito Federal por haber sido acaparados camiones y autos por los gobiernos estatales”, se quejó el diario *La Esfera* desde el bando lopezcontrerista, pues la mesa de redacción sostenía la tesis de que esas cinco mil personas que decía haber visto el reportero de *El Nacional* en la pista de aterrizaje –dos mil, calculó el del diario *El Universal*– habían sido pagadas por el Gobierno de Medina Angarita, con desayuno en La Guaira incluido.

Desde el 11 de julio, fecha en que el Embajador anunció que aceptaría la candidatura a la Presidencia de la República “si el PDV lo postulaba”, comenzaron los preparativos de aquel viaje, los embalajes, las despedidas. El 30 de julio de 1945, el ayudante del Secretario de Estado norteamericano, Nelson Rockefeller, convocó a un almuerzo en Blair House para homenajear a Escalante, quien había sido decano del cuerpo diplomático acreditado en la ciudad desde 1941 y muy probablemente se convertiría en Presidente de la República de Venezuela en 1946. Según lo previsto, Diógenes Escalante partiría de Washington el 3 de agosto hacia Miami, permanecería allí dos días, y después seguiría viaje a Caracas el lunes 6 de agosto. Su esposa, la señora Isabel Álamo de Escalante, se quedaría un poco más en los Estados Unidos, preparando por segunda vez el regreso de la familia. Y esperando, por si acaso.

Rentados o no, los miles que ahora esperaban desde las seis de la mañana se abalanzaron sobre la pista tan pronto divisaron el *clipper* 33164 de *Pan American Airways* que traía al candidato, y aún antes de que el piloto Charles Gallagher apagara los motores, rodearon la nave. Se abrió la portezuela y descendió por las escalerillas Diógenes Escalante y tras él, un minuto después, el secretario de la Embajada, Hugo Orozco. “Noblemente emocionado –relataron las páginas de *El País*– puso su sombrero en alto con la mano derecha para retribuir con un sonriente saludo la nutrida ovación que se le prodigaba desde tierra”. La plana mayor del Gabinete y potenciales candidatos del PDV, Juan

de Dios Celis Paredes, Arturo Uslar Pietri, Manuel Silveira y Rafael Vegas, fueron los primeros en subir a saludarlo: le alzaron los brazos, le palmearon la espalda, como señal inequívoca de adhesión política. Luego Escalante dio dos pasos al frente y se hundió entre la marejada de funcionarios, militantes, pancartas y consignas que lo condujeron al corredor de pasajeros.

Congresistas, ministros, industriales, políticos retirados, comerciantes, el Gobernador del Distrito Federal, representantes del clero. Todos tenían un voto que sumar en la elección de segundo grado que se haría el año siguiente en el Parlamento para elegir al Presidente de la República, y los cálculos sobre el resultado final de ese escrutinio comenzaron aun antes de que el *clipper* pisara tierra. “Contando con detenimiento –decía *El Nacional*– se apreciaron cerca de 95 representantes, entre diputados y senadores, comentándose que la mayoría necesaria de ambas Cámaras para cualquier decisión se forma solamente con 72”. Para *La Esfera*, esos votos no estaban completos, porque entre la muchedumbre también había mucho legislador ganado a la candidatura de Eleazar López Contreras, que bajó a La Guaira por pura curiosidad.

Pero si de decisiones se trataba, justo quienes le disuadieron a dar el sí, quienes le convencieron de tomar el vuelo que en ese instante lo depositaba en Maiquetía, no estaban allí para recibir a Diógenes Escalante: ni el presidente Medina ni los más encumbrados líderes adecos, Rómulo Betancourt y Raúl Leoni. En descargo de la ausencia, una vez que Escalante logró llegar a los corredores para pasajeros recibió un documento en sobre cerrado, de manos de un oficial; se suponía que adentro estaba el saludo del general Medina Angarita, quien se había hecho representar en la bienvenida por Pedro Sotillo, su secretario, y por el coronel Ulpiano Varela, jefe del cuerpo de edecanes. Betancourt se excusó por su inasistencia unas semanas más tarde, alegando que aquella era “la hora de los codazos”, “el minuto oportunista de los aduladores” y que por eso prefirió abstenerse de ser bulto de mitin.

La procesión siguió al candidato por la carretera hacia Caracas. A las 12:05, el tren de automóviles se detuvo frente al reloj de la Plaza Sucre de Catia, donde otras seiscientas personas recibieron a Escalante con más aplausos. La campaña ya había comenzado. Al llegar a Caracas, Diógenes Escalante se hospedó en el hotel Ávila. Desde esa misma tarde y durante parte de la noche recibió visitas de amigos personales, periodistas y comisiones políticas. En esos primeros días, hasta tanto no hubiese una decisión tomada por la asamblea pedevista, su candidatura era ventilada como un tema no oficial. Por eso fue cauto al responder al reportero del diario *El País* sobre la fecha de su lanzamiento: "No puedo prejuzgar sobre la actitud que podría asumir la asamblea del PDV, partido en el que milito -dijo. Pero estoy dispuesto a lanzarme al debate político en la plaza pública, con la envergadura y responsabilidad que reclama la hora política que vive la República". Ya al día siguiente, más involucrado en el espíritu local de la contienda, comenzó a hablar de hipotéticas líneas de gobierno, lo que era también hablar del compromiso político que había adquirido con los partidos que lo apoyaban, distintos al PDV: "Como candidato, caso de ser elegido por la asamblea de mi partido, elaboraría mi programa a base de una plataforma que asegure la continuidad del régimen democrático y su perfeccionamiento: vivienda barata, educación, salubridad, consolidación democrática y técnica administrativa. No creo convenientes los programas a largo plazo".

El acuerdo, en sí, era de muy corto plazo: Acción Democrática, el Partido Comunista, la Unión Popular Venezolana y el sector que agrupaba Jóvito Villalba habían accedido a apoyar al aspirante del oficialismo siempre y cuando éste confrontara la reelección de Eleazar López Contreras y se comprometiera a promover, en un período máximo de dos años, una reforma constitucional que estableciera comicios libres, universales y secretos. Sobre ese eje giraron las reuniones, fotopos y escarceos de Escalante durante sus primeros días en Caracas: en función de ajustar las condiciones del pacto en que se desarrollaría su administración. Para eso recibía, una tras otra, delegaciones de di-

putados y de generales retirados que antes estuvieron ligados a los gobiernos de cuartel y que al unísono pedían garantías. A todos prestaba diplomática atención.

“Diez para las doce”, llamaba él mismo a ese gesto suyo de ladear la cabeza ligeramente hacia la izquierda mientras escuchaba a ese desfile interminable de interlocutores; una maña que le quedó, explicaba, de sus lecturas nocturnas con luz de vela y que ahora trataba de convertir en un elemento político que lo distinguiera de la reacción: “Soy un viejo liberal que, guardando la distancia de tiempo, puede catalogarse hoy día como los radicales de hoy. Tengo la cabeza hacia la izquierda”. Pero sus enemigos políticos, sus detractores, seguían viendo en esa pose un signo de distracción, de extranjera distancia.

Las entrevistas

Un Presidente de papel. Medinismo por veintisiete años. Un extranjero. Sobre esos tres argumentos se sostenían buena parte de las críticas que, desde *La Esfera* y el diario *Ahora*, combatían la propuesta electoral de Escalante. Decían que el Embajador pensaba y sentía en inglés. Que arrugaba el ceño tratando de identificar en su mapa mental dónde estaban ubicados los pueblos de los que provenían sus visitantes: Burbusay, Chiguará, Guasimal, Rastrojos. Que no conocía de cerca el país. Que civil como era, no pasaría de ser un dócil testaferrero del poderío militar que representaba el general Medina. Y todos esos ataques los desestimó Ramón J. Velásquez en cuanto entrevistó por primera vez al candidato para la edición del diario *Últimas Noticias* del 10 de agosto de 1945:

Si la leyenda que la oposición conservadora tejó sobre la personalidad del embajador, pintando un Escalante nebuloso y alelado encontró creyentes, éstos deben ir despertando de sueño tan absurdo. Los que en plan de arúspices y con categoría de psicólogos describían un personaje indeciso, temeroso, desconocedor de la realidad universal y ajeno al medio venezolano pueden ir tejiendo otra teoría para sus ataques si es que se trata de enemigos políticos, o si quienes así piensan son venezolanos realmente a oscuras sobre

las verdaderas dimensiones del personaje, deben procurar conocerlo y hablar con él sobre esa "realidad venezolana" que quiere exhibir el conservatismo criollo como amenaza y como monopolio de sus silenciosos conductores.

A Velásquez, de veintisiete años de edad, le fue asignada la tarea de arrancarle la primera entrevista exclusiva al candidato, pues además de ser reportero de la fuente política, tenía un par de ventajas para cumplir la pauta: ser andino y amigo personal de la hermana de Diógenes, Lola Escalante. Habían transcurrido apenas dos días desde la llegada del Embajador y las delegaciones de visitantes estaban en pleno furor, todos querían hablarle, tomarse una fotografía a su lado o dejarle una cartica. Entre el gentío, las entradas y las salidas, Escalante accedió a brindarle unos minutos de conversación al reportero en su suite del hotel. Respondió un par de preguntas acerca de la actualidad del país: que su impresión era optimista, decía, pues cada vez se hacían más presentes los partidos en la vida nacional, indispensables para que una política moderna pudiera dar frutos en el país; que le parecía bien la lucha, la contradicción, la polémica, pues creía firmemente que tenía que haber diálogo y renovación para que la democracia no fuera una mentira; que la batalla de la sucesión presidencial que se estaba dando en el PDV tenían que darla los candidatos sobre la base de un programa que definiera su pensamiento ante los problemas fundamentales de la democracia; que si el tuviera el honor de ser elegido por su partido, "mantendría las conquistas logradas en el camino político, social y económico por el régimen, sin dar un paso atrás" y seguiría vigente el concepto de una "democracia progresista", decidida a ver la provincia como centro vital del país, una democracia cuyo lema fundamental fuera: "seguridad económica y justicia social".

Sus respuestas fueron elocuentes, bien estructuradas, pero demasiado pocas para cubrir la gran página en blanco que puso el jefe de redacción frente al reportero cuando éste volvió de la entrevista. En ese minuto de la cuartilla vacía, Velásquez apeló a su amistad con Lola, quien le entregó varios de los discursos pronunciados por su herma-

no en Washington, en la Conferencia de San Francisco y en la Liga de las Naciones, y que le sirvieron para armar el texto de la entrevista con un buen espacio dedicado a la política internacional. El tiraje se agotó. Otros reporteros intentaron emular la hazaña de Velásquez de conseguir otra entrevista en la que el candidato hablara un poco de más de la política nacional: de si efectivamente contaba con el apoyo del PDV y de cómo quedaba en ese escenario su relación con Eleazar López Contreras. Agudo Freytes y Henrique Otero Vizcarrondo lo lograron para *El Nacional* y publicaron el texto de la conversación el 11 de agosto de 1941:

—¿Cree usted, doctor, que el general López Contreras puede representar la tendencia progresista de la Venezuela actual?

—Es esa una pregunta muy delicada que no puedo contestar sino en forma general. Creo firmemente que el Presidente del 46 debe ser un hombre capaz de continuar el ritmo ascendente de la política actual. Y más que continuarla, ampliarla, profundizarla. La conciencia adquirida por el pueblo venezolano es tan grande, las libertades públicas han arraigado tanto que no se puede sino seguir su curso natural dentro del cauce institucional venezolano. No hay argumentos válidos en contra de esta teoría. Hoy no pueden existir gobiernos petrificados.

—¿Es cierto, doctor, que usted manifestó que existía actualmente un distanciamiento entre usted y el general López Contreras?

—¡Nunca! ¡Yo no he dicho eso!

—¿Pero existe distanciamiento?

—Es otra pregunta delicada. La verdad, el general López y yo somos amigos. Ayer vino a visitarme. Y yo pienso retribuir su visita. Además, el también parece ser un precandidato.

—Por lo mismo, Al serlo, vendría a ser su contrafigura...

—Siendo así —respondió con una sonrisa—, es preferible la creencia de que existe.

—¿Es usted partidario del voto directo para Presidente de la República?

—Mi respuesta es afirmativa. El pueblo está maduro para el sufragio y hay que hacerle la confianza necesaria. El pueblo desconfía cuando presiente el engaño y a nuestro pueblo no se le puede engañar. Es inteligente y noble.

La penúltima frase fue suficiente para titular. Sin embargo, quedó en el aire la inquietud acerca de los vínculos que podrían unir a Escalante con su ex compañero de escuela y de Gobierno, Eleazar López Contreras. La respuesta a esta insinuación se desprendió de la misma dinámica de la campaña: *La Esfera* y los partidarios del ex Presidente no bajaron la guardia en sus ataques contra Escalante, ni aún después de la visita que le hizo López Contreras al Embajador. Y una tercera entrevista, publicada también en *El Nacional* y escrita por el presbítero zuliano Roberto Acedo, terminó de perfilar las grandes diferencias que separaban a Escalante y a López: uno liberal, partidario de un Gobierno civil, y el otro dispuesto a seguir siendo el militar llamado a calmar los cuarteles desde Miraflores; uno dispuesto a constituir un Gobierno de igualdad democrática, y otro empeñado en mantener el predominio del Táchira en los estratos más altos del poder.

Diógenes Escalante supo, antes de que comenzara este largo debate a través de la prensa, que necesitaría a un periodista a su lado que le ayudara a sortear cualquier falla de comunicación. Por eso, el 11 de agosto, después de leer otra vez con cuidado la entrevista que publicó *Últimas Noticias*, dio instrucciones a su secretario privado, Hugo Orozco, para que lo pusiera de nuevo en contacto con el reportero que lo abordó por primera vez y escuchar de él cómo se las había ingeniado:

- Velásquez...yo no le dije eso.
- Pero usted piensa así. Eso es de su archivo.
- ¿Le quedan los hábitos de buen andino?
- ¿Cuáles?
- Trabajar desde la madrugada y no ver ni oír.
- Pues...
- ¿Cuánto es que gana usted en *Últimas Noticias*?

Al final de la conversación, Diógenes Escalante le ofreció a Ramón José Velásquez un cargo de asesor, al que atendería en el horario de 6:00 a 8:00 de la mañana, a cambio de un sueldo generoso. Y antes de

despedirse, le ofreció consejo entre paisanos: “No renuncie al sueldito de *Últimas Noticias*, mire que en Venezuela hay que ser conservador con las posiciones que se obtienen”. Lo dicho.

La enfermedad

Arteriosclerosis. Un súbito y sorpresivo raptó de arteriosclerosis fue la explicación científica que los médicos encontraron a la enfermedad repentina de Diógenes Escalante y que, tras varias horas de observación, transmitieron a la familia y a la dirigencia política reunida en la casa de Ángel Álamo. Un ataque tan contundente que en menos de 24 horas lo obligó a renunciar a la aspiración presidencial que habían madurado él, su partido y la oposición en más de ocho meses de negociaciones. Tan definitivo, que quebró esa alianza de pedevistas, adeptos y comunistas que fumaban en la sala y que se habían agrupado en un frente democrático para apoyar la candidatura de Escalante y oponerse a la intención de Eleazar López Contreras de volver a la Presidencia de la República.

El peor síntoma estalló en la mañana del 2 de septiembre de 1945, a la víspera del encuentro que había pautado el presidente Isaías Medina con el candidato para revisar su futuro plan de gobierno. A medio vestir y en mitad de la suite presidencial del hotel Ávila, Escalante repetía a su secretario, Hugo Orozco, que "alguien" había robado sus pañuelos, sus camisas, su chequera, mientras ambos miraban atónitos: el ropero repleto con las prendas que el candidato creía perdidas.

Afuera, el pasillo estaba inundado de diputados y senadores venidos de todo el país que esperaban posar junto al candidato para una de las gráficas que no faltaban en las ediciones de *El Nacional* de esos días, y que habían sido tildadas por su contraparte editorial de *La Esfera* como “el motivo fotográfico del momento”. Adentro, el teléfono no paraba de sonar. Las llamadas desde Miraflores pedían una explicación por el retraso de Escalante. Y ya Orozco no encontraba qué responder. Que dice que le robaron las camisas, el carro, la chequera, le explicó al diputado Antonio Villasmil Stella y como era paisano del Táchira se atrevió a pedirle ayuda para despachar a la audiencia con alguna excusa convincente. Que mejor vengan a verlo ustedes mismos, le dijo a los edecanes de Medina. Qué hago, le preguntó vía telefónica a Ángel Álamo, cuñado de Escalante: “¿Qué más vas a hacer, Hugo? ¡Pues improvisar!”.

Al colgar el auricular, Ángel Álamo reunió a la familia y se puso en marcha. El presidente Medina pidió a Pedro Sotillo, Ministro de Sanidad, y al doctor Rafael González Rincones, que buscaran a Escalante en el Hotel Ávila. Así lo hicieron. Lo subieron a un automóvil, dieron un recorrido por la ciudad y luego de examinarlo en el camino, González Rincones pidió al chofer que se dirigiera a casa de los Álamo, en la avenida Los Mangos de La Florida. Al día siguiente, Escalante fue atendido allí por una junta médica: la dirigía el doctor Enrique Tejera, por consenso de los partidos, y la integraban los doctores Herrera Guerrero, Pedro Castro, León Mir, Félix Lairer, Ruiz Rodríguez, Perdomo Hurtado, Vicente Peña y el mismo González Rincones; tres fueron designados por el Gobierno, tres por los aliados de la oposición. En pocas horas, la quinta “Los Álamos” se llenó de políticos que venían en procesión desde Miraflores para mirar de cerca el fenómeno, sin que nadie les contara. La espera, antes del primer parte médico, no fue demasiado larga. Los síntomas parecían obvios. “La razón está perdida”, es el diagnóstico que el joven periodista Ramón J. Velásquez recuerda haber escuchado del doctor Tejera. Y después, un largo silencio.

El país podía esperar cualquier cosa -golpes, conspiraciones, alianzas parlamentarias de última hora- pero nunca la enfermedad. Y para disipar cualquier sospecha política había que reunir a la dirigencia de todos los partidos y a la prensa y darles una única explicación: que, según opinión médica, Escalante estaba obligado a renunciar a la candidatura; que a pesar de la mejoría que se observó en las horas siguientes al episodio de desvaríos que tuvo en el hotel, su estado de salud continuaba siendo frágil y no podría soportar la agitación de la campaña presidencial; y que en una situación tan delicada era necesario mantener la unidad de las fuerzas progresistas del país para encontrarle una solución al tema de la candidatura.

El presidente Isaías Medina Angarita en persona se encargó de desmentir los rumores que iban en ascenso, y que apuntaban hacia un posible complot contra Escalante por parte de los simpatizantes de López Contreras que permanecían en el seno del Partido Democrático Nacional; rumores que llegaban a la estridencia de especular sobre la muerte del candidato. Durante toda la tarde del 2 de septiembre de 1945, Medina se reunió con grupos de políticos, parlamentarios y periodistas para ponerlos al tanto de la situación, mientras el pool de médicos, conducido por Tejera, tomaba nota de la evolución del enfermo en la casa de Ángel Álamo.

Rómulo Gallegos y Rómulo Betancourt, de Acción Democrática; Juan Bautista Fuenmayor y Ricardo Márquez, del Partido Comunista; Carlos Augusto León y Rodolfo Quintero, de Unión Popular Venezolana; Inocente Palacios y Carlos Irazábal, del Partido Democrático Venezolano; Antonio Arráiz, Pedro Veroes y Jóvito Villalba, periodistas e independientes, fueron los primeros en ser recibidos por el Presidente. Al cabo de unas horas de debate, todos coincidieron con él en que debían hallar una fórmula para preservar el acuerdo y enfrentar a la reacción lopezcontrerista. Luego desfilaron por Miraflores alrededor de setenta parlamentarios, entre diputados y senadores, algunos de ellos alineados incluso con la candidatura de "El Ronquito", que se acercaron para manifestar su solidaridad, informarse de lo sucedido y saciar su curiosidad.

La primera medida que adoptó ese día el partido de gobierno, el PDV, fue suspender hasta el 29 de septiembre de 1945 la asamblea que tenían pautada para el día 17 y que, según lo previsto, iba a ser la apoteosis de Escalante. Entretanto, comenzaron a barajar esa misma tarde los nombres de los posibles candidatos que, en su lugar, serían sometidos al escrutinio de la asamblea, con el compromiso de que a última hora no se añadieran más aspirantes. El coronel Juan de Dios Celis Paredes, Gobernador del Distrito Federal; el doctor Rafael Vega, Ministro de Educación; Ángel Biaggini, Ministro de Agricultura y Cría; el doctor Manuel Silveira, Ministro de Obras Públicas, y Arturo Uslar Pietri, Ministro de Relaciones Interiores, eran para ese momento las figuras con mayores posibilidades de abanderar al partido. Al partido, sí, pero no a la coalición.

Aun cuando la voz de López Contreras no era unánime en la mayoría de las Cámaras legislativas, no había acuerdo en el seno de la coalición para que un candidato pedevista, y mucho menos andino, sucediera a Escalante. En la Cámara Alta, un grupo alentaba la candidatura del senador Pastor Oropeza; mientras, en la Cámara de Diputados, Manuel Graterol Roque defendía el nombre de Ángel Biaggini, a la vez que Rafael Pizani y Mario Briceño Iragorry se decían simpatizantes de Juan de Dios Celis Paredes. En los pasillos de Miraflores también se comentó que el hermano del Presidente que unos meses atrás había visitado a Escalante en Washington, el senador Julio Medina Angarita, trabajaba para que la candidatura de Manuel Silveira triunfara sobre todas las demás.

Las redacciones, en tanto, se pusieron en cuarentena con la enfermedad de Escalante. Hubo un acuerdo tácito para que en las siguientes veinticuatro horas ni los periódicos ni la radio difundieran información sobre lo ocurrido, en tanto las fuerzas políticas estructuraban un discurso que diera seguridades mínimas a la opinión pública. Hasta que el rumor dio paso a la noticia. “¿Se retira Escalante?”, tituló el 4 de septiembre *La Esfera*, un día antes de anunciar –sin fotografías, en breve centimetrage– que estaba “Liquidada la candidatura de Escalan-

te". *El Nacional* tampoco esperó más: "Enfermo de cuidado el Doctor Escalante. Será retirada su candidatura a la Presidencia de la República", decía la nota de portada a tres columnas, acompañada de una imagen del candidato –la boca entreabierta, el bigote ralo, la mirada perdida– que no dejaba lugar a dudas sobre la gravedad del diagnóstico.

Las calles fueron, entonces, otro hervidero de nombres. De vuelta a la redacción, el periodista de *El Nacional* que el 5 de septiembre seguía la noticia en el Palacio de Miraflores, se encontró con al menos cuatro comandos de campaña improvisados mientras cubría la ruta entre las esquinas de Carmelitas y Puerto Escondido: reportó que frente a la barbería de El Capitolio un grupo numeroso decía que Rafael Vegas, Ministro de Educación, reunía méritos suficientes para ser "el hombre"; que en el restaurant Meza, cuatro comensales animaban el almuerzo repasando los logros de Juan de Dios Celis Paredes como Gobernador del Distrito Capital; que en el mesón de despacho del Café Bolívar, otras cinco figuras le daban el mérito del plus café al doctor Arturo Uslar Pietri; y que ya al final de la jornada, en la Plaza Bolívar, cerca de la estatua, un fulano le decía a un mengano que Diego Nuce-Sardi era quien más posibilidades tenía.

La segunda noticia del día era el arribo a Caracas de Isabel Álamo de Escalante, quien al saber de la enfermedad de su marido tomó el primer vuelo disponible. El 4 de septiembre aterrizó en el aeródromo de Maiquetía el *clipper* de Pan American que la trajo de vuelta. Para recibirla, viajaron hasta La Guaira Roberto y Vicente Álamo Ibarra, su sobrina Hildamar Escalante, Hugo Orozco, y una tropa de reporteros. Al salir de la cabina, reseñó la prensa, Isabel Álamo "cayó en brazos de su hermano, quien la condujo a la vera de su esposo". Ya a esa hora, decía el sumario de la información, la salud de Escalante experimentaba una leve mejoría.

La lucidez

Le devolvía la calma barajar la chequera del *Royal Bank* que creyó perdida, aunque el talonario que tenía en sus manos no fuese el suyo.

Cada cheque que Diógenes Escalante dejaba correr entre sus dedos iba marcado con el nombre y número de cuenta de Hugo Orozco en Washington DC. Su chequera estuvo siempre guardada en el Hotel Ávila, en la misma gaveta donde la dejó desde el día anterior a la crisis. Nadie la había hurtado. Sólo que en el caos de las primeras horas, a Orozco se le ocurrió que podía tranquilizar al candidato entregándole su propia chequera, mientras ganaba tiempo para buscar una explicación que darle a los invitados y darse a sí mismo. Pero a esas alturas, en casa de su cuñado, Escalante estaba demasiado abrumado para notar el pequeño engaño. La sala, otra vez, era un ruido de gente que esperaba verlo.

-¿Quiénes están afuera, Hugo?

-Están Villalba, Betancourt...

-¡Jóvito! ¡Rómulo! ¡Cómo vine yo a echarles esta vaina!

La misma noche del 2 de septiembre, Escalante supo del paradero de sus pañuelos, de sus camisas. Y tuvo conciencia de que, en la mañana de ese día, lo único que perdió fue la lucidez y, más tarde, la candidatura a la Presidencia de la República. “Es un asunto hereditario, ¿sabes? -, le explicó esa noche a Orozco. Pero cómo hago para borrar de mi mente algunas cosas que se relacionan con mi salud”. La enfermedad, que a principios de ese 1945 fue un factor a considerar antes de aceptar la sucesión que le ofrecía Isaías Medina Angarita, apenas se había mostrado a Escalante en forma de pequeños quebrantos y nunca bajo el grave diagnóstico de la arteriosclerosis. Hasta entonces, todas las patologías que pudo haber padecido -afecciones respiratorias, fragilidad en los nervios- encontraron remedio en la novena edición del *Homeopathic materia medica*, escrito por el doctor californiano William Boericke, que se había convertido en el libro de cabecera de Escalante desde que la medicina homeopática lo salvó de una neumonía que casi lo mata a principios de los años veinte; un tomo tan apreciado, que valía el mérito de ser uno de los regalos de bodas que obse-

quió a su hija menor, María Teresa, el 10 de agosto de 1942. Cualquier diagnóstico fuera de esas páginas era tan desconocido como la nebulosa a la que lo arrojaban las “ausencias temporales” que empezó a sufrir el 2 de septiembre de 1945 en la suite presidencial del Hotel Ávila, intermitentemente, hasta el día de su muerte.

Entre esos viajes de ida y vuelta, Escalante se sintió lo suficientemente repuesto como para vestir de nuevo un traje y recibir a las visitas que tres días después de la crisis seguían a las puertas de su habitación en casa de los Álamo. Jóvito Villalba, Arturo Uslar Pietri, Mario Briceño Iragorry, Enrique Pérez Silva y Mariano Picón Salas formaban un grupo en un rincón de la sala, mientras Hildamar Escalante y otros familiares del candidato recibían a Caracciolo Parra Pérez en otra esquina. El general Régulo Olivares, Rómulo Gallegos, Rómulo Betancourt, Pedro Araujo, Ricardo Montilla, Enrique Pimentel Parilli, Francisco Manuel Mármol, Antonio Bertorelli, Joaquín Gabaldón Márquez y Julio Díaz, también se encontraban en la casa cuando el ex candidato hizo su primera aparición pública luego de que se conoció su renuncia. Con todos departió durante algunos minutos, habló de temas generales, y la impresión que dejó en cada uno de ellos fue de cansancio. A las cuatro de la tarde llegó el presidente Isaías Medina Angarita. Durante media hora conversó con Escalante en privado y antes de que Ángel Álamo Ibarra lo despidiera en la puerta, posó frente a las cámaras –sin sonrisas, conteniendo la mano blanda del enfermo en su propia mano– para la última fotografía que publicó *El Nacional* del Presidente y el ex candidato juntos.

Rómulo Gallegos salió de la casa poco después. Fue directo a la máquina, para escribir el artículo que al día siguiente se publicaría en las páginas del diario *El País*:

Ya Diógenes Escalante no será candidato a la presidencia de la República. Un golpe de adversidad lo ha incapacitado para ello: un trastorno de salud que le impone la necesidad de reposo incompatible con la intensa actividad a que desde un principio habría tenido que dedicarse. Ha fracasado una corriente política, bien encauzada ya y ahora es

menester que otra figura suplante a la que una dura ley física aparta del campo de la lucha y de los predios de la esperanza; pero queda en su casa, cada vez más solo, un hombre maltratado por la adversidad y con esta adhesión, quiero hacerle compañía. (...) Ya él no puede retribuir confianzas con favores del mando; pero yo quiero acompañarlo en el día de su adversidad, elevando a categoría de juramento reconfortante aquella frase de su despedida amistosa: –Por Venezuela y para Venezuela, somos hombres de una sola palabra.

El otro candidato

Ayer publicó Rómulo Gallegos –en este mismo diario y en este mismo sitio– un hermoso artículo, expresión cabal de la nobleza de su espíritu. El lector sabe que aludo a su elogio de la personalidad humana y política de Diógenes Escalante. Supongo que los hombres terriblemente “prácticos”, los llamados “políticos realistas”, los pragmáticos doblados de enchufismo, toda esa taifa lóbrega que pulula en los bajos fondos de la cosa pública venezolana, leyeron esa página de antología con despectivo esguince irónico contrayéndoles el rostro. Y en voz alta, o para sí, comentaron con desdeñoso tono: “Estos románticos de Acción Democrática carecen de todo sentido de la realidad”.

Rómulo Betancourt, tanto o más adeísta que Gallegos, manejaba su propia idea del romanticismo, la práctica política y viceversa. En el mismo artículo de *El País*, del viernes 7 de septiembre de 1945, en el que defiende la postura de su copartidario a favor de Escalante, señala a la vez las condiciones únicas que le hicieron creer que el Embajador sería el candidato ideal para asumir la Presidencia de la República en 1946; características que difícilmente concebía en cualquier otro aspirante que el partido de gobierno presentara a su consideración. En primer lugar, decía el líder adeísta, aunque Escalante pertenecía a una promoción civil que sirvió a la Dictadura, procuró siempre mantenerse en un plano de discreción “frente al vértigo adulatorio en que naufragara la inteligencia venezolana”. Cuando Escalante regresó al país en 1936 –otra razón–, no lo hizo para sumarse “a los elencos represionistas”, sino que pugnó siempre por las fórmulas conciliatorias, “por la política del entendimiento y compromiso con las fuerzas populares,

empeñadas en marcarle rumbos nuevos a la política nacional". A decir de Betancourt, Escalante siempre sostuvo que la falta de real estabilidad de los gobiernos venezolanos nacía de un vicio original: el de no ser resultante de una libre consulta a la voluntad nacional, expresada en elecciones universales y secretas. Y sobre el Poder Legislativo, creía Escalante que la mejor colaboración que éste podía otorgar al Poder Ejecutivo era ser un parlamento "donde todas las voces políticamente solventes y técnicamente capacitadas pudiesen ser escuchadas al debatirse las grandes cuestiones nacionales". Para ese año, 1945, Betancourt no manifestaba dudas acerca de que Escalante gobernaría "con independencia de criterio, revelando una personalidad propia". Pero ya era tarde. De antemano, antes de entrar de lleno al debate sobre el nuevo candidato, ya Rómulo Betancourt creía que con la enfermedad de Escalante se había frustrado definitivamente la oportunidad de realizar "la mejor transición posible en Venezuela entre el último de los Presidentes mal elegidos y el que la Nación misma escogería en 1951, en ejercicio soberano del sufragio directo, universal y secreto".

Para entonces ya existía un entendimiento entre la dirigencia adeísta y los militares que conspiraban contra el gobierno de Medina, agrupados en la Unión Patriótica Militar. Sin embargo -como dijo Rómulo Gallegos años más tarde, en 1949-, Acción Democrática intentó hacer un último esfuerzo en la escogencia de otro candidato "para evitarle al país una conmoción perturbadora de su normalidad e incluso para darle al presidente Medina una oportunidad de pasar honrosamente a la historia". Conforme a esta proposición, la iniciativa debía originarse en Miraflores pero con apego al compromiso de que la figura que resultara elegida echaría a andar la transición convocando, en su primer año de Gobierno y luego de una reforma constitucional, a elecciones de primer grado.

Por su parte, los simpatizantes de Eleazar López Contreras dejaron de lado toda calma y cordura tras la caída de Escalante, y adelantaron la batalla presidencialista que, en los hechos, debía darse el año siguiente. El ex Presidente -afirmaba la prensa que aupaba su candida-

tura— volvería a la jefatura del Estado a cualquier precio, y para lograrlo procuraba exaltar el sentimiento regionalista de sus coterráneos. Un discurso que encendió las alarmas de los partidos que apenas unos días atrás cifraban todas sus esperanzas en Escalante:

¡Urgente! Los suscritos, senadores y diputados no afiliados al Partido Democrático Venezolano, con motivo de los recientes sucesos políticos, expresamos ante la nación venezolana nuestra inquebrantable decisión de oponernos en el seno del Parlamento Nacional a la candidatura del General Eleazar López Contreras. Asimismo, dirigimos una fervorosa excitación al PDV, organización que controla la gran mayoría de los votos del Congreso nacional, a lanzar un candidato cuyo programa y actitud política respondan efectivamente a las aspiraciones democráticas y progresistas de los venezolanos.

Firmaron este comunicado, en Caracas, Jóvito Villalba, Alberto Díaz González, Andrés Eloy Blanco, Carlos Irazábal, Antonio Villasmil Stella, Antonio Angarita, A.R. Ovalles Durán, Luis Hernández de Solís, Inocente Palacios, Cirilo Brea, Juan Saturno Canelón y Pascual Venegas Filardo, transcurridos cuatro días de septiembre de 1945. Y su urgencia era la misma que la del partido Unión Popular, que convocó para el miércoles 5 de septiembre, a las 8:00 de la noche, a una reunión extraordinaria en su local de las esquinas de Ferrenquín y La Cruz para tratar el tema de la sucesión presidencial. La misma urgencia, también, de los empresarios, seguidores de Diego Nucete Sardi, quienes el 8 de agosto hicieron público un manifiesto de postulación a su favor y anunciaron que comenzarían a recibir cartas de adhesión a la campaña en el local número seis, bloque seis, de El Silencio.

Por primera vez en 46 años, no sólo existía la posibilidad cierta de que un civil ascendiera a la Primera Magistratura del Estado y de que los partidos políticos recién legalizados lo acompañaran con sus votos desde las cámaras legislativas y con su apoyo desde las calles. Se presentaba también la ocasión, aunque remota, de romper con la dinastía andina que tomó por asalto las riendas de Venezuela desde la revolución de Castro. Que los nombres de los caraqueños Rafael Vegas y

Arturo Uslar Pietri se contaran entre los favoritos del Presidente hablaba de ese resquicio. Sin embargo, los partidos de la alianza temían que el PDV se hiciera eco del discurso lopecista al escoger a un candidato, no por sus méritos políticos, sino por su ascendencia tachirense. Y hacia allá apuntaban las reuniones del partido, en las que entre el 6 y el 7 de septiembre se redujo la lista de aspirantes a tres nombres: Ángel Biaggini, Manuel Silveira y Juan de Dios Celis Paredes.

Consciente del peso político que ejercería “el factor Táchira” en la escogencia de un sucesor para Isaías Medina Angarita, Miguel Otero Silva –jefe de redacción de *El Nacional*– tuvo también la urgencia de salir al paso a los argumentos que se manejaban por esos días para desechar o aprobar el ascenso de una nueva precandidatura: “Ese candidato debe descartarse porque no es andino”, o bien “los andinos no aceptan un candidato que no haya nacido en Los Andes”. Y a pesar de haber combatido siempre toda posición discriminatoria contra la dirigencia andina, el escritor se preguntaba, en su columna del 6 de septiembre: “¿Tiene que ser andino el próximo Presidente de la República?”. No necesariamente.

La candidatura de Biaggini

Ni andino. Ni Presidente. Francisco J. Coronado predijo otro desenlace para lo que tenía que ser. Pronosticaba una revolución. El astrólogo, natural de Villa de Cura, veía el futuro en el cielo a través de un telescopio de papel. Hombre rudo, que en silencio “parecía un obrero de cantera”, reveló sus métodos más secretos de observación a Pacheco, el reportero de *El Nacional* que lo entrevistó el 12 de septiembre de 1945 para su nota de última página:

–Subo a una parte alta. El Calvario, por ejemplo. Donde haya una arboleda. Busco en el espacio dos estrellas luminosas. Saco una libreta y comienzo a comunicarme con los astros.

–¿Y qué dice la luna de Biaggini, el precandidato? –pregunta Pacheco.

–Biaggini tiene ramificaciones extranjeras y diría...

-¿Qué?

-En su signo veo al Majestic. Un cargo. Pero todo es oscuro. No puedo precisar.

Deducir el éxito que tendría la precandidatura de Ángel Biaggini era un acto tan especulativo como calcular los votos de las fuerzas lopecistas dentro de las Cámaras legislativas. Biaggini, Ministro de Agricultura y Cría del Gabinete de Medina, fue escogido por el Presidente y su partido, el PDV, como la figura indicada para dar la pelea presidencial en los comicios de 1946 contra Eleazar López Contreras y en sustitución de Diógenes Escalante. Su nombre figuró en las listas de favoritos casi desde el mismo momento en que se conoció la inhabilitación política del ex Embajador, pues parecía tener todo lo necesario: estaba muy vinculado a importantes sectores tachirenses y había avanzado, desde su despacho, hacia una reforma agraria. Y por supuesto, era andino: nació en La Grita el 13 de noviembre de 1899, hijo de Felipe Biaggini y Dedilia López; fue educado en el Colegio Espíritu Santo de Mérida; en 1920 obtuvo su título de abogado en la Universidad de Los Andes y, cinco años después, el de doctor en Ciencias Políticas de la Universidad Central de Venezuela. Era hombre de plena confianza del presidente Medina Angarita: su primer cargo público fue el de Secretario General de Gobierno en Táchira y, en el mismo año en que Medina asumió la Presidencia, fue electo Senador por el mismo estado; entre mayo y noviembre de 1943, fue Secretario de la Presidencia de la República, y de allí pasó a ocupar la cartera de Agricultura. Antes había sido Presidente del Instituto Nacional de Café y gerente del Banco Agrícola y Pecuario. Y fue gracias a la opinión personal del presidente Medina como el PDV, y el denominado "grupo Táchira" que convivía en su seno, resolvieron nombrarlo como su precandidato.

La buena nueva le fue notificada a Biaggini el 10 de septiembre, a tiempo para que las cámaras fotográficas captaran la imagen del Ministro abrazando a su esposa, Alida. A las diez de la mañana de ese lunes, el precandidato desembarcó de un sedán negro a las puertas

del Palacio de Miraflores. Un guía de la guardia abrió la portezuela del auto y luego otra mano enguantada giró el picaporte del despacho del Presidente. Dos horas más tarde, una caravana de diputados, senadores y reporteros colmó la primera planta de la quinta "Clara" en San Bernardino, la residencia del Ministro, en señal de que la decisión estaba tomada. Los parlamentarios brindaron con escocés hasta que apareció Biaggini, saludó unos minutos a la visita reunida en la sala de su casa, y subió al segundo piso. Media hora después estuvo de vuelta y soltó su primera declaración a la prensa: "Si el destino quiere, seré el Presidente", dijo, sin agregar nada más acerca de su renuncia al Gabinete. En las últimas 24 horas había tenido mucho qué celebrar, pues justo ese día la Cámara de Diputados aprobó el proyecto de Ley Agraria que había sido iniciativa de su Despacho.

Al día siguiente ya tuvo tiempo para recibir a la prensa en su oficina, decorada con cruces gamadas y triángulos de luz, y de esbozar las primeras líneas de su programa de gobierno. No habló directamente de establecer el voto secreto y directo a través de una reforma constitucional, pero sí dijo que su posición inquebrantable era la de "afirmar y ampliar las conquistas democráticas" y trabajar "para condensar en una fórmula legal el sistema de elección del Presidente de la República, en forma tal que colme las aspiraciones del pueblo venezolano".

-¿Su gobierno será nacional o partidista? -preguntó el reportero Pacheco antes de buscar otras respuestas en un astrólogo.

-Soy un fervoroso pedevista, porque estoy seguro de que mi partido no persigue otra cosa que la afirmación de los principios democráticos. Pero como quiera que hombres valiosos de otros partidos democráticos y hombres apolíticos se identifican con nosotros en este propósito de hacer el bien a Venezuela, estaría en libertad de utilizar hombres capaces y honestos, donde quiera que se encuentren.

-¿Cómo caracteriza a los lopezcontreristas?

-Dentro del libre juego democrático de la amplitud de libertades de que goza el país, cualquier persona o grupo puede y tiene derecho a ir a una justa así. No me importan los hombres sino los ideales. Quien no esté de acuerdo con los míos, estará contra mí.

Los comunistas de Unión Popular Venezolana fueron los primeros en decir que estaban a favor y a ellos les ratificó Biaggini la garantía de aprobar, en su posible Gobierno, el sufragio universal. Según las cuentas que el senador Jovito Villalba guardaba celosamente en su cartera, no había por qué dudar que el nuevo candidato lograría su cometido: sobre un total de 143 votos –103 en la Cámara de Diputados y 40 en la de Senadores– López Contreras sólo contaba con 31. “Y no crean –decía Villalba– que el resto está constituido por 50 votos medinistas y otros 50 que se inclinarán hacia donde sople el viento. En ese ‘resto’ hay 105 antilopecistas, a los cuales no puede reducir ninguna forma de halago, ni convencer la propaganda”.

Luego, el Partido Democrático Venezolano oficializó su posición en la asamblea pautaada para el 29 de septiembre de 1945. El doctor Arturo Uslar Pietri fue el encargado de introducir el discurso en el que Ángel Biaggini, antes de convertirse en el candidato oficial de su partido, recordó un nombre ya olvidado: “Permítanme invocar el nombre de un distinguido copartidario, alejado para pena de todos de esta brillante pugna cívica por motivos que él no pudo vencer: me refiero al doctor Diógenes Escalante. Yo sé que pienso al unísono de vosotros si os llamo al recuerdo de sus credenciales excelentes, que tanto lustre han dado a la patria y que vosotros, por elemental justicia, me acompañáis en la invocación que lo acerca a nuestro compañerismo y admiración”.

Los resultados de la elección pedevista se dieron tras 24 horas de debate: 252 votos a favor de Ángel Biaggini; tres, para Eleazar López Contreras; dos a favor de Arturo Uslar Pietri; y dos papeletas en blanco. La asamblea se clausuró con la proclamación del nuevo candidato. Eran las dos y media la tarde, del domingo 30 de septiembre. Aplausos.

La despedida

El 11 de septiembre también amaneció temprano en casa de la familia Álamo. Dos carros partieron en la madrugada de la quinta de la avenida Los Mangos para llegar a tiempo al aeródromo de Maiquetía. En el primero viajaban Hildamar y Miguel María Escalante, y Hugo

Orozco. En el segundo, los doctores Francisco Herrera Guerrero y Rafael González Rincones, quienes escoltaban al ex candidato Diógenes Escalante. Atravesaron la ciudad en silencio, sin caravanas de reporteros ni curiosos que les salieran al paso. A las seis de la mañana, el grupo abordaría un transporte militar con rumbo a Estados Unidos. Nadie más bajó a La Guaira para despedirlos.

El bombardero, de bandera norteamericana, aterrizó la noche anterior en el aeródromo de Maiquetía, enviado por el comandante del Ejército estadounidense en el Canal de Panamá, el teniente George Brett. Pocos días después, la agencia de noticias *Associated Press* informó que el Presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, había girado instrucciones especiales al Departamento de Estado para brindar todo el apoyo necesario en el traslado del ex Embajador de Venezuela hacia Nueva York, donde sería hospitalizado en virtud de su delicado estado de salud. Los pronósticos más alentadores daban a Diógenes Escalante entre dos y tres meses de tratamiento especializado para recuperarse de la mala hora del hotel Ávila, de la mala hora en el asiento trasero del carro que lo llevaba a Maiquetía. Y el cálculo pasaba, anunció la familia el 6 de septiembre de 1945, por su regreso a Estados Unidos.

El vuelo partió puntual. El ex candidato, recuerda Orozco, no pronunció palabra en el trayecto. Su cuñado, Ángel Álamo Ibarra, habló en su lugar. A pocas horas del despegue, convocó a una rueda de prensa en su casa de Caracas para dar a conocer un “extenso análisis de la realidad política” que legó Escalante al país y que, de no haberse interpuesto la enfermedad, habría sido la base de su plan de Gobierno. También era una respuesta a las críticas políticas que, aún a esa hora en que se hacía oficial la candidatura del ministro Ángel Biaggini, colmaban las columnas de opinión:

Deja escrito el doctor Escalante un documento político a cuya redacción consagró días de intensa labor. Expone su pensamiento acerca de la hora nacional y puntualiza las tareas fundamentales que en su concepto toca acometer a la próxima administración. Es la más vigorosa réplica a quienes han acusado al doctor Escalante de carencia de

información sobre las necesidades del país. Dividido para su exposición en tres partes: *democracia progresiva, seguridad económica y justicia social*. Representa un todo orgánico, un plan ambicioso de Reforma Nacional asentado en sólidas bases doctrinarias y en una visión nítida de nuestra realidad. En materia política, sostiene la conveniencia de una Reforma Constitucional que complete la iniciada con las reformas parciales de 1936 y 1945 y enuncia así mismo las bases de una reforma administrativa que haga el aparato del Estado más adecuado a las exigencias de los nuevos tiempos. En materia económica, analiza las causas del defectuoso desarrollo de nuestra producción agropecuaria: estudia las perspectivas de la industria y de la minería y esboza soluciones ciertamente notables de transformación de nuestros sistemas crediticios, de inmigración, de electrificación rural e irrigación, de sistema arancelario, así como un proyecto de mecanización de nuestros métodos de producción. Plantea el necesario y permanente entendimiento entre el Estado y las asociaciones representativas de la economía, así como el desarrollo de ésta sobre la base de libertad de acción para la iniciativa privada. Dice al referirse a la organización sindical que ésta tiene que garantizarse como factor de seguridad en la marcha de toda nación democrática. En materia social, expone su criterio sobre las causas de la desnutrición del pueblo, aborda la situación que crea el actual alto costo de la vida y propone medidas para provocar una baja inmediata en el precio de los artículos de primera necesidad; al hablar de la política sanitaria, sugiere la ampliación de los actuales planes y la intensificación de las obras de sanidad rural; en el ramo de la educación pública, señala como indispensable y urgente la multiplicación de las escuelas normales, urbanas y rurales, la atención cuidadosa del problema del campo y la creación en todo el país de escuelas poliartesanales que atiendan a la capacitación técnica del hombre venezolano. El envío constante y organizado de universitarios destacados a seguir por cuenta del Estado cursos de capacitación en los principales centros científicos del mundo es otra de sus proposiciones frente al problema cultural del país. El Ejército, las relaciones internacionales, las relaciones entre el Estado y la Iglesia, merecen consideración preferente en el citado documento.

A la hora en que Ángel Álamo terminó su intervención, Diógenes Escalante seguía mirando un punto lejano a través de la ventanilla, en silencio. Y así permaneció por quince horas hasta llegar a la primera parada.

El 12 de septiembre en la noche, el bombardero hizo un breve alto en Washington. En el aeropuerto esperaba a Escalante el personal de la Embajada de Venezuela en los Estados Unidos, que confiaba en el pronto regreso del diplomático a sus oficinas de Massachussets Avenue. "Dicen que la condición de Escalante es buena y esperan que se recobre pronto", reseñó la prensa estadounidense, al comentar la impresión de los funcionarios. Pero a la par de las deliberaciones políticas con respecto a la sucesión presidencial, el gobierno de Isaías Medina Angarita ya había avanzado en la idea de que Cristóbal Herrera Mendoza sustituyera a Escalante en el cargo de Embajador.

Al día siguiente, el grupo siguió su rumbo a Nueva York donde, según las primeras noticias, sería hospitalizado el ex candidato. Los reporteros preguntaron en qué lugar, por cuánto tiempo, en el interés de saber del destino de quien fuera decano de la diplomacia asignada a los Estados Unidos y tema de tantas columnas sociales en la prensa de esos años. Pero los familiares de Escalante se negaron a revelar el nombre del centro hospitalario en el que sería recluso: "La señorita (Hildamar) dijo que los doctores declinaron identificar la clínica donde Escalante se halla internado para evitar visitantes por ahora", fue la noticia que al respecto difundió la agencia de noticias AP.

El Gobierno venezolano -que corrió con los gastos del tratamiento- eligió un lugar anónimo a los ojos de la prensa para internar al enfermo: el Intitute of Living en la calle Hudson de Connecticut, que para entonces era la división de salud mental del Hartford Hospital. Este centro clínico, fundado en 1854 tras una tragedia local, gozaba de gran reputación en la Medicina norteamericana; sin embargo, la familia Escalante aún reprocha a la administración de entonces que no se les haya permitido ni una sola visita.

Así permaneció Escalante recluso durante año y medio, lejos del asedio de reporteros y políticos, aunque de todos modos, a esa hora la prensa y la política venezolana estaban ocupadas en otros asuntos.

Dos golpes

Octubre, 1945

Esa misma noche –estaba convencido Rómulo Betancourt– se iniciaba una gran jornada política en la vida nacional. Era la víspera. Unas ocho mil personas llenaron las graderías del Nuevo Circo de Caracas el 17 de octubre de 1945 para escuchar las explicaciones de la dirigencia de Acción Democrática con respecto a su posición en el tema de la sucesión presidencial de 1946. Rómulo Gallegos, Presidente del partido, abrió el mitin. Dijo que venía a desplegar la bandera del voto directo como único instrumento para acabar con el “tinglado de la farsa política” que culminaría cuando Eleazar López Contreras y Ángel Biaggini se presentaran a elecciones ante el Congreso. Esta vez los adeístas no presentarían a un abanderado –como lo hicieron en los comicios del 1941 al proponer a Gallegos como Presidente– para no sumarse a la comparsa. Lo que quería el partido era un “candidato nacional” que gobernara durante un año y promoviera una reforma constitucional. No negociarían otra cosa.

Pudieron haber sido más, hasta dieciséis mil almas, las que llenaran la plaza de toros, si el Partido Comunista –entre otras organizaciones de oposición– hubiese estado de acuerdo con la propuesta que envió

AD a todos los miembros de la antigua coalición que apoyó a Escalante –PDV, UPV, PCV y Agrupación pro candidatura presidencial– para un cambio de estrategia. El 13 de octubre de 1945, el Comité Ejecutivo Nacional de Acción Democrática envió una carta a los cuadros dirigentes de todas las organizaciones en la que enumeraba los sucesos que habían llevado al país a la crisis política presente y en la que se planteaba, como posible salida a un inminente alzamiento armado, la aplicación de una “fórmula de transición” que consistía en la escogencia “de un ciudadano extra partido, de solvencia personal en cuanto a eficacia y rectitud moral para que, electo Jefe de Estado por el Congreso de 1946, cumpla la tarea de presidir una consulta electoral directa para la escogencia del Presidente de la República”. Es decir, un candidato distinto al ex ministro Ángel Biaggini. Esta elección, decía la correspondencia, debía conjugarse con una reforma constitucional que estableciera el nuevo sistema de sufragio libre, universal y secreto para la elección inmediata de otro mandatario, y con el establecimiento de un plazo de expiración de los órganos deliberantes constituidos. Era la misma fórmula de Diógenes Escalante, pero sin Escalante y con un Congreso que tendría fecha de vencimiento. El candidato que esta vez proponían los adeístas en conversaciones privadas era el doctor Oscar Augusto Machado.

Pero los comunistas, al igual que todos los demás partidos que se declaraban en contra de la reacción de López Contreras, no estuvieron de acuerdo con la propuesta de la tolda de los Rómulos. El Secretario General del PCV, Juan Bautista Fuenmayor, lo declaró con vehemencia el 16 de septiembre, cuando le tocó cerrar el mitin para celebrar la legalización del movimiento del gallo, que también llenó el Nuevo Circo con ocho mil militantes:

*No, amigos y camaradas. Hay que ver las cosas realísimamente. Observar los hechos. Ver el curso material de las cosas y también las intenciones de las fuerzas políticas actuan-
 tes. La “candidatura nacional” es, objetivamente, sólo una forma muy hábil de hacerle el
 juego a López Contreras, por más gritos que se lancen contra él (...) El cambio de las*

fuerzas gobernantes sólo puede sobrevenir como consecuencia de una elección popular que pone el poder en otras manos, conforme a la Constitución, o como consecuencia de una insurrección armada victoriosa. No siendo aplicable el primer caso a Venezuela, debemos comprender entonces que la tesis sobre "candidatura nacional", conduce por la fuerza misma de la lógica a la idea de la insurrección. ¿No es precisamente la insurrección armada lo que las fuerzas de la reacción están preparando sigilosamente?

El ruido de sables era un secreto a voces, aunque no había certeza pública acerca de la naturaleza de la rebelión que se estaba gestando en la institución castrense: si favorecería al militarismo de López o a una nueva corriente de comacates. La dirigencia de Acción Democrática, sin embargo, sí sabía con exactitud cuáles eran las fuerzas que se estaban moviendo: fracasado el intento de llevar a Escalante a la Presidencia, el CEN de AD terminó por entregarse de lleno al llamado que le hizo la Unión Patriótica Militar en junio de 1945 a participar del derrocamiento del gobierno de Isaías Medina Angarita y de la posterior conformación de una Junta Revolucionaria de Gobierno. Es por eso que el partido despide su carta del 13 de octubre con una justificación por adelantado: "Así quedará a salvo nuestra responsabilidad ante la historia y mañana no podrán imputarnos las generaciones venezolanas del porvenir el delito de haber omitido nuestra palabra conciliadora para evitarle al país las soluciones de violencia en una de las más dramáticas crisis políticas que recuerde la República". Por eso, durante el mitin del Nuevo Circo, justo en la víspera de la rebelión que finalmente estallaría el 18 de octubre de 1945, todos los oradores que tomaron el derecho de palabra trataron de reforzar este mensaje.

Habló Leonardo Ruiz Pineda, como delegado de la seccional del Táchira, para decir que sus paisanos repudiaban como sus peores enemigos a quienes plantearan la sucesión presidencial como un problema tachirense. Habló un representante obrero -Manuel Herrera, de profesión albañil- para señalar que no quería a Ángel Biaggini como candidato porque tenía "contactos con el latifundio". Y ya sentado tras los bastidores, después de la arenga, los periodistas le pregunta-

ron a Gallegos cuál era la diferencia entre apoyar a Escalante o a Biaggini, si a fin de cuentas cualquiera de los dos ascendería a la Presidencia bajo el mismo método de elección. Gallegos respondió que cuando no se tiene en las manos el instrumento para modificar una situación debe apelarse a todos los recursos para sacar el mayor provecho de ella, que Escalante poseía condiciones especiales que lo hacían “apoyable”: era tachirenses, culto, de mentalidad liberal; un hombre que había viajado mucho; de un decoro personal tal que “lo hacía insospechable de bajar a la ciénaga del peculado” y que estaba alejado de las camarillas, lo que permitía “hacer un gobierno caracterizadamente independiente y personal”. Y en fin: que los hombres de AD se acercaron a Escalante dispuestos a lograr compromisos “de hombre a hombre”. En cambio Biaggini sólo cumplía pobremente con la condición de ser tachirenses. En ese minuto, el auditorio arrojó la voz de Gallegos. Le tocaba hablar al compañero Betancourt: “Conciudadanos...compañeros de partido”...

Entre doce, catorce y dieciséis bolívares rondaba el sueldo de un capitán o de un subteniente en 1945: lo mismo que ganaba un chofer o una cocinera de casa de familia. Un salario literalmente mínimo, digno de conspiraciones. El que mejores ingresos tenía de los hermanos Vargas era César, que había ascendido a mayor; Mario y Julio seguían siendo capitanes. Los tres, junto con Edito Ramírez y los hermanos Horacio y Armando López Conde -todos tenientes- maduraron las primeras conspiraciones contra el gobierno de Isaías Medina Angarita desde 1940. En el año 44, cuando fue abortada la revolución de sargentos, los oficiales se percataron de que no estaban solos en estos movimientos. En enero de 1945 se alió a ellos el líder de un tercer grupo de oficiales que en 1933 egresaron de la escuela de artillería de Perú: el mayor Marcos Pérez Jiménez. Sólo faltaba establecer contacto con una fuerza política para que el cuadro estuviese completo; en vista de que el PCV sostenía una estrecha alianza con el Partido Democrático Venezolano de Medina, Acción Democrática era la única organización que quedaba en el horizonte.

La esposa de Horacio López Conde era prima hermana de la esposa del doctor Edmundo Fernández. El doctor Edmundo Fernández –especializado, según Betancourt en una “enfermedad de moda” como eran los trastornos endocrinos– fue a su vez delantero del mismo equipo de fútbol del que Rómulo Betancourt formó parte en la universidad. Rómulo Betancourt, gracias a las arengas y a los editoriales del diario *El País*, se había convertido a esas alturas en una de las figuras políticas más relevantes de la oposición contra Medina Angarita; y a los oídos de un oficial descontento, debía sonar a canción el discurso que pronunció el domingo 6 de mayo de 1945 en el teatro Olimpia:

El Ejército no es patrimonio privado de ningún prestigio personal, sino el Ejército de la nación. El proceso de democratización de la conciencia nacional no se ha detenido, como ante muralla china, en la puerta de los cuarteles. Y por la mente y el corazón de la oficialidad, de los cabos, y de los soldados de la aviación, la infantería y la marina circula ese mismo anhelo de dignificación política y de superación democrática del país presente en el pensamiento de los núcleos civiles de la población nacional. Portar uniforme militar no puede considerarse causal de inhabilitación para ejercer la primera magistratura. Pero tampoco es herejía pensar en un posible candidato civil para la Presidencia de la República en 1946. No olvidemos que entre los primeros Jefes de Estado de Venezuela se cuenta José María Vargas, quien disputó la Presidencia a generales que tenían el pecho tatuado por los lanzazos de Boves (...) Y es por todo esto que desde aquí quiero hacer una profecía, orgulloso como venezolano de poder expresarme así de las fuerzas armadas de mi país: si fuere un civil el próximo Presidente de la República, tendrá en el Ejército apoyo sin regateo, respaldo sin reservas.

Tanta circunstancia y vínculo filial hizo posible que a principios del mes de julio de 1945 se reunieran en casa del doctor Fernández dos generaciones con vocación política y de poder: la generación del 28, integrada por civiles; y la generación militar que surgió con los fusiles el 18 de octubre de 1945. A ese primer encuentro asistieron, por Acción Democrática, Betancourt y Raúl Leoni, y más adelante se incorporaron Gonzalo Barrios y Luis Beltrán Prieto Figueroa. De los mili-

tares, participaron el mayor Marcos Pérez Jiménez, los tenientes Martín Añez, Francisco Gutiérrez y Horacio López Conde, y el teniente coronel Carlos Morales; el capitán Mario Vargas y sus hermanos tomaron parte de las reuniones unos días después.

El 18 de octubre no era la fecha pautada, pero una delación aceleró los acontecimientos. Desde el lunes 15 de octubre de 1945 los oficiales se creyeron descubiertos y comenzaron a dar marcha al plan que, inicialmente, algunos pensaban que debía desarrollarse en abril de 1945 o quizás poco antes de que se produjera la reorganización de los cuadros militares, el 1 de enero de 1946. El martes 16 en la mañana se produjo una reunión en la calle Colombia de Monte Piedad, en Caracas, en la que se decidió que la asonada militar entraría en ejecución a la primera orden de detención o encarcelamiento que se emitiera contra los conjurados. Y así fue. El golpe comenzó en la Academia Militar.

A la 1:30 de la madrugada del 19 de octubre, Antonio Arraíz aún no sabía cuál era el titular más apropiado para abrir la edición de *El Nacional*. No estaba claro si la insurrección armada que se había desencadenado en el transcurso del día 18 y que había cobrado ya un gran número de víctimas en el Cuartel San Carlos era responsabilidad de la derecha o de quién. El número 795 del periódico publicó entonces en su primera página tres fotos bien desplegadas de las tropas atrincheradas y de los oficiales heridos, acompañadas de una nota: "Rebelión militar / Han sido suspendidas las garantías constitucionales". En el cuerpo de la noticia, el redactor explicaba que el Gobierno de Medina anunció a través de la red de emisoras comerciales y de la Radio Nacional que la rebelión había sido debelada y reducida a Miraflores y a la Escuela Militar, que el movimiento insurgente no tenía conexiones con el resto de la República, y que un gran contingente de tropas leales al gobierno avanzaba sobre Caracas con la expectativa de que en las primeras horas de ese viernes 19 fuese sofocado el motín. Pero las predicciones nunca se cumplieron.

Ya el lunes 22 de octubre, la prensa habló del Gobierno recién constituido: el mismo día 19 tomó el control del Estado una Junta Revolucionaria presidida por Rómulo Betancourt —que llegó a Miraflores ese

viernes a las 6:00 de la tarde— e integrada por los doctores Raúl Leoni, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Edmundo Fernández y Gonzalo Barrios, y por el capitán Mario Vargas y el teniente coronel Carlos Delgado Chalbaud. El Secretario de la Junta, Leonardo Ruiz Pineda, convocó el domingo a los representantes de la prensa para explicarles cuáles serían los alcances del primer decreto emitido el sábado por la Junta: el doctor Juan Pablo Pérez Alfonzo, consultor de Miraflores, se encargaría de desarrollar todos los aspectos del nuevo orden jurídico; su primera medida sería elaborar una Ley de Elecciones que establecería el método de escogencia de la Asamblea Nacional Constituyente que sería convocada en abril de 1946. Ruiz Pineda también anunció que casi todos los integrantes del Gabinete de Medina se encontraban detenidos, a excepción del Ministro de Educación, Rafael Vegas, de quien se presumía estaba asilado en alguna Embajada. El ex presidente Isafas Medina Angarita estaba preso en la Escuela Militar.

“Conciudadanos”, comenzó el presidente Rómulo Betancourt su discurso del 30 de octubre de 1945, ya sin llamar a la audiencia “compañeros”:

El respaldo fervoroso dado por el pueblo a la revolución, la legítima. El desmoronamiento del régimen en el curso de escasas horas revela cómo estaban minadas sus bases y cómo carecía de asideros en la opinión. Pero oportuno es el momento para decir que la valerosa y fervorosa Unión Patriótica Militar y la dirección del partido del pueblo, Acción Democrática, acordadas e identificadas en sus finalidades revolucionarias desde hacía varios meses, prefirieron siempre la fórmula evolutiva. El país sabe cuántas fueron las proposiciones conciliatorias que se formularon al gobierno de Medina Angarita, depuesto por Ejército y pueblo unidos el 18 de octubre, para que se realizara una consulta electoral idónea a la ciudadanía. El régimen, imbuido de orgullo demoníaco y resuelto a mantener a todo trance una situación que les permitía a sus más destacadas personas enriquecerse ilícitamente (...), desoyó ese llamado de la opinión democrática. (...) El procedimiento extremo a que se apelara fue provocado por quienes se negaron obstinadamente a abrir los cauces del sufragio libre, para que por ellos discurriera el vehemente anhelo de los venezolanos de ejercitar su soberanía eligiendo directamente a sus gobernantes.

Betancourt habló al país transmutado en un nuevo orador, al que el auditorio del Nuevo Circo le quedaba pequeño. Ya lo había dicho el 17 de octubre al cerrar aquel mitin y recordarle a la militancia el contenido de su conversación con el embajador Diógenes Escalante en Washington: que su partido no iría al Gobierno como un pariente pobre que entra por la puerta de servicio de Miraflores a ocupar dos o tres ministerios; que AD era un partido político organizado para ir al poder y gobernar cuando tuviera en sus manos las llaves del Estado. Y allí las tenía. En función de ese día, dijo Rómulo en su último discurso antes de la insurrección militar del 45, la dirigencia de AD se abstuvo siempre de aparecer retratada en los cocteles para honrar al candidato Escalante; por eso no calentaron silla en el hotel Ávila; y por eso, cuando el PDV creyó que el adeísmo había arreado sus banderas, le contestaron que no, que Acción Democrática seguía siendo un partido de oposición.

Ahora sí, con las llaves de Miraflores en la mano, la Junta Revolucionaria de Gobierno llamaría a elecciones, como efectivamente lo hizo el 27 de octubre de 1946 para convocar a una Asamblea Nacional Constituyente, y luego en diciembre de 1947, cuando el doctor Rómulo Gallegos resultó electo Presidente. Ahora sí evolucionaría el Estado con medidas como la reforma agraria, una reforma y la aprobación de una verdadera Ley de Hidrocarburos, concebida por Juan Pablo Pérez Alfonzo, que estableciera una participación compartida de 50% contra 50% entre la nación y las transnacionales petroleras.

Pero el sueño duró poco: el 24 de noviembre de 1948 se produjo un nuevo golpe de Estado, ahora contra el gobierno de Rómulo Gallegos. Los conjurados entregaron al Presidente un ultimátum en el que lo exhortaban a desvincularse del partido Acción Democrática, expulsar del país a Rómulo Betancourt e impedir el regreso del teniente coronel Mario Vargas. Gallegos no accedió y fue derrocado. En su lugar se instaló otra Junta Revolucionaria de Gobierno, esta vez presidida por el coronel Carlos Delgado Chalbaud e integrada por el mayor Marcos Pérez Jiménez y por Luis Felipe Llovera Páez. Luego, el 13 de noviem-

bre de 1950, Delgado Chalbaud fue asesinado. El teniente coronel Pérez Jiménez terminaría ocupando más tarde la Presidencia de la República desde diciembre de 1952 hasta el 23 de enero de 1958, cuando fue defenestrado por otro movimiento en los cuarteles. Una junta cívico-militar condujo al país desde esa fecha hasta el 1 de diciembre de 1959, cuando Rómulo Betancourt, ahora sí, fue electo Presidente.

El fin

Estoy muerto.

Estoy muerto.

Durante los primeros seis meses que transcurrieron desde que los médicos del Institute of Living del Hartford Hospital le dieron de alta, Diógenes Escalante no hizo más que repetírselo. Su familia no recuerda haberle escuchado pronunciar otra frase. El ex presidente Medina, liberado de prisión el 30 de noviembre de 1945 y puesto el mismo día en un vuelo de Caracas a Miami, intentó visitar al Embajador durante su convalecencia en Estados Unidos, pero fue inútil: durante año y medio de hospitalización, incluso las visitas de los familiares fueron restringidas por orden médica hasta que, a principios de 1947, se levantó la restricción y el ex candidato a la Presidencia de Venezuela pudo partir. Su esposa, Isabel Álamo de Escalante y la menor de sus hijas, María Teresa, tramitaron la salida del hospital. Era invierno, María Teresa estaba embarazada. En ese momento no se le practicaron pruebas toxicológicas al paciente que corroboraran la tesis; sin embargo, en la familia vive la sospecha de que Escalante pudo haber sido intoxicado, víctima de un supuesto complot político aún no comprobado, que pretendía inhabilitarlo en su carrera a Miraflores. Tras die-

ciocho meses de tratamiento, sometido a choques eléctricos, Diógenes Escalante volvió a casa más flaco que de costumbre, desgarrado, y todavía ausente. “Sólo gemía”, recuerda María Teresa, “y la primera vez que comió de la mano de alguien fue de mí. ‘Prueba tú’, me decía”. Y después de que ella se llevaba la primera cucharada a la boca, su padre aceptaba ser alimentado.

Una vez que Escalante fue dado de alta, la familia se mudó por tres meses al distrito de Great Neck de Nueva York, en la ribera norte de North Island, hasta que el duro invierno les obligó a mudarse a la propiedad que años antes habían adquirido en Four Stars Island de Miami. Allí vivió el ex candidato durante 19 años, en una recuperación lenta y espasmódica. Nunca más quiso hablar de lo ocurrido en el hotel Ávila en 1945 y se resistía a leer frente a terceros las noticias que llegaban de Venezuela a través de la prensa, las que en sus buenos tiempos de diplomático gustaba repasar con un trago de *whisky* en las manos. Sentado en la sala de estar de la nueva casa, aprovechaba los instantes en que creía no ser vigilado para curiosear, sin levantarlos del piso, los periódicos que rutinariamente colocaban en el borde de su silla. Tampoco quiso recibir más visitas, y menos si eran de Caracas; su esposa atendía las llamadas de los amigos, de Hugo Orozco, del ex presidente Medina, y daba cuenta de la salud de su marido. En sus ratos de buen humor, se divertía atormentando a la enfermera polaca que lo cuidó durante un par de meses y a la que le decía: “Yo soy de la luna, ¿no es así? ¿Acaso a los locos no nos llaman lunáticos?”. Y claro: la polaca decidió renunciar.

Así vivió 84 años. El estallido de una aneurisma cerebral causó su deceso el viernes 13 de noviembre de 1964. En su edición del 15 de noviembre, la portada de *El Nacional* dio la noticia sin ofrecer mayores detalles de la causa de muerte: “Murió Diógenes Escalante”, fue el título, seguido de una extensa columna que relataba en primera plana las circunstancias que en vida dieron prominencia al político. En Venezuela, era el año del poder de dos viejos amigos de la fallida candidatura del ex Embajador de Venezuela en Washington en el lejano

año 45: en febrero culminó el período presidencial de Rómulo Betancourt y en marzo asumió la Presidencia de Venezuela Raúl Leoni.

A la semana siguiente de la muerte del ex Embajador, el Gobierno venezolano ordenó la repatriación del cadáver por intermedio de la Cancillería, para despedirlo con los honores fúnebres que el Congreso de Medina no tuvo tiempo de brindarle. Manuel Mantilla, Secretario General de la Presidencia de Leoni, informó a *El Nacional* que el Gabinete estaba estudiando declarar la fecha del desembarco del féretro en La Guaira como día de duelo nacional. Pero entre el debate y la política del momento, en Miami no se supo más de las diligencias de Miraflores, y las familias Escalante y Álamo decidieron hacerse cargo del traslado por su propia cuenta. Una vez en Caracas, Diógenes Escalante fue sepultado en el Cementerio del Este, de La Guairita.

La columna "Muertes en otra parte" del diario *The Washington Post* en su edición del 16 de noviembre, dijo adiós con su última nota –un poco parca e inexacta– al diplomático que tanto dio de qué hablar por sus grandes eventos en la Embajada de Massachussets Avenue: "Diógenes Escalante, 85, antiguo Embajador de Venezuela en Estados Unidos y Gran Bretaña, quien una vez compitió por la Presidencia de Venezuela y sirvió como asesor económico bajo cuatro presidencias, en Miami, Florida".

Por algún azar matemático, la vida despidió al Embajador con una última ironía: Ángel Biaggini nació un 13 de noviembre y un 13 de noviembre murió Diógenes Escalante.

Entrevistas:

- Ramón José Velásquez, 16/10/2001, 02/2002
- Hugo Orozco, 28-29/11/2001, 02/2002
- José Giacopinni Zárraga, 10/04/2002
- María Teresa Escalante, 10/2005

Fuentes hemerográficas:

- *El Nacional*, julio-septiembre, 1945 / noviembre, 1964
- *El Nuevo Diario*, enero 1913 / julio 1915
- *El País*, agosto-septiembre, 1945
- *La Esfera*, julio-septiembre, 1945
- *The Washington Post*, 1941, 1945, noviembre 1964
- *Times Herald*, Washington, marzo-julio 1940

Discursos:

- Alocución del doctor Rafael Caldera en la 86ª Conferencia Internacional del Trabajo, Ginebra, 9 de junio de 1998.

Bibliografía:

- BATTAGLINI, Oscar, **El Medinismo**. Monte Ávila Editores, Dirección de Cultura de la UCV, Colección Estudios, Caracas, 1997.
- BETANCOURT, Rómulo, **El 18 de octubre de 1945**. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1979.
- _____. **Venezuela, política y petróleo**. Monte Ávila Editores Latinoamericana, Fundación Rómulo Betancourt, Caracas, 1999.
- CABALLERO, Manuel, **Rómulo Betancourt, político de nación**. Alfadil / Fondo de Cultura Económica, Caracas, 2004.
- CONGRESO DE LA REPÚBLICA, **Pensamiento Político Venezolano del siglo XX, documentos para su estudio**. Tomos 17, 25, 26, 27, 28, 33, 45, Ediciones Conmemorativas del Bicentenario del Natalicio del Libertador Simón Bolívar, Caracas, 1985.
- **Diccionario de historia y política del siglo XX**. Editorial Tecnos, Madrid, 2001.

- Ediciones de la Presidencia de la República, **Papeles clandestinos del Partido Democrático Nacional (1937-1941)**. Colección Tiempo Vigente, Número 10, Caracas, 1995.
- GONZÁLEZ Escorihuela, Ramón, **Las ideas políticas en el Táchira**. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, Número 115, Caracas, 1994.
- Instituto Venezolano de Genealogía, Boletín Número 9, Caracas, noviembre de 1993.
- LÓPEZ Contreras, Eleazar, **El Presidente Cipriano Castro**. Imprenta Nacional, Caracas, 1986.
_____. **Gobierno y administración: 1936-1941**. Medellín, 1946.
_____. **Proceso político social: 1928-1936**. Editorial Ancora, Caracas, 1955.
- MAGALLANES, Manuel Vicente, **Los partidos políticos en la evolución histórica venezolana**. Ediciones Centauro, Quinta Edición, Caracas, 1983.
- PARRA Pérez, Caracciolo, **Diario de Navegación**. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Fuentes para la Historia Republicana de Venezuela número 72, Caracas, 1999.
- PLAZA, Elena, **La tragedia de una amarga convicción: historia y política en el pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz (1879-1936)**. Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1994.
- REPÚBLICA DE VENEZUELA, Secretaría de la Presidencia, Boletín del Archivo Histórico de Miraflores, Caracas, Imprenta Nacional. II (9); III (16); V (25,26,27); VI (32, 35-36); VII (37, 43); VIII (44 y 45); IX – X (52-58); X (59, 60); XI (64, 65, 66); XII (67, 68); XIII (69, 70, 71); XV (78); XIV (74); XVI (79-82); XVII (83-86, 89, 90); XVIII (95-97).
- SANIN, **López Contreras: de la tiranía a la libertad**. Editorial Ateneo de Caracas, Caracas, 1982.
- SEGNINI, Yolanda, **Las luces del gomecismo**. Alfadil Ediciones, Colección Trópicos 57, Caracas, 1997.
- VALLENILLA Lanz, Laureano, **Escrito de memoria**. Ediciones Garrido, Caracas, 1961.
- VELÁSQUEZ, Ramón J, **La caída del liberalismo amarillo**. Ediciones Roraima, Caracas, 1977.

Vocación y conspiración	9
De amarillo a restaurador	11
La conspiración de Hernández	12
El viaje del Presidente	16
El fin de la Restauración	20
Las cuentas de Castro	22
El periodista	24
Misión europea	29
La segunda asamblea	31
Ministro plenipotenciario en Londres	34
Sí, nacionalizar el petróleo	38
La transición	43
Febrero, 1936	45
El programa	49
La candidatura de 1941	52
El candidato de la unidad	59
Todos a Washington	63
A la espera del Embajador	65
El recibimiento	68
Las entrevistas	72
La enfermedad	77
La lucidez	81
El otro candidato	84
La candidatura de Biaggini	87
La despedida	90
Dos golpes	95
Octubre, 1945	95

El fin	105
Bibliografía	109

Biblioteca Biográfica Venezolana

Títulos publicados

Primera etapa / 2005-2006

1. Joaquín Crespo / Ramón J. Velásquez / Tomo I y Tomo II
2. José Gregorio Hernández / María Matilde Suárez
3. Aquiles Nazoa / Ildemaro Torres
4. Raúl Leoni / Rafael Arráiz Lucca
5. Isaías Medina Angarita / Antonio García Ponce
6. José Tomás Boves / Edgardo Mondolfi Gudat
7. El Cardenal Quintero / Miguel Ángel Burelli Rivas
8. Andrés Eloy Blanco / Alfonso Ramírez
9. Renny Ottolina / Carlos Alarico Gómez
10. Juan Pablo Rojas Paúl / Edgar C. Otálvora
11. Simón Rodríguez / Rafael Fernández Heres
12. Manuel Antonio Carreño / Mirla Alcibíades
13. Rómulo Betancourt / María Teresa Romero
14. Esteban Gil Borges / Elsa Cardozo
15. Rafael de Nogales Méndez / Mirela Quero de Trinca
16. Juan Pablo Pérez Alfonzo / Eduardo Mayobre
17. Teresa Carreño / Violeta Rojo
18. Eleazar López Contreras / Clemy Machado de Acedo
19. Antonio José de Sucre / Alberto Silva Aristeguieta
20. Ramón Ignacio Méndez / Manuel Donís Ríos
21. Leoncio Martínez / Juan Carlos Palenzuela
22. Ignacio Andrade / David Ruiz Chataing
23. Teresa de la Parra / María Fernanda Palacios
24. Cecilio Acosta / Rafael Cartay
25. Francisco de Miranda / Inés Quintero

Segunda etapa / 2006-2007

26. José Tadeo Monagas / Carlos Alarico Gómez
27. Arturo Uslar Pietri / Rafael Arráiz Lucca

28. Daniel Florencio O' Leary / Edgardo Mondolfi Gudat
29. Morella Muñoz / Ildemaro Torres
30. Cipriano Castro / Antonio García Ponce
31. Juan Vicente González / Lucía Raynero
32. Carmen Clemente Travieso / Omar Pérez
33. Carlos Delgado Chalbaud / Ocarina Castillo D'Imperio
34. César Zumeta / Luis Ricardo Dávila
35. Carlos Soubllette / Magaly Burguera
36. Miguel Otero Silva / Argenis Martínez
37. Agustín Codazzi / Juan José Pérez Rancel
38. Pedro Manuel Arcaya / Pedro Manuel Arcaya Urrutia
39. Raimundo Andueza Palacio / Edgar C. Otálvora
40. Andrés Bello / Pedro Cunill Grau
41. Rómulo Gallegos / Simón Alberto Consalvi
42. Eugenio Mendoza / Carlos Alarico Gómez
43. José Gregorio Monagas / Agustín Moreno Molina
44. José Rafael Revenga / Carlos Hernández Delfino
45. Gustavo Machado / Manuel Felipe Sierra
46. Rafael Arias Blanco / Manuel Donís Ríos
47. José María Vargas / Carolina Guerrero
48. Mario Briceño-Iragorry / Laura Febres
49. José Antonio Ramos Sucre / Alba Rosa Hernández Bossio
50. Laureano Vallenilla Lanz / Elsa Cardozo

Tercera etapa / 2007-2008

51. Francisco De Venanzi / Sonia Hecker
52. Antonio Leocadio Guzmán / Rogelio Altez
53. Antonio Guzmán Blanco / María Elena González Deluca
54. Isacc J. Pardo / María Ramírez Ribes
55. Julián Castro / Tomás Straka
56. Carlos Eduardo Frias / Edgardo Mondolfi Gudat
57. Arturo Michelena / Javier Duplá
58. Diógenes Escalante / Maye Primera Garcés

59. **Juan Vicente Gómez / Simón Alberto Consalvi**
60. **Lucina Palacios / Carmen Mannarino**

Este volumen de la Biblioteca Biográfica Venezolana se terminó de imprimir el mes de junio de 2007, en los talleres de Editorial Arte, Caracas, Venezuela. En su diseño se utilizaron caracteres light, negra, cursiva y condensada de la familia tipográfica Swift y Frutiger, tamaños 8.5, 10.5, 11 y 12 puntos. En su impresión se usó papel Ensocreamy 55 grs.

La biografía es un género que concita siempre una gran atracción entre los lectores, pero no menos cierto es el hecho de que muchos venezolanos notables, más allá de su relevancia, carecen hasta ahora de biografías formales o han sido tratados en obras que, por lo general, resultan de difícil acceso.

Todo lo que contribuya a reducir la desmemoria de los venezolanos se me antoja como tarea principal de los tiempos que corren. Si nos cuesta relacionarnos con el pasado porque lo desconocemos, lo malinterpretamos o lo explotamos a nuestro antojo, una manera de volverlo diáfano y plural es recorriendo las vidas de quienes lo han forjado. Allí yace un múltiple espejo donde nuestro rostro se refleja en mil pedazos, tan variados como compleja y fascinante ha sido nuestra hechura de país.

Antonio López Ortega

Para entender nuestra historia, hay que conocer a sus protagonistas. Son ellos los que dieron forma a nuestra identidad actual. De ahí el estimable valor de poder leer sus biografías.

Isaac Chocrón

Antes que tratar de adivinarlo mediante ilusorios horóscopos, el verdadero futuro hay que aprender a leerlo en las obras y logros del pasado. Nada mejor, por tanto, que una colección de biografías de venezolanos distinguidos, de vidas esenciales de nuestra historia, para entrever el porvenir del país que nos espera.

Eugenio Montejo

Diógenes Escalante

Biblioteca
Biográfica
Venezolana

Maye Primera Garcés

No abrigamos duda, la biografía de Diógenes Escalante era esperada con apremio. Podría afirmarse que fue uno de los venezolanos más relevantes del siglo XX, y, sin embargo, y por diversas razones, también uno que vio su imagen opacada por la adversidad en momentos claves de su vida.

Escalante fue en 1941 el candidato *in pectore* del Gran Elector Eleazar López Contreras como su sustituto en la presidencia, pero entre sus defectos estaba el de ser "un civil", aunque tachirenses. Predominó el criterio de que debía ser militar. En 1945, protagonizó otra vez la aventura presidencial, esta vez como candidato de unidad del Presidente Medina y de la oposición, liderada por Acción Democrática. Todos lo veían como la solución armoniosa de una crisis que sin él desembocaría en la violencia. Entonces, enfermó de gravedad y no tuvo sustituto aceptable para los factores en pugna. Vino así el 18 de Octubre.

Escalante actuó en la política exterior a lo largo del siglo, y en 1936 como Ministro de Relaciones Exteriores. En 1913 fundó *El Nuevo Diario*, el periódico que hasta 1935 sirvió a Juan Vicente Gómez, y lo dirigió hasta 1915, cuando asume el comando Laureano Vallenilla Lanz y le imprime la doctrina del "gendarme necesario" hasta 1931, cuando toma las riendas José Gil Fortoul.

Maye Primera Garcés no sólo ha escrito la biografía que se esperaba, sino que lo ha hecho de manera que llena todas las expectativas en torno al gran enigma que fue y ha sido hasta ahora Diógenes Escalante. Excelente investigación histórica, y un estilo que tiene todos los atractivos del arte de contar. Desde los orígenes del personaje en los Andes, sus avatares en la política de los primeros años, su paso por la diplomacia, y, por último, los obstinados episodios que le frustraron el gran destino que los dioses, paralelamente, le ofrecían y le negaban.

ISBN 980-395-107-6



Simón Alberto Consalvi

J-00012242-3

EL NACIONAL

J-00002949-0

BANCARIBE 